



FUGAS DE TINTA 18

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA
Y TERTULIAS LITERARIAS



FUGAS DE TINTA 18

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL



“LIBERTAD BAJO PALABRA»
UN PROGRAMA DE RELATA



FUGAS DE TINTA 18

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

2025

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA
Y TERTULIAS LITERARIAS



FUGAS DE TINTA 18

CUENTOS, RELATOS Y POEMAS ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RED DE ESCRITURA CREATIVA Y TERTULIAS LITERARIAS RELATA 2025

MINISTRA DE LAS CULTURAS,
LAS ARTES Y LOS SABERES

YANNAI KADAMANI FONRODONA

VICEMINISTRO DE LAS ARTES Y LA
ECONOMÍA CULTURAL Y CREATIVA

FABIÁN SÁNCHEZ MOLINA

VICEMINISTRA DE LOS PATRIMONIOS, LAS
MEMORIAS Y LA GOBERNANZA CULTURAL

SAIA VERGARA JAIME

SECRETARIA GENERAL

LUISA FERNANDA TRUJILLO BERNAL

DIRECTORA BIBLIOTECA

NACIONAL DE COLOMBIA

ADRIANA MARTÍNEZ-VILLALBA GARCÍA

COORDINADORA DEL GRUPO DEL LIBRO,

LA LECTURA Y LA LITERATURA

LINA CASTAÑO CÁRDENAS

GRUPO DEL LIBRO, LA LECTURA

Y LA LITERATURA

ANA MARÍA REYES HERNÁNDEZ

CATALINA NAVAS

CLAUDIA CONTRERAS MARTÍNEZ

DANIEL GARCÍA LEÓN

DIANA CASTRO MARROQUÍN

JAIRO LONDOÑO MORENO

JOSUÉ CABRERA SERRANO

JUAN DAVID LASERNA BOTERO

LUZ HELENA RODRÍGUEZ ARIZA

LUZ MARY CÁRDENAS ARIAS

SANDRA CORTÉS CAMARGO

COORDINADOR Y EDITOR

LIBERTAD BAJO PALABRA

CRISTIAN VALENCIA HURTADO

CORRECCIÓN DE ESTILO

GABRIELA ARENAS AGUDELO

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

PAULA A. Gutiérrez R.

© Ministerio de LAS CULTURAS,

LAS ARTES Y LOS SABERES,

REPÚBLICA DE COLOMBIA

© Red de TALLERES DE ESCRITURA CREATIVA

Y DE TERTULIAS LITERARIAS - RELATA

© Derechos reservados para los autores

MINISTRO (E) DE JUSTICIA Y DEL DERECHO

ANDRÉS IDÁRRAGA FRANCO

DIRECTOR GENERAL (E) DEL INPEC

TENIENTE CORONEL

DANIEL FERNANDO GUTIÉRREZ ROJAS

DIRECTORA DE ATENCIÓN Y

TRATAMIENTO DEL INPEC

CLAUDIA PATRICIA ANDRADE GONZÁLEZ

SUBDIRECTORA DE EDUCACIÓN DEL INPEC

ROCÍO NATALY RINCÓN TOBAR

CON EL APOYO DE:

COMPAÑÍA PEDAGÓGICA SAS



TEXTOS LOGRADOS EN LOS TALLERES DE

ESCRITURA CREATIVA DEL PROGRAMA

LIBERTAD BAJO PALABRA DEL AÑO 2025

PRIMERA EDICIÓN: MARZO DE 2026

ISBN: 978-958-753-774-1

ÍNDICE



PRÓLOGO	13
Crisitan Valencia Hurtado	
BOLÍVAR	15
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE MAGANGUÉ	
EL FUTURO, UN PACTO DE AMBICIÓN FATAL	17
Diovani Peña Conde	
LAS BOLLERAS DE MI PUEBLO	20
Eustorgio Cárcamo Ramírez	
EL ZORRO: UNA HISTORIA DE AMOR Y FANDANGO	23
Eustorgio Cárcamo Ramírez	
LIMÓN Y BICARBONATO LA ODISEA DE LA FAMILIA GUERRA	25
Eder Hoyos Tapia	
LOS PUNTOS MARIPOSAS	30
Esaúl Pérez Hoyos	
SIGO AQUÍ	32
Henry Martínez Peña	
UNA NOCHE DE INVIERNO	35
Elkin Manuel Solar Arrieta	

CAQUETÁ	37
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE FLORENCIA	
EL VALOR DE LA LIBERTAD Hernando Astudillo	39
MIS VIVENCIAS Jesús Alirio Muñoz	43
TESTIMONIO ENTRE BARROTES Raúl Alberto Moreno Trujillo	47
TESTIMONIO Jeison Ubeimar Monsalve	49
CHOCÓ	53
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE QUIBDÓ	
JURADÓ, TIERRA OLVIDADA Ismael Largacha	54
MI HISTORIA DE VIDA Wilfer Sneider Casas	57
MI LLEGADA A LA PRISIÓN Wiston Rivas Gómez	60
CUNDINAMARCA	63
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA Y MÍNIMA SEGURIDAD PARA MIEMBROS DE LA FUERZA PÚBLICA DE FACATATIVÁ	
RELATOS CORTOS Wilder Valdés Rúa	65
RELATOS CORTOS Rosemberg Madrid Orozco	68

TRES RELATOS CORTOS Javier Humberto Gaitán González	71
RELATOS CORTOS Edward Andrade Córdoba	73
LA GUAJIRA CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE RIOHACHA	77
300 MAICAEROS Alexander Martínez Sánchez	79
LA VUELTA INCOMPLETA Alexander Martínez Sánchez	80
UNA EXPERIENCIA QUE CAMBIÓ MI VIDA Abiud García Hernández	81
EL PROPÓSITO DETRÁS DEL DOLOR Manuel Arrieta	83
QUIERO SER FELIZ Deivis Quevedo Ruiz	85
NOSTALGIA TRISTE DEL 2023 Frank González Romero	87
ENFRENTAMIENTO Ángel Barros de Armas	89
LIBERTAD Manuel Arrieta	90
EXTREMA VIGILANCIA Abiud García Hernández	91
CANDADO DEL SILENCIO Alexander Martínez Sánchez	92
LLUVIA TRAS LAS REJAS Alcides Ureche Cuello	93

NARIÑO	95
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE TUMACO	
¿QUIÉN SOY YO? Luis Alberto Roa Tapias	97
MI MADRE, EL MÁS GRANDE TESORO DE LA FAMILIA Evin Daniel Ku Dávila	105
LA VIDA DE GERO EN PRISIÓN Carlos Alfredo Caicedo	108
AFERRÁNDOME A LA VIDA Carlos Alfredo Caicedo	110
HISTORIA REAL, MI VIDA EN LA GUERRILLA Darío German Taicus Guanga	111
EL HIJO DESOBEDIENTE Julio Cesar Gallego Ramírez	113
MI ABUELITA LA PARTERA Y EL CAMINO DE LOS AGUACATES Ana Leicer Muñoz Guzmán	115
DE LA CLARIDAD A LAS TINIEBLAS Jerson Bienvenido Preciado Landázuri	116
VALLE DEL CAUCA	119
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE BUENAVENTURA	
SUEÑO AMERICANO Hernán Montaña	121
SUEÑOS DEL CARIBE Walter Andrés López	124
ESPERANZA PERDIDA Brian Andrés Congo	128

LAS PROFECÍAS DEL PRIMO CACHETE Rodrigo Riveras Ayala	134
PRISIÓN MENTAL Cristian Andrés Vanegas Cortés	135
UN CLAMOR IMPERCEPTIBLE Ernesto Caicedo	139
“CH”, UNA AMISTAD HASTA EL FINAL DEL CAMINO Seudónimo: The 10	140
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE TULUÁ	149
ESPERO UNA OPORTUNIDAD Maicol Castillo Micolta	151
INVENTARIO Mario Giraldo	154
YO NO OLVIDO Yeferson Morales, alias La Diabla	156
REFLEXIÓN Jesús María Corrales Betancur	158
MI VIDA DESDE LA CELDA Jhon Jairo Torres Acosta	159
CADÁVER EXQUISITO DE FRASES DICHAS AL AIRE (Bonus track) Creación colectiva	162

PRÓLOGO



Para todos los que participaron en el Programa Libertad Bajo Palabra, fue un esfuerzo enorme escribir estos textos. Algunos se encontraron con su infancia, con ese lugar remoto en donde todo era perfecto y que se fue descomponiendo a medida que la edad les mostró el verdadero rostro de una Colombia dura; la que niega oportunidades a los más desvalidos, la de los barrios, las bandas y el narcotráfico como única salida. Otros, simplemente dejaron volar su imaginación para plasmarla en estos escritos.

En Magangué está el relato triste de un hombre que hizo un pacto con el diablo y terminó pagando la cuenta con lo que menos esperaba. También están los compositores natos, capaces de narrar la historia de Colombia en un porro sabanero. En Quibdó, quienes celebran la exuberancia de ríos, selvas, serranías y mares. En Facatativá decidieron escribir cuentos cortos, acaso para contarse de nuevo el pasado con otra óptica. En La Guajira hay poemas escritos con el alma y para el alma; relatos de la dureza de las cárceles; pequeñas biografías de esta patria encarnadas en un muchacho de escasos recursos que siempre estuvo caminando al pie de los precipicios del destino. En Tumaco y Buenaventura, los relatos del mar, de navegantes duros que apostaron su corazón al azar y, como en La Vorágine, se los ganó la violencia. En Tuluá, el mea culpa de un asesino que anhela una segunda oportunidad sobre la tierra, y una creación colectiva que nos deja ver cómo la vida se juega todos los días en esos patios y tras esos barrotes, como si el poema de León de Greiff se reescribiera todos los días: “Juego

mi vida, cambio mi vida, de todos modos la llevo perdida... Y la juego o la cambio por el más infantil espejismo (...).”

Sin lugar a dudas, estos relatos son un disparo de franqueza que debería destrozarnos el alma. Sin lugar a dudas, nos ponen más cerca de la espada que de la pared. Sin lugar a dudas, nos recuerdan que somos humanos y que podríamos cantar junto a ellos y junto a ese otro poeta que lo supo siempre, el canto de *Los Heraldos Negros*: “Hay golpes en la vida tan fuertes... ¡Yo no sé! / Golpes como del odio de Dios: como si ante ellos, / la resaca de todo lo sufrido / se empozara en el alma... ¡Yo no sé!”.



CRISTIAN VALENCIA HURTADO

Escritor y periodista

Coordinador del programa

Libertad Bajo Palabra

BOLÍVAR



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD
DE MAGANGUÉ

Milton Alfonso Jiménez de la Torre
Director del taller

EL FUTURO, UN PACTO DE AMBICIÓN FATAL

Crónica

Diovani Peña Conde



Me llamo Ramiro, tengo 63 años y estoy pagando una condena en la cárcel de Magangué. A mi edad, la gente suele hablar de nietos, de atardeceres tranquilos, de recuerdos buenos. Yo, en cambio, paso mis días recordando el error más grande de mi vida: un pacto con el diablo que me dio todo lo que soñaba, pero me quitó lo que más amaba.

No quiero que se sepa mi verdadero nombre. Solo quiero que mi historia quede como advertencia. Porque lo que voy a contar pasó de verdad, y sucedió en Mompo, Bolívar, en las calles donde crecí y donde aprendí demasiado tarde que la ambición puede ser mortal.

Mi niñez estuvo marcada por la necesidad. Vivía en un barrio humilde, donde las casas eran de paredes encaladas y techos de teja, pero adentro el hambre no daba tregua. Mi madre lavaba ropa ajena y mi padre, cuando podía, pescaba en el río. Aun así, casi nunca alcanzaba para llenar el plato.

Desde pequeño me dolía ver cómo otros niños estrenaban zapatos, bicicletas y cuadernos nuevos. Yo no tenía nada. Ese vacío me fue creciendo por dentro y se convirtió en un deseo ardiente: quería todo lo que no podía tener, y lo quería antes de ser mayor.

Tenía quince años cuando la conocí. Era una anciana del barrio, de esas que todo el mundo señalaba con desconfianza porque sabía rezos raros y hablaba sola en las esquinas. Una tarde, mientras yo vagaba sin rumbo, me dijo con voz grave:

—Si quieres cambiar tu destino, yo puedo enseñarte cómo.

Al principio me asusté, pero, como dice el dicho, la curiosidad mató al gato. Esa mujer me mostró lo que nunca debí aprender: cómo invocar al diablo. Me enseñó las palabras, los símbolos, las velas negras y el momento exacto: la medianoche. Según ella, no había que firmar nada, solo pronunciar el pacto en voz alta.

Así lo hice. A la medianoche, en un patio abandonado cerca del cementerio de Mompo, encendí la vela y repetí las palabras que la anciana me había enseñado. Mi voz temblaba, pero mi ambición era más fuerte que el miedo.

Prometí obtener lo que deseara antes de los dieciocho, y acepté que debía entregar un sacrificio a cambio. Todo fue verbal, sin papeles ni firmas. Y aunque pensé que era un juego, pronto me di cuenta de que algo real había ocurrido.

Al poco tiempo, mi vida cambió de forma inexplicable. Todo lo que tocaba parecía convertirse en oro. Conseguía dinero con facilidad, tenía ropa nueva y respeto en el barrio. Lo más increíble fue que pude darle a mi madre —mi razón de ser— todo lo que había soñado: comodidades, abundancia, casas bien amuebladas. Llegué a tener dos casas propias, y a mi familia no le faltaba nada.

Por primera vez en mi vida me sentí poderoso, como si hubiera vencido a la pobreza de un solo golpe.

Cuando fui llamado a prestar el servicio militar, pensé que la suerte se acabaría. Eran años duros: combates contra la guerrilla, noches enteras en el monte, ráfagas de fusiles. Pero algo extraño me protegía. En los enfrentamientos, nunca una bala me tocó. Vi caer compañeros a mi lado, y yo quedaba ileso, como si una fuerza invisible me cubriera.

Mis superiores decían que yo era “un hombre de suerte”. Yo sabía que no era suerte: era el pacto.

Con el tiempo, descubrí otro efecto: el demonio me obedecía. Si alguien se metía conmigo, ya fuera a robarme, insultarme o hacerme daño, yo solo tenía que pronunciar su nombre y pedir al demonio que se encargara. Poco después, esa persona sufría una tragedia: accidentes, enfermedades repentinas, desgracias inesperadas.

Ese poder me embriagó. Me sentía intocable. Creía que había encontrado el camino perfecto: riquezas, protección y venganza. Pero no sabía que el precio estaba a punto de llegar.

El sacrificio llegó de la forma más cruel. Yo tenía un hijo de catorce años, un muchacho alegre, lleno de sueños. Una tarde, viajando en

motocicleta, sufrió un accidente de tránsito absurdo. Nadie entendió cómo ocurrió: un choque repentino, una caída fatal. Murió al instante.

Ese día comprendí que el pacto había cobrado su deuda. Yo había pedido riquezas y poder, y el diablo me había dado todo... a cambio de la vida de mi propio hijo. La cicatriz que llevo en el brazo como recuerdo físico de aquel pacto no es nada comparada con el dolor de su ausencia.

Después de la muerte de mi hijo, todo se vino abajo. Me sumí en la rabia, en los vicios, en negocios sucios. Lo que había ganado con tanta facilidad se deshizo como arena entre los dedos. Terminé envuelto en delitos y, un día, las puertas de la cárcel de Magangué se cerraron detrás de mí.

Hoy soy un hombre de 63 años, encadenado no solo por los barrotes, sino por la culpa de haber perdido a mi hijo por mi ambición.

Desde esta celda pienso en lo ingenuo que fui. Creí que podía vencer al destino con un pacto verbal, pero lo único que hice fue condenar mi vida y arrastrar a los que más amaba.

Quiero que los jóvenes de Mompox y de cualquier parte escuchen bien: el diablo nunca regala nada. Cada favor que concede lo cobra con creces. Yo quise riquezas y terminé perdiendo lo que más quería.

Si pudiera volver atrás, jamás haría ese pacto. Pero ya es tarde. Lo único que me queda es contar mi historia para que nadie más repita mi error. Porque con el diablo nunca se gana: siempre se pierde más de lo que se imagina.

LAS BOLLERAS DE MI PUEBLO

Eustorgio Cárcamo Ramírez



Yo soy Eustorgio Cárcamo Ramírez, un hijo de San Sebastián de Madrid, en el departamento de Bolívar, Colombia. Mi historia es la de mi gente, la de un pueblo donde las mujeres eran el corazón de todo, especialmente cuando se trataba de hacer el bollo limpio, un tesoro gastronómico de nuestra tierra.

La elaboración del bollo era un ritual que comenzaba con el maíz blanco. Lo cocinaban y luego lo lavaban con esmero. Después de lavado, lo pasaban a una olla con agua tibia para que se ablandara. Cuando el maíz estaba listo, las mujeres lo llevaban a quien se encargaba de pilarlo, un trabajo duro que requería fuerza y dedicación. Una vez pilado, lo pasaban a una ponchera de aluminio y lo volvían a cocinar para que quedara en su punto. Al final, lo llevaban al molino para terminar su proceso.

Después, llevaban la masa molida a la casa y comenzaba la parte más importante. Encendían el horno de leña, y sobre el fuego ponían un caldero de hierro grande con agua. Cuando el agua estaba bien caliente, le iban echando la harina mientras la revolían con un cucharón de palo para que no se “embolara”. Cuando la masa se endurecía, dos mujeres la sacaban del caldero y la ponían sobre un taburete. Con cucharas de totumo, iban cogiendo la masa y la ponían sobre las hojas de cogollo de palma de vino, que ya estaban cortadas y listas para usar. Hacían como un “calzoncito” con la hoja y la masa, le daban dos vueltas, y después ponían otra hoja de palma para terminar de envolver el bollo. Por último, lo volvían a envolver con una pita de costal para que quedara bien amarrado.

Ya con todos los bollos listos, prendían de nuevo el fogón y ponían otro caldero con agua. Cuando el agua estaba hirviendo, iban echando los

bollos. Las mujeres sabían exactamente cuándo el bollo estaba cocido. Destapaban el caldero, sacaban uno y lo metían en un recipiente con agua. Si el bollo flotaba, era la señal de que ya estaba listo.

Cuando terminaban de cocinarlos, los traían a un mesón para que escurrieran el agua. Los dejaban ahí hasta la madrugada, cuando los empacaban en cajones. Cerca de las tres de la mañana se bañaban y se cambiaban de ropa. Sacaban dos burras, ponían las dos cargas, una a cada lado, y las tapaban con plásticos y costales. Se ponían el sombrero y las chancas, y emprendían su marcha hacia el mercado de Magangué.

Muchas veces salían en medio de una tempestad, lloviendo, pero esas mujeres no se detenían. Dios las protegía. Vendían el bollo para traer la comida y aunque la tristeza nunca se les quitaba, siempre llevaban una sonrisa en la boca. Traían amor para su familia y sus hijos.

Así fue como conocí la historia de estas mujeres bolleras. Me llené de valor, porque mi mamá fue bollera durante treinta años, chapoteando agua y barro por los caminos de Madrid a Magangué. Fue entonces cuando le compuse una cumbia.

La Cumbia del Bollo

A toditas las bolleras de aquí,
que labran de sol a sol sin descansar,
voy a cantar en su fiesta,
y a mi mamá la voy a recordar.
Sacando cogollo porque la masa está lista,
vamos a envolver el bollo,
mujer date prisa,
con su ponchera armada y una vara en la mano,
arreando la burra en la madrugada, cuidan su bollo
bien armado.
Vamos a pilar, vamos a moler,
que vamos a llevar el bollo pa' Magangué.
Sacan y enjalman la burra,
su chaleco y su sombrero,
mujeres que van viajando
debajo de un aguacero,
mojadas y con mucho frío,
y sin miedo a nada,

es la cultura de un pueblo,
con sus bellas artesanías.
Vamos a pilar, vamos a moler,
que vamos a llevar el bollo pa' Magangué.

EL ZORRO: UNA HISTORIA DE AMOR Y FANDANGO

Eustorgio Cárcamo Ramírez



El Zorro era un señor campesino que vivía en el monte. En su terreno cultivaba de todo: yuca, maíz, ñame, patilla y batata. También tenía su propio sacatín, un lugar donde se preparaba el trago de la caña. Pero lo que más le gustaba en el mundo era la fiesta, en especial las patronales del pueblo.

Cuando llegaba la hora de la fiesta, él salía montado en su burro, llevando su mochila cargada de totumas llenas de un trago al que llamaban “tapatusa”. Era un hombre alegre al que le gustaba el porro y la cumbia. Se llamaba Plutarco Guerra, pero todo el mundo lo conocía como “El Zorro”.

En el pueblo había una mujer a la que él siempre invitaba a bailar. Se llamaba María la Paz, una mujer alegre y bullanguera que tenía su propio oficio: el casabe. Ella cogía la yuca y la rayaba en un rallador, luego prendía un fogón con leña y ponía una plancha redonda de hierro. Cuando estaba caliente, le iba echando la harina de yuca en forma de arepa, y le ponía azúcar. Cuando la harina iba endureciendo, la cogía con una tablita y la doblaba, dejándola con la forma de una caramañola.

Era esa mujer, María, la que El Zorro siempre invitaba a bailar fandango. Cuando el fandango estaba encendido, El Zorro zapateaba y “golpeaba la tierra” con sus abarcas de tres puntas. Con la alegría que lo caracterizaba, se unía a María en el baile. La gente del pueblo, al verlos, bromeaba y decía que eran el diablo y su pareja. Mi abuela, en esa época, me contó que mientras bailaban, María, sonriente, decía:

—Si estos son los diablos, que me lleven.

Y así, zapateando y con la música, todos se contagiaban de la alegría de El Zorro y de María.

Yo tenía 14 años cuando vi las cosas que hacía El Zorro con María. Eran recuerdos tan bellos de esos tiempos en mi pueblo, cuando los viejos bailaban en medio del fandango. Se oía el zapateo y se golpeaba la tierra con sus tres puntas. Por eso, recordando esos bailes tan llenos de vida y alegría, le compuse este porro a El Zorro.

El Porro del Zorro

Señora María, ha llegado El Zorro,
 venga y bailemos este lindo porro.
 Señora María, ha llegado El Zorro,
 baile conmigo, que me encanta el porro.
 Fueron esos tiempos, recuerdos tan bellos,
 cuando en mi pueblo bailaban los viejos.
 En medio del fandango se oye el zapateo,
 golpeaban la tierra con sus tres punteros.
 Y esa es María, alegre y bullanguera,
 bailaba fandango como una gran fiesterera.
 Con su abarca en el pie,
 María bailaba sin miedo.
 Con su falda en el viento,
 María bailaba sin duelo.
 Cuando suena el clarinete,
 El Zorro levanta la mano.
 Llegó el fandango al pueblo,
 y baila mi gente del llano.
 Eran esos tiempos, recuerdos tan bellos,
 cuando en mi pueblo bailaban los viejos.
 En medio del fandango se oye el zapateo,
 golpeaban la tierra con sus tres punteros.

LIMÓN Y BICARBONATO LA ODISEA DE LA FAMILIA GUERRA

Crónica

Eder Hoyos Tapia



La víspera del primero de mayo

Luis Guerra y Matilde de Guerra formaban una familia de catorce personas en total. Luis era el noveno de todos los hijos. Desde niño había crecido con una manera muy particular de ver la vida: no le temía a los problemas y, aunque era un hombre del campo, siempre encontraba la forma de salir adelante con sus propias manos.

Cada primero de mayo el pueblo se vestía de fiesta. Era el día en que todos los trabajadores, tanto rurales como urbanos, se reunían en la plaza del mercado para una gran celebración. Matilde y sus hijos vivían en un lugar muy lejano, pero eso no era un impedimento. Ellos sabían que, como cada año, la invitación llegaría y harían lo posible para asistir.

Ese día, la familia se levantó de madrugada para empezar el largo viaje. Matilde se puso de pie a las cuatro de la mañana, despertó a sus hijos uno por uno y les pidió que se prepararan. Cuando ya estaban limpios y bañados, Matilde se arrodilló y, a tientas, metió la mano debajo de la cama, en la oscuridad de la madrugada. Con la vista cansada, buscaba las abarcas de cada uno de sus hijos, pero, en medio de la penumbra, no pudo encontrar las de Luis, su noveno hijo.

En esa época no había alumbrado eléctrico en el puerto, solo la luz tenue de un gran mechón que apenas iluminaba la orilla. Luis sintió una

punzada de angustia al no tener sus abarcas, y su madre, ya cansada y harta de tanto ajeteo, le dijo:

—¡Espera la otra canoa! —Pero la canoa, rota y vieja, se estaba llenando de agua y tenían que achicarla constantemente, lo que hacía imposible demorarse y volver por Luis.

El viaje y el hallazgo del río

Matilde, que siempre fue una mujer sumisa a su difunto esposo, esta vez decidió ir con sus hijos a explorar el camino sin su consentimiento, porque él ya no estaba. Agarró a sus cinco hijos más pequeños, con vestimentas bastante humildes, y los embarcó en la canoa.

La embarcación, en su mejor momento, solo tenía capacidad para siete personas. Para el viaje, Matilde le dio a cada niño una totuma para que la usaran y achicaran el agua que se filtraba. Así comenzó el viaje de mil metros río arriba, con Luis empujando la canoa con el canaleta. Viajaban por las aguas turbias del río, que en esa época solían tener un color lodo y un olor a tierra mojada.

En medio del tapón de las aguas y de las plantas que florecían, Luis y Matilde con sus cinco hijos vieron algo inesperado. Una gran cantidad de aves negras que revoloteaban y azotaban una canoa abandonada. Luis, con una vara en la mano, abrió el tapón que tapaba la canoa y vio el cuerpo de un joven ahogado. El hombre estaba bien vestido: llevaba un pantalón de tela caribú y una camisa de cuadros rojos. Tenía zapatos blancos con suela.

Luis, con el canaleta en la mano, no oía a sus hermanos, que le gritaban que la canoa se estaba hundiendo, porque se había quedado mucho tiempo observando a aquel hombre sin vida. Él, con una expresión de euforia, solo gritaba:

—¡No oigo, no oigo! ¡Encontré la solución!

Matilde, que no entendía la reacción de su hijo, le preguntó a gritos qué le pasaba, a lo que él contestó:

—Este pelao no lleva abarca... ¡aquí encontré la solución!

Luis se hizo a un lado con la canoa y, con la vara en la mano, jaló el cuerpo del joven ahogado. Le quitó el pantalón, la camisa de cuadros, la gorra, el reloj de marca, los zapatos de suela blanca y las medias. Luego, Luis, que era un joven noble, le hizo una sepultura en la playa de arena con su canaleta. Mientras Luis hacía la sepultura, la madre, que siempre

cargaba jabón de ceniza, lavó la ropa del joven ahogado en el río. Cuando Luis regresó a la canoa, el sol ya estaba saliendo con fuerza, secando toda la ropa que Matilde había lavado.

El legado del niño ahogado

Antes de llegar al puerto, Luis observó las necesidades de cada uno de sus hermanos y se dispuso a repartir las prendas que habían encontrado. A uno de sus hermanos le regaló los zapatos para que se los pusiera, aunque le quedaran un poco grandes. La camisa de cuadros roja se la dio a otro hermano. El pantalón caribú se lo colocó otro hermano, y el reloj se lo puso a otro en la muñeca derecha.

Las medias de punto blanco las dividió entre él y Matilde. Ella se puso la del pie izquierdo en la mano, que estaba hinchada y arrugada de tanto canaletear río arriba. Mientras tanto, Luis se colocó la media derecha en su mano derecha, también hinchada de tanto empujar la canoa por los barrancos de barro.

El reencuentro con el pueblo y la decepción

Llegaron al puerto del Callejón del Gato y amarraron la canoa rota a un tronco. Matilde se alegró junto a sus hijos al ver la estatua de Jesús montada en la torre de la iglesia, adornada con luces de colores de Navidad.

—¡Dejen de chicotear con los totumos! —gritó Luis, en medio de la algarabía de los hermanos, mientras le daba un beso a cada uno—. ¡Quédense quietos, guachos!

Uno a uno subieron por las viejas escaleras de madera del puerto. Matilde les limpió la cara con el agua del río mientras les espantaba los mosquitos. Luis los agarró de la mano, de mayor a menor, y así caminaron hasta la plaza, esquivando a los “carromuleros” y a las camionetas Willys.

Cuando llegaron, la plaza estaba repleta de gente, caballos y burros. Uno de los hermanos le preguntó a Luis:

—¿De quién son esos animales y coches? —él le contestó que no eran mascotas, sino de personas con dinero.

Matilde, que venía de una familia rumbera, empezó a mover los pies al ritmo de la música que sonaba en la plaza, pero la música se acabó cuando llegó el alcalde con un grupo de la personería municipal; se acabó la música

y comenzó su discurso de promesas falsas para que la gente votara por él. Al regresar a la canoa para irse, se dieron cuenta de que se estaba hundiendo y rápidamente comenzaron a achicarla para poder devolverse a casa.

El encuentro con el rico y la vuelta a casa

Un señor adinerado, en un Willys rojo, salió de su carro en el puerto y le preguntó a Luis:

—Hombre, compa, ¿todos esos muchachos son hijos tuyos? Ustedes sí que no saben lo que es perder el tiempo escuchando la radio, como lo hacemos en la ciudad.

—Esas novelas que se escuchan en la radio son para las damas de la ciudad, no para las personas del campo —contestó Luis.

—Usted lo que tiene es una empresa de pelados bien vestidos, con ropa de marca. Se nota que su esposo no le da descanso —repuso el señor del Willys, mirando a Matilde.

Matilde lo miró y, con voz entrecortada, dijo:

—Mi esposo ya no está. Solo somos mis hijos y yo.

Luis, apenado, les dijo a sus hermanos:

—Párense, sacúdanse los pantalones y vamos, que el camino es largo hasta llegar a la vereda.

Comenzaron a canaletear de vuelta hacia su vereda. Luis miró a sus hermanos y les dijo:

—Compórtense en el viaje, que ya llega la noche y el camino es culebrero.

La llegada y el remedio

Al llegar a la vereda, como los niños no estaban acostumbrados a comer chucherías, dulces de tamarindo y totumos crudos, les dio dolor de barriga y se la pasaron “defecando” cada seis pasos antes de llegar a la finca. Llegaron a las siete de la noche a la casa, todos embarrados, y con mierda en los pantalones. Los hermanos mayores, al verlos, abrieron los brazos para recibirlos, pero al mismo tiempo les dijeron:

—¿Ustedes huelen a mierda?

Luis hizo una pausa, y uno de los hermanos mayores, con sabiduría, les dijo a los niños:

—¿Quién no se va a cagar en ese camino oscuro y con tanto peligro?

Matilde se fue al río y no le importó quitarse la ropa sucia para lavarla y bañarse junto a sus hijos para quitarse el olor

Ya bañados, los hermanos mayores, que se habían quedado en el rancho, trajeron en sus manos doce limones y cuatro onzas de bicarbonato. Los echaron agua tibia, lo revolvieron en un caldero y le dieron de beber a cada uno en medio vaso para que se tomaran ese remedio dos días seguidos.

Gracias a ese remedio, los hermanos se sanaron de la diarrea que les había dado por abusar de la comida que no es comida.

LOS PUNTOS MARIPOSAS

Anécdota

Esaúl Pérez Hoyos



Esta anécdota que quiero contarles es una de esas historias que uno no olvida, de esas que lo hacen reír, aunque en su momento no dieran nada de gracia. Esperen y verán de qué hablo.

Somos tres hermanos: Samuel, el mayor; Andrés, el del medio, que es el protagonista de esta anécdota; y yo, Esaúl. Crecimos jugando en el patio de la casa, y digo “jugando” como si fuera algo simple, pero nuestras tardes eran más bien una especie de batalla campal con reglas inventadas.

Un día, en plena euforia de uno de nuestros juegos, Andrés se descuidó y se cortó la pierna derecha. Se le quedó un pedazo de lata oxidada clavada, y, de repente, la emoción se convirtió en pánico. Samuel, que es el hermano mayor y siempre ha tenido un instinto de papá gallina, gritó:

—¡Párese, que le está saliendo sangre!

Pero Andrés, con ese pánico que solo uno de mis hermanos puede tener, empezó a correr como si un fantasma lo persiguiera. Y Samuel, en lugar de ayudar, se le pegó detrás, gritando como si fuera el fin del mundo. Era una escena de una película de comedia, pero con sangre de verdad.

Andrés, muy ágil, se escabulló y desapareció. Nosotros nos quedamos en el patio, quietos y preocupados. No volví a ver a mi hermano hasta la medianoche. Solo de lejos vi a un señor, una buena persona que le preguntó qué le pasaba, le curó la herida y hasta le dio algo de comer. Era como si Andrés hubiera encontrado un ángel en el camino, uno con cara de señor que no se asustó con la sangre ni con el pánico de mi hermano.

Yo, en ese momento, no pensé en nada malo. Pero ahora sé que ese momento, y lo que pasó, es un recuerdo inolvidable.

Al día siguiente, cuando volvimos a vernos, yo me esperaba un drama, lágrimas, y un gran “nunca más vuelvo a jugar”. Pero Andrés llegó con una carita feliz, como si le hubieran dado el mejor regalo del mundo.

—Nunca más vuelvo a correr —dijo.

Y me contó la historia del señor Blanco, nuestro vecino, que lo había revisado, curado y le había puesto unos puntos. Yo, que solo conocía los puntos de los zapatos, le pregunté qué eran esos, y él, con la seriedad de un doctor, me dijo que eran puntos “mariposas”.

Yo no pude evitar reírme.

—Puntos de mariposa —le repetí—. Se ve que el Sr. Blanco no te conoce.

Pero él me explicó que el Sr. Blanco los había usado para que la cicatriz no se notara tanto y tampoco le doliera.

Todos en la casa nos pusimos felices al saber que Andrés estaba bien. Verlo con esa sonrisa y saber que no era nada grave nos dio mucha tranquilidad. Con el tiempo, esa anécdota se convirtió en una de las historias que siempre recordamos en familia, especialmente cada vez que nos echamos unas buenas risas sobre las torpezas de Andrés.

Esos puntos de mariposa en la pierna de mi hermano Andrés, que en un principio nos asustaron, hoy en día son un símbolo. Un símbolo de la vida, de cómo una simple herida puede cerrarse con ayuda y de cómo, a pesar de los golpes, siempre podemos seguir adelante, incluso si en el proceso hacemos un poco el ridículo.

Mi hermano siempre dice que esa cicatriz le recuerda que, incluso después de un error, uno puede sanar y que, en vez de esconderse, puede seguir adelante con la frente en alto. Es su “legado”, como él lo llama. No es una marca de vergüenza, sino un recordatorio de que, aun con un pequeño corte, encontró la libertad de no tener que huir nunca más. Porque, al final del día, todos tenemos una historia que contar, una cicatriz que nos recuerda que somos más fuertes de lo que pensamos. Y la de Andrés, sin duda, es una que nos hace reír y reflexionar al mismo tiempo.

SIGO AQUÍ

Henry Martínez Peña



Qué bueno es vivir y seguir viviendo en este mundo. A veces, la vida es un río que nos arrastra sin piedad, y, por casualidad, uno no sabe de dónde viene ni a dónde va. La existencia empieza en un espacio oscuro, donde no podemos movernos, pero poco a poco crecemos y aprendemos a vivir. La vida se revela como un lienzo de caricias, juegos, amor y sonrisas que se pintan desde la noche hasta la mañana. Al principio, todo es pequeño y bonito; pero, a medida que el tiempo nos moldea, surgen obligaciones con uno mismo y la necesidad de aprender para crecer, porque esa, me di cuenta, es la ley de la vida.

Es la enseñanza de los padres, heredada de ellos, que nos educan con respeto sobre todas las cosas. Uno no valora su esfuerzo hasta que, de repente, la vida te aleja del hogar. Es difícil. Todo comienza al separarse de su lado, y ya nada es lo mismo. Uno se pregunta por aquella ayuda que le ofrecieron para salir adelante y se encuentra solo. Es en ese momento que el fracaso se convierte en un fantasma, y uno aprende a sobrevivir por su cuenta, a fuerza de voluntad.

Después de terminar mis estudios, me sentí lleno de orgullo por haber logrado un objetivo. Con esa victoria en el alma, me aventuré a un pueblo donde todo era un territorio desconocido. El hambre se convirtió en mi compañero de viaje, porque la comida no es gratis. Toca buscar qué hacer para ganarse la comida, para no depender de nadie.

Mi camino me llevó a una hacienda inmensa llamada *Brisa*. El trabajo era honesto, pero un día la naturaleza nos puso a prueba. Por accidente, se produjo un incendio en uno de los lotes de la siembra del cultivo de mango. El fuego se extendió con una velocidad terrible, y las llamas devoraron las plantas. Un ejército de personas nos movilizamos para socorrer y, con el corazón en la garganta, logramos sofocarlo.

Me enteré de que el hecho ocurrió mientras desmalezaban para la siembra de millo. Fue así como ingresé a desarrollar labores en la hacienda para recuperar los árboles quemados. Después de un tiempo, me preguntaron si, a pesar de ser menor de edad, quería seguir. Dije que sí, con una condición: que no me regañaran por razones de mis trabajos.

El trabajo en la hacienda fue un aprendizaje constante. Mis manos se acostumbraron al peso de las canastillas. Pasé mucho tiempo recogiendo y cargando esas canastillas, subiendo y bajando con los troncos. Mi labor consistía en clasificar los mangos por lotes; era una tarea sencilla, pero siempre encontraba el tiempo para ayudar a quien veía apurado. Con el tiempo, aprendí a cosechar mangos, papayas y limones. El trabajo era duro porque, a veces, cuando había un pedido grande, los frutos no eran suficientes.

En la hacienda hice amistad con los trabajadores, hombres de la tierra, me enseñaron algo invaluable: la bondad. Usábamos las canastillas como comedor y comíamos todos juntos, compartiendo el pan y el cansancio. Es duro cuando uno va a un lugar y no se siente como parte de la familia, pero ellos me hicieron sentir bien, me dieron un sentido de pertenencia en ese lugar.

Un día, la curiosidad me llevó a buscar algo más. Mi amigo del turbo, el camión que transportaba la fruta, me dijo:

—Si andas conmigo tienes que ponerle bolas para que aprendas a conducir.

Fui con otro tractorista y le pregunté si me enseñaba, pero él me respondió con gritos:

—¿Qué gano yo si te enseño?

Sin embargo, mi amigo del turbo, un gran amigo, me guió.

—Ven, para que abras los portillos —me dijo.

Lo hice y, para mi sorpresa, me ordenó:

—Maneje.

Tuve miedo, pensé que no iba a poder, pero él me dio el empujón que necesitaba. Arranqué el turbo y “me sentí alegre” escuchando el rugido del motor como una victoria personal. Con él, pudimos viajar. Conocí un mundo que nunca imaginé.

Mi amigo me dijo que no tenía por qué estar allí, que se había dado cuenta del desprecio de mis primos hacia mí. Yo le dije que no tenía a dónde ir. Sin nada que hacer, acepté preparar la tierra para las papayas. Me tocaba caminar cinco kilómetros a pie todos los días, un camino que me obligaba a reflexionar sobre mi futuro incierto.

En ese camino, la tierra me enseñó que, antes que todo, uno debe ser agradecido con el lugar donde trabaja. Ellos me daban de comer sin pedirme un solo peso, y mi agradecimiento, me explicaron, debía ser tangible: llenar bolsas de tierra. Un día me dijeron, con una honestidad que me sorprendió, que los hijos no podían llenar bolsas. Fue entonces cuando comprendí la diferencia con los demás, que mi lugar estaba en otra parte.

En mi mente, decidí que me iba a ir. Me fui a mi pueblo, sin tener a dónde llegar, sin dinero y sin un plan claro. De pronto, mi padre me dijo que un amigo en Cartagena me había mandado a llamar. Viajé con la esperanza de un nuevo comienzo. La sorpresa fue que el amigo de mi papá era mi primo. Me dijo que no tenía que estar allí y que no me volviera inútil. Para que no dijera que estaba de paseo, me dediqué a ayudarlo. Esperaba que me recomendara para un trabajo, que me diera una oportunidad, pero él me dio la lección más dura y honesta: “Yo no te recomiendo, porque la respuesta es tuya”.

Y aquí sigo, donde no tengo que estar.

UNA NOCHE DE INVIERNO

Elkin Manuel Solar Arrieta



Todo empezó en la casa, ya entrada la tarde. De repente, al filo de las 11:30 de la noche, una sombra de angustia cubrió nuestra paz. El niño, mi hijo, empezó a sentirse mal, con una opresión en el pecho que se reflejaba en su rostro desesperado. Su llanto no era un simple quejido, sino un grito mudo que nos rompía el alma. Sin saber qué hacer, la desesperación se apoderó de nosotros. Le avisamos a mi madre para que viniera a verlo, con la esperanza de que sus manos de abuela encontraran un remedio. La madre del niño, mi esposa, intentó calmarlo: le dio aire, lo abrazó, pero él no podía respirar. No había duda, teníamos que llevarlo al pueblo. Sin embargo, nos preguntamos qué hacer, pues la vía estaba en muy mal estado por las intensas lluvias. En esos momentos, el tiempo se siente como una eternidad.

Sin saber qué hacer y con el corazón en la mano, tomamos una decisión. Abrigué al niño con la manta más gruesa que encontré y nos subimos los tres a mi moto. El camino al pueblo tomaba una hora, pero esa noche la oscuridad era tan densa que parecía una tela negra. El camino, un laberinto de barro, nos obligaba a avanzar con mucho cuidado. El rugido del motor era nuestro único compañero en medio de la noche. El frío nos helaba los huesos y la lluvia no daba tregua.

Atravesamos, una a una, las quebradas que nos separaban del pueblo. Con cada cruce, la esperanza se hacía más fuerte. Sin embargo, al pasar la última, alcancé a ver, con la luz de la moto, una figura que se movía en la vía. Avancé con cautela, pensando que sería un animal doméstico, tal vez un perro o una vaca. Pero al acercarme, un gruñido aterrador rompió el silencio de la noche. Era un animal. No uno cualquiera.

El sonido fue tan impresionante que la madre del niño, mi esposa, quien lo sostenía fuertemente, soltó un grito de pánico y, sin pensarlo, dio un salto. Por un instante, pensé que lo perderíamos todo. Por un instante, sentí que la moto se iba a inclinar, que perdería el control. “Gracias a Dios no nos caímos”, me dije. El impacto casi nos desestabiliza, pero nos mantuvimos en pie.

Mi esposa, con cara de angustia, me miró y me dijo:

—Tenemos que seguir, el niño no aguanta.

Y así lo hicimos. No había tiempo para el miedo. Me armé de valor, y con el niño en mis brazos, le dije a mi esposa que se subiera de nuevo. Avanzamos en medio de la oscuridad. Sentía miedo de que el animal nos siguiera, pero no miré hacia atrás. Solo me concentré en llegar al pueblo.

Llegamos al pueblo, por un milagro, el niño se sentía mejor, como si la adrenalina del momento hubiera hecho su trabajo. Lo llevamos al centro de salud, que, por cierto, estaba muy solitario. Con la ayuda de un enfermero que nos atendió, estabilizaron al niño. Pasamos la noche en el hospital y, al amanecer, ya estaba fuera de peligro. Sentí un profundo alivio, y en mi mente solo había una palabra: *gracias*.

Esa noche me enseñó que, aunque el camino sea largo y esté lleno de obstáculos, la esperanza y la fe son más fuertes que cualquier miedo. Y que, en los momentos de mayor desesperación, la valentía de un padre no tiene límites.

CAQUETÁ



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD
DE FLORENCIA

César Augusto Otavo
Director del taller

EL VALOR DE LA LIBERTAD

Hernando Astudillo



Todo empieza una tarde oscura, el 28 de enero del año 2025 cuando, al terminar la audiencia, escucho una voz sarcástica que dice:

—Es responsable penalmente y su condena la cumplirá en la cárcel El Cunduy del municipio de Florencia.

Es aquí donde la felicidad se convierte en amargura y desesperación porque yo no esperaba esa decisión; yo sabía y creía en mi inocencia.

Mi abogado defensor presentó un derecho de apelación sin que hasta hoy se le haya dado respuesta. Argumentó que este derecho se encuentra en curso en el Tribunal Superior de Florencia, esperando un turno.

Así que nos encontramos sin solución y, mientras tanto, pasa mucho tiempo a favor o en contra. Ese es el papel que cumple nuestra justicia colombiana. La parcialidad que se observa es que esto solo le pasa a la clase de estrato social bajo, pero con la clase alta, protegida para ejercer este derecho, lo hacen de manera rápida y eficaz.

A los grandes personajes de la vida pública se les responde de manera rápida sin importar qué tan grave sea el delito, ni su condición, y se les da una respuesta favorable por tratarse de una persona importante en la sociedad.

Aparecen de inmediato los policías y me trasladan a la mal llamada “carceleta”, un lugar despreciable que opera dentro de la institución. No quisiera recordarlo por todo lo malo que allí me hicieron: me pegaron, me golpearon, me abusaron y hasta atentaron contra mi vida tratando de ahogarme en la taza del baño. Todo lo iban a justificar con mi discapacidad, dirían que había sido un accidente.

Sobreviví a todo. Fui trasladado al hospital Central, al pabellón de psiquiatría, bajo el concepto de “ansiedad severa” causada por los detenidos de ese calabozo y con la complicidad de los guardias que prestan seguridad allí. Estuve 40 días en recuperación.

Todo esto ocurre por la injusticia de nuestra justicia colombiana, porque la cárcel es “para el pobre de estrato social bajo”, aquel que carece de recursos económicos y no tiene cómo pagar un buen defensor. El rico llega acá y todo se le arregla. Siempre es el llamado inocente; los delitos de ellos prescriben y son absueltos a su favor ¿Por qué será?

Así se habla y se comenta de unos derechos humanos, pero ¿para quién? ¿luego no son para todos?

Pasados muchos días, me llevan para El Cunday, donde actualmente me encuentro cumpliendo la condena. Sigo encerrado en esta jaula que, aunque sea de oro, no deja de ser prisión.

Por la noche me acuesto pensando en el día de mañana, esperando continuar con la monotonía que martiriza mi alma. Los lunes son muy largos, esperando el golpe fuerte, acompañado de la formación de números, lo que significa formar para contar y comprobar que todos estamos completos: rutina de todos los días.

Mañana y tarde, todo llega, todo pasa, pero nada cambia. La convivencia cada día es peor. No hay derecho a reclamar, ni exigir, ni proponer cambios, debido a la estigmatización de muchos de ellos que dicen:

—No diga nada, aquí no está en su casa, aquí usted ya está en la cárcel.

Algo que afecta mi condición del ser, hasta llegar a pensar en el grado de irrespeto al que se llega y en cómo se cree que la persona pierde la dignidad por encontrarse aquí detenida.

La condición se considera muy baja, y repetimos la frase: “No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista”. Esto lo decide el tiempo, haciendo que los días sean más cortos.

Confío en nuestro Padre amado para que nos fortalezca, nos dé poder de continuar y esperar el momento de lograr salir de este sitio, porque pienso en algo muy real “Aunque la jaula sea de oro, no deja de ser prisión”.

Aprovecho la oportunidad que Dios me da para narrar y contar muchas cosas que me han ayudado a mejorar la vida desde un punto de vista diferente, a cambiar y reflexionar para ser mejor, y aconsejar a todos los que quieran leer este escrito, para que les sirva de ejemplo y no caigan en tentaciones ni cometan errores que marquen su vida para mal, convirtiéndose

en seres despreciables gracias a la desobediencia y por estar apartados de las cosas de Dios.

Los valores inculcados por mis padres están presentes: “Haga el bien sin mirar a quién”, sirva desinteresadamente a quien lo necesite, sin esperar nada a cambio. Busque la felicidad de la vida, valore y valore a los demás.

Aprenda a vivir y a reconocer que el tiempo que se va nunca vuelve. Olvidemos el pasado con sus recuerdos malos; vivamos el presente, disfrutemos de todo lo bueno para ser cada día mejores.

La vida es hermosa si la sabemos vivir, pero es frágil, y dura cuando no apreciamos su valor.

Sueño despierto, pensando cómo existen seres que hacen tanto mal sin importar a quién, ¿por qué llegan a causar tanto daño? Afectan su honor, su dignidad y su nombre, y hacen creer que por cometer un delito uno se convierte en un peligrado para la sociedad.

Mi deseo es seguir adelante, escribiendo y denunciando lo injusto, valorando lo justo. Mi pensamiento está vivo: crear y hacer. Por encontrarme en este encierro no me han cortado las alas para volar.

No todo lo que brilla es oro; no todo el que está aquí preso es culpable, pero eso hacen creer quienes tienen el poder de acusar. Se creen perfectos, y desconocen que el único perfecto es Dios.

No debo desfallecer, debo continuar sin parar, denunciando lo malo sin temor, para corregir y buscar un cambio verdadero, que se alcanza perseverando.

No soy prisionero de la sociedad, me considero productor del conocimiento. Mi talento está encerrado, se encuentra oculto. Hoy sale de la oscuridad sin temor, buscando la luz, esa luz que brilla y resplandece en busca de la verdad con justicia social.

La edad no me niega el derecho a escribir para contar cosas que nunca saldrán, a denunciar la verdad. Esta no tiene precio, solo tiene un límite que es hablar de ella.

La alegría de escribir me devuelve mi juventud y me hace sentir una persona importante, enfrentando retos en beneficio de los más necesitados que estudian o mantienen viva la esperanza de lograr la paz con justicia social, creyendo en la justicia divina y no en la justicia de los hombres.

En este proceso que estoy viviendo aquí en lo carcelario, reconozco el respaldo y el apoyo familiar. Muchos no lo tienen, a mucha gente nunca nadie los viene a visitar y por eso su comportamiento es repudiable.

En mi caso, le doy gracias a Dios porque mi familia —mi esposa, hijos y hermanos— ha estado muy pendiente de mí en todo tiempo, apoyándome, valorándome, levantando los ánimos y pidiendo al Señor que el tiempo se haga más corto para poder regresar más rápido y estar reunidos en familia y celebrar el reencuentro.

Tener fe en Dios, que para Él todo es posible. Repito: “Pide y se os dará”, Tengo fe en Él, le creo a Él.

Queda mucha tinta en el tintero para seguir escribiendo. Lo haré más adelante, cuando haya bajado la tormenta y las olas del mar se calmen, porque “conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”.

Sigo prisionero de mis recuerdos. que no me permiten expresar mis pensamientos por encontrarme privado de la libertad, porque nada es gratis en la vida. Todo cuesta y tiene un valor.

Entonces, yo me pregunto:

¿Cuánto vale la libertad?

MIS VIVENCIAS

Jesús Alirio Muñoz



Con una oportunidad histórica en Rionegro, Puerto Rico, fui privilegiado al ser elegido concejal y poder representarlos, asumiendo la presidencia en el primer año y también en el cuarto. Por mi desempeño en el apoyo comunitario, en mi vida he sido benefactor de una serie de actos que me caracterizan y que aprendí desde muy niño de mi madre: el valor de servir a los demás sin recibir nada a cambio.

Como consecuencia, impulsé muchas gestiones que hoy siguen siendo disfrutadas por las comunidades y que quedaron inmersas en sus corazones. Un ejemplo de esto fue la consecución de un proyecto para la fabricación de panela, accionado con agua y con equipos que beneficiaron a 45 familias de la vereda El Paraíso, gestión que realicé en la Secretaría de Agricultura Departamental con el ingeniero Uberti. Antes, estas familias realizaban la molienda con bestias.

El servicio a la comunidad tiene un valor muy significativo y siempre lo he realizado de la mano de Dios. No todos los líderes lo hacen así: sin esperar nada a cambio, de manera desinteresada. Si la humanidad aplicara este principio, los resultados serían muy positivos: cambiaría la vida de muchos, este departamento, Puerta de Oro de la Amazonía, y nuestro país, Colombia, serían mejores. Se acabaría el odio, la envidia y la venganza, y nos encaminaríamos a sonreír hacia una vida más sana.

En mis testamentos personales dejo a mis hijos este legado, para que sonrientes y con agrado lo practiquen en beneficio de la humanidad más necesitada.

No es fácil desarrollar lo que me propongo; siempre surgen retos, prohibiciones y desacuerdos que impiden un eficaz desarrollo de mis sueños de servicio al prójimo. Sin embargo, por todos los medios habidos y

por haber, buscaré apoyo en Dios Todopoderoso, elevando mis oraciones para obtener buenos resultados.

La vida depende del oxígeno y de las aguas limpias que nos dan nuestros bosques. En tal sentido, estoy propiciando el mejoramiento del medio ambiente para evitar la destrucción y proteger los humedales, donde me deleito viendo el jugueteo de aves rapaces y especies de micos, entre otras.

He creado campañas de reforestación que ofrecen fortalecimiento y protección hídrica, así como la espesura del bosque en aquellos corredores ambientales que muchas especies necesitan (por ejemplo culebras, micos y felinos). Siempre motivo a las comunidades y a los entes gubernamentales; por ello, puedo decir que las nuevas generaciones disfrutarán de una mejor calidad de vida ambiental.

En mi memoria guardo la referencia de una gestión realizada durante el gobierno del presidente Andrés Pastrana, cuando se dio el aval para instalar las mesas de negociación en Los Pozos, San Vicente del Caguán. En ese tiempo, los alcaldes otorgaban licencias a las personas para su participación en los derechos de licencia compuesta.

Participé en tres audiencias con dos temas: uno ambiental y otro para lograr la paz en Colombia. Mi propuesta inicial fue anhelada; que el Estado creara un bono ambiental económico para la protección de los bosques. De lo contrario —advertí— la población los convertiría en páramos y futuros desiertos. El proyecto no se dio. Hoy los bosques son muy pocos; como decía un campesino: “la vaca no da más árboles”.

Posteriormente, se creó el decreto de “pago por servicios ambientales”. Sin embargo, este es muy selectivo. Mi otra propuesta de paz consistía en que los grupos al margen de la ley, fueran de las FARC o del ELN, silenciaran sus fusiles y se sentaran a negociar con el Estado; solo así podría lograrse una paz coordinada.

Recuerdo que, al llegar a Los Pozos para la tercera audiencia, un jefe guerrillero autorizaba el ingreso o lo negaba. Me correspondió con el jefe Fabián, quien me pidió que le explicara mis dos temas. Apenas los escuchó con alegría en su rostro me dijo:

—Ánimo, siga.

Pude exponer mi estrategia. Señal Colombia, el periódico *El Tiempo* y dos periodistas me brindaron su apoyo. A cada participante le dieron cinco minutos para exponer sus propuestas. Apenas terminé de explicar, los aplausos no se hicieron esperar; se multiplicaron sin cesar. Seguidamente,

los medios de comunicación mencionados y la revista *Semana* me entrevistaron y publicaron el tema.

Fue, sin duda, una satisfacción personal. Mi propuesta fue tenida en cuenta: las FARC se desmovilizaron años después y algunos grupos entregaron sus armas.

También es importante señalar que tuve dos ejemplos de intentos laborales desde mis 11 años. Recuerdo que un día le dije a mi mamá:

—Dame una libra de maíz trillado. Lo tostamos con canela y lo mezclamos con azúcar. Con lo que reuní en monedas compré papel para envolver y hacer cucuruchos. Empacamos el maíz y salimos a vender a las esquinas.

Mi mamá le comentó al vecino:

—¿Dónde cree que va a ir a vender?

Yo me fui al sitio donde trabajaba una mujer en salud pública, en el sur del Valle del Cauca. Cuando mi mamá vio las ganancias, sus compañeros le dijeron:

—Deje que trabaje, así ayuda a la situación del hogar.

Y así fue, regresé a casa contento con unos billeticos de a peso y muchas monedas.

Mi madre cultivaba rosas en el patio de la casa. En séptimo grado decidí experimentar; tomé unas tiras de las matas de rosas, las escondí de mi mamá y, con el tiempo, brotaron y crecieron. Llegué a tener unas quince. Le propuse a mi madre:

—Mamita, ahora tengo una buena cantidad; córteme ramos de seis y doce flores y yo voy cerca del cementerio a venderlas.

Ella, al ver que me preocupaba por la pobreza en que nos encontrábamos tras la muerte de mi padre, lloró. Con esos dineros pude ayudar a completar los gastos. Así lo hice hasta venderlas todas.

Estas vivencias son un ejemplo para las futuras generaciones; siempre se puede construir una vida digna con esfuerzo, creatividad y dedicación.

El intento de cuidar el medio ambiente lo materialicé con mi finca “La Ilusión”, ubicada en el corregimiento de Rionegro, Puerto Rico, Caquetá. Allí se conserva todo tipo de ecosistema: flora, fauna y cuencas hídricas que sirven de ejemplo a entidades y comunidades interesadas en aprender cómo proteger la naturaleza.

En la finca se puede disfrutar del avistamiento de peces, ardillas, perezosos, osos nativos, sapos, mariposas y más.

“Cuidemos la naturaleza, que ella nos otorgará mil beneficios y nos mejorará nuestras vidas”.

Sin embargo, y a pesar de haber hecho muchas cosas buenas por la humanidad, hoy me encuentro en la cárcel. Con esto quiero decir que nadie está exento de pasar por estas pruebas.

“Trabajemos por las comunidades y el prójimo, dando de lo que tenemos y no de lo que nos sobra”.

TESTIMONIO ENTRE BARROTES

Raúl Alberto Moreno Trujillo



Entre barrotes me sorprende la noche;
el silencio pesa más que las cadenas,
el viento sabe a encierro
y los pasos retumban como eco de la soledad.

—¿Cómo llegué aquí? —me pregunto,
mientras la justicia, irónica y cruel,
me disfrazo de verdugo y me carga en la espalda
un peso que no es mío.
Pienso... pienso... pienso.
La verdad manipulada
se convierte en máscara.

Cierro los ojos y regreso:
el sol me acaricia la frente,
la brisa fresca juega con mi camisa,
el olor a café recién molido
llenaba las mañanas del hogar.
Escucho la risa de mi madre en la cocina,
y la calle abierta como un río
era mi camino de libertad.

Pero el instante huye,
agua entre los dedos,
y vuelvo a esta celda que todo limita.

Pienso en el ave que vuela sin fronteras:
torcazas, canarios, tórtolas, pechiamarillos...
cada trino es un milagro,
cada vuelo metáfora viva de lo eterno.

La lluvia bendita cae recia y refresca el calor;
olor a tierra mojada, sabor de promesa.
—No hay mal que dure cien años —me repito,
como quien guarda una semilla en el pecho.

Mis palabras se estampan en el cuaderno,
mis lágrimas riegan su papel,
mis versos son raíces de mañana.

Hoy las sombras me arrebatan,
pero mañana la luz celestial será plataforma,
Justicia Divina que todo lo puede.

La fe me levanta como viento a cometa,
y aunque mi cuerpo esté preso,
mi espíritu danza libre entre los muros.

El tiempo corre,
mis ojos son caballos desbocados
que alcanzan la esperanza.

—Aún no todo está escrito —me susurra mi interior.

Quizá mañana, al alba,
la puerta de hierro no se abra para los dragoniantes...
sino para mí.
Renacer en medio del dolor

TESTIMONIO

Jeison Ubeimar Monsalve



Un lago sereno y transparente como un espejo era la paz y tranquilidad que se respiraba antes de los años 2000 en el departamento de Nariño, más exactamente en el corregimiento de Llorente, lugar donde nació.

Tierra fértil y buena para la siembra y cosecha de la palma africana, el plátano, la yuca y el cacao.

A tan solo una hora del corregimiento encontramos nuestra costa pacífica con su fascinante visibilidad, con el fascinante y arrullador sonido de las olas del mar que nos acompañan en las mañanas para contemplar el resplandecer del sol.

Además de sus playas y sitios turísticos, disfrutamos de una gigantesca y envidiable biodiversidad, y petróleo, sin contar los platos típicos que nos permiten satisfacer y probar mariscos, langostas, cangrejo, pescado...

Vengo de una familia muy humilde y trabajadora al igual que la gran parte de personas de la región, a pesar de que sus ganas de salir adelante parecían imposibles, siempre conservaban ese fuego que, aunque pequeño, mantenía viva la llama de la perseverancia.

Sin embargo, como “no todo es color de rosa, ni todo lo que brilla es oro”, quizás por ambición o, tal vez, por la falta de un empleo equitativo para la sociedad, ese cielo limpio y despejado en el que habitábamos se fue reemplazando por la violencia, los hurtos y las extorsiones. A su vez, surgieron grupos y estructuras criminales, volviéndose costumbre solucionar las situaciones y controversias con el poder y la valentía que, aparentemente, otorga empuñar un arma de fuego.

En el mes de los aguinaldos y la alegría, me encontraba un 29 de diciembre, a las 7:35 pm, bajo el ruido de los juegos pirotécnicos, degustando

una cena en familia y cruzando palabras sobre el año nuevo y lo hermosas que se veían las decoraciones ese año.

De repente escuché unos pasos que resonaban como un latido acelerado, con las pulsaciones de un corazón asustado, como en respuesta al fuerte sonido de las campanas de una iglesia. Eran hombres que, de manera agresiva y manifestando pertenencia, se llevaron a mi madre y a cinco hermanos más, y se los llevaron tres kilómetros más abajo por un camino veredal que conducía a las montañas.

Recuerdo que, cinco años más adelante, y con tan solo 13 años de edad, junto a mi hermano menor, mi padre y mis abuelos maternos, con devoción y luego de tocar incansablemente —una, dos, tres... hasta cien veces— puertas y pedir justicia y colaboración a la Fiscalía General de la Nación, nuestras constantes súplicas fueron escuchadas y atendidas.

De su mano fue posible buscar y encontrar los cuerpos de mi familia, lo cual, para ese tiempo, era como buscar una aguja en un pajar.

Sin embargo, con esa misma eficacia y ligereza de la Fiscalía, solo ocho meses después, y tras conocerse el resultado de la investigación de su ADN, nos fueron entregados sus esqueletos en cofres de madera tallada y de origen natural, de color marrón oscuro y sin un grabado explícito, a quienes en vida y por siempre serán mi familia.

Seguí adelante, gracias al sacrificio inagotable de mi padre y a su profesión como conductor, y gracias al amor verdadero de mis abuelos, quienes me acogieron y condujeron con esa luz que guió mi sendero a través de cualquier tormenta y/o circunstancia. Seguí adelante incluso luego de que a mi padre —una persona aún joven, de contextura robusta, piel blanca y cabello castaño oscuro y espeso— le arrebatara la vida un cáncer de estómago, que transformó su aspecto de manera cruel e inmediata en el año 2013.

Por la gracia de Dios y debido a mis sueños y a las expectativas que tuve de ser un oficial de nuestro glorioso Ejército Nacional de Colombia, logré terminar el bachillerato.

Después, durante un tiempo, me dediqué a la raspa de la hoja de coca, una labor que suplía mis necesidades. Empecé a darle la espalda al sol, experimentando ese bochorno bajo los cielos extensos y azulados, hasta que las siluetas de mi sombra huían para no sentirlo a las horas del mediodía, cuando el calor daba la sensación de un horno abierto que cocinaba el alma.

Retomando mis pensamientos hacia un mejor mañana, a mis casi 19 años de edad me presenté para prestar mi servicio militar como soldado

bachiller en la ciudad de Pasto, la capital. Un año más adelante, salí de mocha, siendo felicitado por ser el mejor soldado de mi contingente 9/15.

Con la frente en alto y muy optimista, debido a la calificación de mi conducta militar, pensé en continuar y ejercer la carrera que siempre había perseguido. Pero volví a caer en una nube negra que oscureció lo que empezaba a brillar: encontrar al resto de mi familia en un hogar con muchas necesidades económicas y que, pese a ello, me cerraba las posibilidades de seguir mi destino militar.

Obligado a involucrarme en los cultivos ilícitos, siendo consciente de que son un factor común y, además, algo fundamental para el narcotráfico —que a su vez genera conflictos y disputas entre grupos por el territorio—, aquello se convirtió en un océano de sangre que ahogaba la paz.

Mientras vivía esta ruina, con tantos altibajos, conocí a una mujer; una compañera sentimental que fue como un árbol de raíces tan fuertes que, por muy fuertes que fueran los vientos, no lograban derribarla.

Ganándome la vida como químico en el procesamiento de la pasta base de la vida, las circunstancias —por no decir “injusticia divina”— volvieron a estancar mi existencia cuando me incendié accidentalmente con gasolina, altamente explosiva. Me debatí entre la vida y la muerte en la unidad de cuidados intensivos del Hospital Departamental de Pasto. Sufrí quemaduras de tercer y cuarto grado en un 60% de la superficie de mi cuerpo.

Recuerdo que mi abuelo, viejo en experiencia y sabio con sus palabras y creencias, muchas veces me dijo que la fe era la luz más hermosa al final de un oscuro y largo túnel, y que, por medio de la fe en Dios, siempre hay un propósito para cada uno de nosotros.

Desperté el día 20 en horas de la tarde con ese sonido constante y aterrador de los aparatos médicos que perturbaban mis oídos, y bajo el efecto de la morfina y la anestesia. Escuché la voz quebrantada de mi esposa, y a la vez llena de felicidad, que me decía: “Nació el día 21”, ya que, para sus conocimientos, era imposible sobrevivir a toda aquella complicación.

Fui como los pétalos de una flor que se abrieron luego de renacer en Sulimayko a un incendio.

Luego de varios meses de recuperación en casa, decidí, con cierta resignación, trasladarme y probar suerte para los lados del Caquetá, tierra natal de mi esposa, con la esperanza de borrar un poco ese melancólico pasado.

Después de dos años trabajando en la agricultura, logré con esfuerzo comprar una tierra y construir una vivienda muy humilde.

Fui detenido por la Policía Nacional con una orden de captura vigente en ese entonces.

Aconteció que, por desgracia mía, ese mismo día y casi a la misma hora de mi accidente, otro incendio estallaba en el mismo sector, causado por la instalación ilegal de una válvula en la tubería de Ecopetrol, en la vía de Orito, Putumayo.

Me involucraron en ese delito debido a las supervisiones e investigaciones de la Fiscalía en los centros de atención hospitalarios que, al no encontrar a ninguna otra persona lesionada en esta tragedia, y por la complejidad de mis quemaduras, ordenaron que me llevaran con medida de aseguramiento al centro carcelario El Cunduy, en Florencia, Caquetá.

Era como un mar profundo del que, por más de que nadaba, no podía llegar a la superficie. Sin embargo, “para todo hay solución, menos para la muerte”. Durante dos meses, sin aceptar cargo alguno, me concedieron la libertad inmediata por vencimiento de términos.

Conocí la palabra de Dios, la cual fue mi refugio y la fuerza que necesitaba para poder enfrentar la situación. Para todo hubo solución, y fue el Señor quien me amparó en la parte económica, en la salud y en todo lo emocional.

Hoy vivo con gratitud, trabajando en la tierra y sosteniendo a mi familia con dignidad. He comprendido que mi vida no es una cadena de tragedias, sino un testimonio de resiliencia y amor. Cada herida se convirtió en cicatriz, y cada cicatriz en una enseñanza que me recuerda que sigo de pie.

He aprendido que la fe es la luz que me guía incluso en los túneles más oscuros, y que, aunque muchas veces pensé que todo estaba perdido, Dios siempre tuvo un propósito para mí. Ahora camino con la frente en alto, convencido de que mi historia no está marcada solo por el dolor, sino por la fuerza de haberme levantado una y otra vez.

Soy un faro de esperanza para quienes creen que no hay salida, porque yo mismo estuve allí y descubrí que siempre se puede volver a empezar.

CHOCÓ



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD
DE QUIBDÓ

Fiana Yurleidy Palomeque Copete
Directora del taller

JURADÓ, TIERRA OLVIDADA

Ismael Largacha



Mi nombre es Ismael Largacha Valencia. Nací en el municipio de Juradó, departamento del Chocó, el 28 de abril de 1969. A los pocos meses de nacido, me dio una enfermedad llamada polio (poliomielitis), que me dejó con secuelas en la pierna derecha.

Estando preso en la cárcel anexa de Quibdó, condenado a 49 meses de prisión, recuerdo que en mi niñez todo era tan bonito, tan hermoso. Mi tierra, Juradó, era un paraíso. Muchos la llamábamos “La isla del encanto”.

Juradó es un municipio pequeño, rodeado por agua. Tiene la belleza de dos ríos: el río Apartadó y el río Juradó. Al occidente se encuentra el mar Pacífico.

Juradó cuenta con siete corregimientos, varios resguardos y comunidades indígenas, con más de siete asentamientos en el río Juradó y uno en el río Apartadó. Cada corregimiento tiene playas hermosas. En el casco urbano hay una playa de más de dos kilómetros de longitud. Uno de sus corregimientos, Punta Ardita, es un destino turístico reconocido, con muchas cabañas y una playa muy atractiva.

Los dos ríos más importantes del municipio son el río Juradó y el río Apartadó, siendo el primero el más significativo. La población está conformada por indígenas, afrodescendientes y colonos, aunque en su mayoría son comunidades indígenas.

Las principales actividades económicas y de sustento son la agricultura, la ganadería y la explotación de la madera, la ganadería y la agricultura.

Las comunidades indígenas que habitan en el río Juradó están organizadas en resguardos indígenas, cabildos y gobernadores (autoridades

indígenas), mientras que los colonos o afrodescendientes están organizados en concejos comunitarios.

En las comunidades indígenas se hablan dos lenguas: el emberá y el waunán, en su mayoría emberá.

El río Juradó es un río muy largo y caudaloso debido a que en él desembocan otros ríos y quebradas, entre ellos el río Yampabodó. El río Apartadó es más corto y en sus orillas habita una sola comunidad indígena.

En épocas de invierno, ambos ríos inundan el pueblo y las comunidades indígenas, ocasionando la pérdida de los cultivos y el ganado de los habitantes de sus riberas. Juradó, en su cabecera municipal, también se inunda, dejando a sus pobladores damnificados.

La mejor temporada para los juradoseños es en el verano; los ríos se ponen muy bonitos y secos, con grandes playas, y se pueden transitar sin ningún peligro en canoas o chingas.

La economía principal del municipio es el turismo, la madera, la agricultura y la pesca. Al limitar por el norte con Panamá y, por su cercanía, se comercia mucho con productos del país como ropa, prendas de vestir, calzado, licores, etc.

Juradó es un municipio que tiene dos bocanas, por donde entran las lanchas de pasajeros y los barcos con mercancías. Para que los barcos con carga puedan ingresar, deben esperar a que suba la marea y que no haya mucho oleaje. El mar no está bravo para así poder llegar al muelle y descargar las mercancías y pasajeros.

En Juradó se celebra una de las fiestas patronales más importantes: la *Cofradía del Pacífico*, que va del 7 al 16 de agosto y termina el 17 con el día de las sardinas. En esta celebración, las abuelas salen con su vestimenta tradicional, recorren el pueblo bailando chirimía y tamborito.

Sus habitantes son muy amigables, sencillos, trabajadores y pujantes. En Juradó se baila el tamborito, que es un baile ancestral que ha pasado de generación en generación.

También existía una sede de la Caja Agraria. En el año 1992 la guerrilla incursionó en Juradó y destruyó tanto la Caja Agraria, que estaba en la cabecera, como el puesto de policía. Este último fue posteriormente reconstruido, pero la Caja Agraria no volvió a funcionar, dejando a los habitantes sin tener dónde ahorrar su dinero ni realizar transacciones bancarias.

En los años ochenta, cuando el narcotráfico llegó al municipio de Juradó junto con el corte de la madera, también comenzó la presencia de la guerrilla en la región. Se extraía tanta madera que tenían que llegar hasta

cinco o seis barcos cada quince o treinta días para llevarla hacia Buenaventura, como también llevaban plátano, coco y otros productos en pocas proporciones.

Por la cercanía con Panamá, se cultivaba y se traía marihuana, tanto desde otras regiones por trochas como desde el mismo territorio, con destino hacia el país vecino. Esta actividad se repitió en muchas ocasiones, dejando mucho dinero en la región, pero también provocando muchos asesinatos.

A finales de la década de los ochenta, llegó la coca al territorio, y los asesinatos se fueron incrementando. Los narcotraficantes construyeron dos grandes pistas de aterrizaje de aviones, una en el corregimiento de Curiche (Cenú Roto) y otra en el corregimiento de Guarín.

En Juradó, en Dos Bocas y a lo largo del río Juradó se fueron presentando muchos asesinatos selectivos por los narcotraficantes y por la guerrilla de las FARC.

Juradó tenía gente trabajadora, pujante, con ganas de salir adelante, pero con la llegada de la guerrilla y el narcotráfico, ya todo eso fue cambiando. Algunos empezaron a cultivar la coca para producir el basuco, que luego era llevado a Panamá para su venta. Otros, en cambio, traían mercancía o armas para vender a la guerrilla.

Todo cambió en Juradó.

MI HISTORIA DE VIDA

Wilfer Sneider Casas



Hola, mi nombre es Sneider, un joven soñador.

Desde niño quise ser futbolista. Participaba en todos los eventos lúdicos y recreativos de mi barrio para poder dar a conocer mi talento. Como jugador, a los doce años tuve la oportunidad de ingresar a un equipo de fútbol; allí viví una de mis mayores experiencias de vida.

En ese equipo había muchos conocidos de mi barrio, amigos que día a día me apoyaban y motivaban. Ellos me inspiraban porque me daban la oportunidad de cumplir un sueño: jugar en escenarios deportivos grandes, ya que estaba acostumbrado a hacerlo en canchas de barro o en campos pequeños. Con el paso de los meses fui ganando confianza y, poco a poco, demostré mi talento hasta ganarme la titularidad en el equipo.

A los siete meses tuve la fortuna de obtener mi primer título: ganamos un campeonato llamado “*Colombiano*”. Con esa victoria nos invitaron a jugar otro campeonato, en el cual salimos subcampeones. Gracias a nuestro rendimiento, poco a poco el equipo fue ganando renombre y fama.

Tiempo después, nos invitaron a un torneo que me marcó para siempre. El campeonato era fuera del departamento, en San José del Guaviare. Allí las cosas no fueron fáciles, pues pudimos ganar un solo partido y, lamentablemente, fuimos eliminados del campeonato. Sin embargo, me quedó la experiencia de haber conocido esa hermosa ciudad.

Luego regresamos y vencimos en un campeonato llamado la “*Manamata*”. De ahí fui convocado por la Selección Chocó, a la cual asistí solamente a dos entrenamientos porque tomé la decisión de no regresar; me sentía discriminado. Seré más explícito: en los entrenamientos, cuando teníamos que hacer pareja o equipos, siempre quedaba solo por ser el nuevo, y esa indiferencia me hizo no volver más.

Me dediqué a terminar mis estudios y, gracias a Dios, pude graduarme como bachiller.

Tuve problemas en mi barrio; un supuesto amigo mío me malinformó y tuve que abandonarlo porque me iban a matar. Como no hay mal que por bien no venga, me fui a vivir al barrio Álamos Reyes, donde conseguí mi primer empleo en una compraventa de oro, en la que trabajé durante siete años.

Luego decidí estudiar. En un principio mi opción era enfermería, pero, lamentablemente, no me admitieron. Me dieron la oportunidad de estudiar ciencias naturales, pero en realidad no me llamaba la atención, por eso solo hice un semestre y me retiré.

Al año siguiente volví a ingresar a la universidad, esta vez a estudiar derecho, eso sí me gustaba. Sin embargo, en segundo semestre, lastimosamente, sufrí un accidente; fui baleado por un grupo al margen de la ley y, por esa razón, no pude continuar mis estudios y perdí mi trabajo.

Cuando me recuperé, me puse a trabajar como motociclista o, como se dice coloquialmente, “*rappimotero*”. Duré tres años “*rappimoteando*” y tuve muchas experiencias, tanto buenas como malas, hasta que una vez intentaron matarme en el barrio Cabí, sector Los Desplazados. Dos días después de ese suceso, tuve otra mala experiencia en la vía para Tutunendo; allí también intentaron matarme. Gracias a Dios, logré escapar.

Posteriormente dejé “*Rappi*” y me puse a criar pollos de combate, otro deporte que también me encanta. Criaba mis animalitos y los vendía para así obtener mi sustento. Sin embargo, no me alcanzaba lo suficiente para mantener a mi familia, ya que este negocio, por sí solo, no daba mucha ganancia. Entonces decidí volver a trabajar en “*Rappi*”, pero esta vez lo hacía con más precaución, no “echando para todo lado”.

Así duré un año más trabajando juicioso, hasta que un día, exactamente el 23 de diciembre del 2023, mientras buscaba carreras en mi barrio, un compañero se me acercó y me pidió que lo llevara a hacer una vuelta. Aunque no me especificó de qué se trataba, decidí ir con él. Cuando llegamos al centro, venía otro muchacho y mi compañero me dijo que lo llevara.

Resulta que el muchacho venía siguiendo a unas señoras que acababan de retirar una suma de dinero del banco. Al llegar a la entrada del barrio El Porvenir, mi pasajero le arrebató el bolso a una de ellas. Cuando vi eso, di la vuelta y me fui para el trabajo.

Tiempo después, me capturaron por ese proceso. Gracias a Dios, pude salir de eso fácilmente.

Continué trabajando, aunque un poco desanimado por todo lo que me pasaba, hasta que llegó al barrio un programa llamado *Jóvenes en Paz*, donde fui admitido. El programa fue un gran apoyo para mi situación, ya que me ayudaron tanto en la parte económica como en la intelectual.

Cuando salí del programa, como en realidad no tenía más nada que hacer, seguí trabajando en “*Rappi*”. Comencé a meter hojas de vida en almacenes, empresas, compraventas, etcétera, pero nada que me llamaban.

A los ocho meses me llamaron de una compraventa, me hicieron la entrevista y, al final no me admitieron. En ese tiempo comencé a *parchar* con amigos que estaban en un grupo al margen de la ley.

Yo les hacía mandados y, por hacerlo, me daban mis veinte, treinta mil pesos y esas cositas. Cada vez tenía más cercanía con ellos, hasta que decidí hacer parte de dicho grupo. Me fui a guerrear para los lados de abajo.

Lamentablemente, no duré mucho tiempo, porque un conocido me pidió el favor de que lo llevara a recibir una plata. No sabía que esa plata era producto de una extorsión, y nos capturaron a ambos.

Finalmente, aquí estoy, pagando algo de lo cual no tengo nada que ver. Me gustaría salir y retomar la universidad, tener el apoyo de alguien y todo eso, pero fuera de la ciudad, porque tengo claro que si sigo aquí podría caer en lo mismo. Además, necesito hacerlo para poder seguir con vida, ya que me conocen muchos del bando contrario al que yo pertenezco.

Y, pues, esta fue mi historia de vida.

MI LLEGADA A LA PRISIÓN

Wiston Rivas Gómez



Por ahora no voy a decir qué fue lo que hice, pero sí puedo afirmar que, a través de mi personalidad y un comportamiento inadecuado, terminé enfrentando serios problemas sociales que me llevaron a perder la libertad.

Mi llegada a este lugar significa la supresión de cualquier derecho, en especial el derecho a decidir hacia dónde ir. Principalmente, esto ocurrió por la influencia de personas que, en lugar de ayudarme, me guiaron hacia un camino de equivocaciones y delincuencia.

La falta de conocimiento para buscar ayuda o tratamientos médicos y psicológicos también influyó. No tuve la capacidad de detener la situación a tiempo, y cada decisión equivocada me fue hundiendo más.

Sin embargo, en medio de todo, Dios me dio las herramientas necesarias para sobreponerme. Aunque hubo quienes me juzgaron y me señalaron, encontré en este proceso una oportunidad para reflexionar.

Hoy entiendo que, aunque este lugar representa pérdida, también puede ser el inicio de un proceso de transformación. El problema de fondo no era solo la prisión, sino mi forma de pensar y actuar.

Por eso, mi mensaje para quienes aún están fuera es que nunca permitan que las malas influencias determinen su camino. Siempre se puede elegir entre la vida y la delincuencia, y aunque parezca difícil, vale la pena optar por el camino correcto.

Me encontraba disfrutando una vida tranquila y nunca me imaginé que llegaría un tiempo de prisión. Pensaba que siempre iba a tener una familia unida, amigos, respeto y aceptación en la sociedad.

Sin embargo, con el pasar del tiempo, fui permitiendo en mi vida malas amistades que me llevaron a perder el control de mis decisiones y a tener

un comportamiento inadecuado. Ese comportamiento fue suficiente para destruir los valores que en algún momento había aprendido.

Poco a poco, sin darme cuenta, fui perdiendo lo más valioso: la confianza, la paz, la tranquilidad y el amor de mi familia. Caí en errores que me condujeron a este lugar, la prisión.

Sin embargo, siempre tengo la dicha de decir que Dios me ha dado la oportunidad de reflexionar y comprender que la vida no se acaba aquí, que siempre hay una nueva oportunidad para cambiar y volver a empezar.

Nadie es perfecto, y en la vida todos ganamos y perdemos. Lo importante es aprender de los errores y levantarnos con más fuerza.

Tengo la seguridad de que, aunque hoy me encuentre en este lugar, Dios me ayudará a salir adelante y a ser una nueva persona.

Solo en Dios hallaré paz. Mis hijos son los que me dan la fuerza y el valor para seguir adelante, y por ellos lucharé.

En este momento me falta poco para cumplir mi condena en forma de libertad condicional, y estoy enfocado en hacer mi estadía más llevadera. Quiero salir con esta actitud, con un pensamiento y una visión que han transformado mis errores

Deseo con mucho anhelo estar con mis hijos, compartir con ellos y que puedan ver en mí un ejemplo para su generación.

CUNDINAMARCA



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA Y MÍNIMA SEGURIDAD
PARA MIEMBROS DE LA FUERZA PÚBLICA DE FACATATIVÁ

David Alexander Cruz
Director del taller

RELATOS CORTOS

Wilder Valdés Rúa



El espiral del tiempo

El tiempo pasaba y pasaba, y cada tanto miraba mi mano, en el lugar exacto donde, tatuada, tenía la sombra en la que debería estar atado alguno de mis pocos, pero atesorados relojes. Me intrigaba como un sable no saber la hora. Desconocía el paso de esos cadáveres de la vida que son los minutos, de los cuales sabía bastante bien que, en duras condiciones, pasan demasiado lento. No obstante, yo, como un ansioso hámster, giraba y giraba en esa diminuta rueda llamada celda o calabozo, preso del desespero y la melancolía, sumado a la incertidumbre de no conocer el paso de las horas.

—¿Qué necesitas, amigo?, ¿qué te traigo? —preguntó mi buen amigo Harold, quien fue la persona que acudía en mi auxilio cada vez que lo requería, y por cuya entrega y compromiso agradeceré esos nobles gestos de amistad hasta el fin de mis días.

—¿Sabes qué necesito más que nada en este momento, hermano? —le dije con ansiedad evidente.

—Usted nomás diga, mi hermano —respondió Harold, con ese tono caleño dulce y bonachón.

—Un reloj, hermano. El más viejo y feo que tengas en casa. Sabes que no quiero despertar interés, solo ver la hora... ¡Ah! y libros hermano; sabes lo mucho que los amo.

Al despedirme, con el más dulce de los abrazos, entre sollozos y lágrimas a borbotones, recordé con nostalgia el gusto y la admiración que profesé por los relojes, así como el feliz suceso cuando, siendo muy niño, mi abuelo Arístides era el receloso dueño y poseedor, hasta la tumba, de ese hermoso reloj *Citizen* tres tornillos automático. Estaba fabricado en grueso

y pulido acero, con la “mica” un poco rayada y opaca a causa de los muchos abriles, según sus palabras y dialecto. En el fondo, de color verde esmeralda, resaltaban unos punteros dorados que navegaban en una marcha perfecta de tic-tac, tic-tac sobre esos casi incomprensidos números romanos.

Mi abuelo, en sus competencias domingueras antes de la obligada misa de once, en el kiosco municipal de Guadalupe y amenizado con música del Caballero Gaucho, sonando en un viejo y hermoso piano, acompañaba su ritual con tinto endulzado con cubitos de azúcar. Él y su círculo íntimo de parceros contemporáneos pedían al mesero tres vasos de vidrio y dos botellas de Bretaña Postobón para sumergir sus preciados relojes y así comprobar cuál de ellos era verdaderamente *water resist*, como rezaba su tapa inversa.

El juez de la competencia, apodado “*Pechoelata*”, anunciaba que, al sonar el segundo para la misa en el campanario de la vecina iglesia, se sacaban los relojes de la inmersión. Cada dueño secaba entonces su joya con su corroído pero perfectamente doblado pañuelo, y con ello el facultativo e implacable juez comprobaba cuál de ellos no quedaba nublado o empañado por el burbujeante baño.

Mi abuelo, o mejor, mi papito, como lo llamamos en Antioquia, se ufanaba con aires de grandeza al saber que tenía el mejor reloj de la comarca y que no pagaría la cuenta de la ronda de tintos de los competidores y los patos, como eran llamados los asistentes y testigos de ese desafío, incluido en esa cuenta mi consumo: un refresco Tutti Frutti de avena, que fue siempre mi favorito. Salíamos de allí entre aplausos y rechifles agarrados de la mano hacia la iglesia de nuestra señora de Guadalupe, donde, de rodillas y con los ojos cerrados, yo le pedía a Diosito tener siempre un reloj en mi muñeca.

Quedó tatuado en mi memoria ese 21 de marzo a las 9:10 horas con 35 segundos cuando, acto seguido al acostumbrado abrazo de oso, recibí ese soñado reloj. Era de plástico, color negro, marca Puma, de manecillas doradas y a su vez cronógrafos pintados, que daba la impresión de ser fino y elegante, pero que en realidad era una copia infantil y económica. Para mí, ese instante y situación tenía más valor que el mismo *Omega Seamaster 300* que usaba James Bond, interpretado por el actor Pierce Brosnan como agente 007, y que recibí con la alegría y gratitud del primer regalo traído por el “Niño Dios” en la primera Nochebuena de la que tengo memoria.

Sé muy bien que el tiempo que transcurre en esta fría y odiada celda es tiempo muerto, suspendido en la nada, con la casi tangible sensación de estancamiento de la realidad, la cual no sé cómo poner nuevamente en marcha. Solo sé que la registro minuto a minuto.

Un día más

Cada mañana en el África, un león despierta con el único deseo y propósito de ser más veloz que la más rápida de las gacelas, las cuales le proporcionarán la energía y nutrición para mantenerse vivo. De la misma manera, en el mismo lugar del Serengueti africano, una gacela despierta con el firme propósito de ser más ágil y rápida que el más veloz de los leones de la manada, lo cual le proporcionará su supervivencia un día más.

Esta metáfora constituye la eterna lucha por la supervivencia en el reino animal, sin planteamiento anterior, sin diatribas filosóficas o morales, sin prejuicios culturales o religiosos, solo el deseo de permanecer de pie un día más.

RELATOS CORTOS

Rosemberg Madrid Orozco



Margot, la zarigüeya

El día que la iban a matar, Margot, la zarigüeya, se levantó como de costumbre a las cinco de la mañana. Sus pequeñas crías, que en total sumaban doce, se despertaron hambrientas; cada una buscó su teta más cercana y procedió a succionar la poca leche que albergaban aquellos senos secos y lánguidos. De sus pezones brotaba más sangre que leche.

Margot pensó que, si no comía algo proteico al día siguiente, tal vez a la mañana siguiente ella sería el alimento de los buitres. Su tristeza fue mayor cuando imaginó que, si morían sus pequeños, serían el postre de las aves carroñeras que ya por encima de ella sobrevolaban.

Dispuso, la vieja y demacrada Margot, que a las dos de la tarde daría su golpe de gracia. Su blanco era la vieja y regordeta Lucía, gallina sabanera que pastaba en los verdes potreros de su amo Don Luis y que, desde su madriguera, podía ver cómo se pavoneaba y mecía por el fértil valle.

Mediada la tarde, inició su sigiloso desplazamiento con rumbo hacia Lucía. Una vez estuvo cerca de su corral, esperó un descuido y se abalanzó sobre la gallina, lo que no previó la vieja Margot es que sus fuerzas habían aminorado por el hambre y de paso el peso de sus crías redujo su movilidad.

Cuando le dio el primer mordisco e intentó huir con ella en su boca, Lucía cacareó como nunca lo había hecho, sus gritos fueron angustiantes y desafiantes, dándole tiempo al viejo Don Luis para que desenfundara su viejo rifle calibre 16, dos cañones y munición de plomo. El hombre se encontró de frente a la pobre Margot con sus doce crías, la regordeta de Lucía en su

jeta, su cuerpo desgarbado y su mirada perdida. Bastó un solo disparo y todo fue tristeza, la preocupación de Margot se hizo realidad.

El niño y el tunjo

Eran las seis de la tarde cuando, en la vieja covacha, llegó el abuelo Bernardo de sus labores agrícolas; descargó su sombrero, su mulera, se despojó de sus botas de caucho y procedió a calzar unas sandalias que mantenía junto a su vieja cama.

Salió de la casa, bebió agua de panela y se dirigió hacia la cocina, que distaba de la habitación unos diez metros; la misma pero hecha sobre piedras, donde la brasa incandescente consumía los últimos trozos de madera de una jornada habitual de cocina.

La abuela Carmen reposaba en la habitación con el pequeño Francisco, infante de solo dos años de edad que hasta ahora daba sus primeros pasos.

El abuelo tomaba café cuando escuchó un llanto fuerte que provenía de la parte trasera de la cocina, era el llanto de un niño. La noche caía y el día se perdía en la misma noche. Aquel llanto se aproximó al abuelo y cuando pasó enfrente de él se intensificó. El abuelo acarició los cabellos dorados de un niño que pasó en medio de sus piernas y el niño siguió y se perdió en el jardín y avanzó rumbo al río cercano.

El abuelo sorprendido lo llamó por su nombre:

—¡Francisco, Francisco! —El niño nunca se detuvo y procedió a desbarrancarse por la loma circundante al río.

En ese mismo instante salió la abuela y dijo al abuelo:

—Bernardo, aquí está Francisco.

La historia de muerte

Corría el año de 1948 en la provincia de Cajoncito, Tolima, cuando el abuelo Bernardo dispuso que el tío Humberto fuese al pueblo a traer unas cosas de mercado que se habían agotado. Eran las tres de la tarde cuando el tío emprendió el recorrido por el camino veredal, el cual distaba una hora del casco urbano.

El tío Humberto arribó al pueblo sobre las cuatro de la tarde; divagó por sus calles descubiertas, visitó la plaza de mercado, las tiendas y los parques. Sobre las cinco de la tarde, después de haber realizado las compras, decidió emprender el regreso a casa, donde el abuelo Bernardo lo esperaba.

Siendo casi las seis, después de haber visto morir la tarde bajo un sol abrasador y ya despuntando la luz de la luna, se detuvo en medio de un guadual que arrojaba con sus fauces la vera del camino, vio cómo de en medio de las guaduas salía una figura humanoide, al acercarse descubrió sus rasgos cadavéricos sin piel, sus ojos ausentes donde solo se veían sus cuencas, sus brazos desleídos sin piel y sin carne al igual que sus piernas. El tío Humberto sintió un frío ártico que crujió sus huesos. Muerto del miedo quería correr, pero sus fuerzas no le daban, su terror se incrementaba y su rigidez empeoraba.

Por fin pudo huir, llegó a la casa, ya la noche había caído. Le contó la historia al abuelo y a los demás familiares, pero ninguno quiso creerla. Dos meses después, el tío, en una tarde de diciembre, murió.

Cuando creí que no valía

Corría el año de 1998. Cursaba el grado once de bachillerato y tenía 16 años de edad. Junto a mí estudiaban en ese centro educativo treinta compañeros. Entre ellos estaba Rocío, una hermosa niña de cabellos negros, ojos claros, estatura media. Su cuerpo desfilaba entre la juventud y la adultez; piel morena, muslos fuertes y un muy pronunciado busto que la hacía diferente entre las demás niñas.

Yo, para entonces, era un imberbe un tanto raquítico, con mucha cabellera —pues no contaba con recursos para cortármela—, de cara desgarbada, dientes en desorden, un rostro lleno de granos y unas cuantas cicatrices fruto del acné.

Mi semblante era poco agraciado, pero mi corazón palpitaba con el ansia de la juventud y el ímpetu de la pasión. Rocío era mi amor platónico, quien cada mañana despertaba mis pasiones y en las noches era la culpable de mis erecciones. Nunca atendió mis miradas, ni mucho menos mis coqueteos; jamás me aceptó una salida porque un día, francamente, me dijo:

—Usted es muy feo para salir conmigo. —Ese día sentí morir.

Diez años después volví al pueblo y la encontré casada y con tres hijos. Me crucé con ella y de manera coqueta me invitó a salir; ese día recordé el desplante de años atrás y nunca más volví a saber de ella...

TRES RELATOS CORTOS

Javier Humberto Gaitán González



La mascota que más quise

Toby era su nombre. Era el terror de la cuadra. Su raza: pincher con pequinés; criollo, dirían algunos, pero, a falta de pedigrí, le sobraban actitud y capacidades. De pequeño tamaño y color café, compensaba su estatura con agilidad y rapidez.

¡Cómo quise a ese perro! Viví con él casi quince años; toda mi infancia me acompañó un gran amigo. Ese perrito fue un buen guardián de nuestra casa. Supo hacerse querer, aunque su temperamento era fuerte: no toleraba la presencia de extraños. Y no hacía ruido solamente, sin importar el tamaño del paciente lo mordía sin temor: visitas, niños, otros perros, gatos... cualquiera que fuese un extraño podía llevarse su mordisco.

Era muy juicioso con sus deberes de cuidar la casa. Hasta recuerdo una vez que, de una alcantarilla cercana, una rata se coló en mi casa y, armado de valor con machete en mano y con la invaluable ayuda a mi perrito, logramos darle cacería al inoportuno visitante.

¡Qué gran mascota era ese perro! El mejor amigo que tuve durante muchos años. Pero, como nada es perfecto en la vida, murió de cáncer a sus 16 años.

La degradación del ser humano

En muchas oportunidades de mi vida tuve el rol de hacer levantamiento de cadáveres, es una tarea que al comienzo impacta, pero que con el pasar del tiempo se vuelve sencilla y hasta digamos, mecánica. Durante unos

tres años laboré en Tumaco, departamento de Nariño; en esa época, y aún hoy, era una zona marcada por la violencia, fruto de la constante disputa del territorio por parte de grupos armados ilegales que buscan controlar el narcotráfico en la región. Entre tantos levantamientos que tuve que realizar en ese lugar, hubo algunos que me causaron estupor por el grado de violencia. Uno de ellos fue el de una familia, padre madre y dos pequeños niños, que fueron vilmente asesinados por asfixia mecánica. Encontramos sus cuerpos atados de pies y manos, acostados todos en la misma cama, sus cabezas amarradas con cinta plástica. Los niños se habían orinado y defecado, y sus rostros estaban ensangrentados, fruto del ahogamiento.

Aunque llegué a presenciar hechos aún más violentos, la agresión a esa familia me hizo ver la crueldad del corazón humano y hasta dónde puede llegar una persona para dañar a otra.

El propósito de mi vida

Aparte de haber tenido personalmente una experiencia directa con la muerte, ella siempre ha estado muy presente en mi vida, puesto que perdí a mis hermanos (el mayor y el menor) cuando yo era niño. Esas vivencias siempre han marcado o cuestionado mi propósito en la vida. Ambos hermanos nacieron con el mismo defecto genético, que yo no tuve, y murieron a una edad muy temprana en sus vidas: el menor con 4 años y el mayor con 18.

A veces me pregunto por qué yo no resulté enfermo, por qué mi existencia ha permanecido en el tiempo, si habrá algo espectacular, o por lo menos especial, que yo debo hacer en mi vida. No lo sé por ahora, pero esta experiencia en la cárcel me ha llevado a atravesar tantas pruebas que confío en que, al recuperar mi libertad, comience para mí una época grandiosa y maravillosa en la que pueda darle vuelta a lo vivido.

RELATOS CORTOS

Edward Andrade Córdoba



Mi salud mental después de la guerra

Nunca en mi vida había experimentado la guerra. Soy patrullero desde 2012. En el transcurrir de mi carrera policial tuve varios eventos traumáticos, pero ninguno como el que viví aquel 12 de diciembre del 2014, cuando sentí por primera vez que no saldría vivo.

La guerrilla, las entonces FARC, atacó la estación de policía de López de Micay con cilindros bomba, tatucos y ráfagas de fusil. Ese día asesinaron a mi sargento y a tres compañeros más. Desde esos tiempos, nunca volví a ser el mismo.

Tuve episodios de parálisis de sueño, problemas en mi comportamiento y, principalmente, poderes sobrenaturales: sentí que alguien me cuidaba pero, a la misma vez, me llevaba hasta la muerte. Empecé a ir al psicólogo, luego me remitieron al psiquiatra y tuvieron que internarme. Los médicos psiquiatras me diagnosticaron estrés postraumático y, hasta la actualidad, esquizofrenia.

He acudido incluso a chamanes en busca de más respuestas, y me han dicho que tengo un alma condenada por algún evento traumático; que mi alma es la encargada de cuidarme de personas que quieren hacerme daño, pero que, al mismo tiempo, será la que me lleve hasta la muerte.

Aún me atormentan mis compañeros dados de baja en el atentado terrorista de López de Micay.

Cuando le falté a mi primer amor

En mi carrera policial siempre estuve con mi novia de colegio, siempre quise tener mi familia con ella, pero en el camino y la lejanía se me cruzó una mujer crespita. Sucedió que la embaracé y preciso me trasladaron a una zona lejana.

En ese momento recapacité y me dije: “no puedo hacerle esto a mi novia de siempre”. Así que, cuando la crespita me llamaba a preguntarme qué iba a pasar con los dos y el bebé, yo trataba de hacerle el quite. Hasta que un día tuve el valor y le dije:

—Yo no quiero seguir con usted. Por el bebé voy a responder, tendrá todo mi apoyo pero yo no sigo con usted porque volví con mi novia de colegio.

Pasaron unos días y otra vez me llamó la crespita a decirme que necesitaba una plata para unos exámenes. Le dije que claro, que con mucho gusto. Le envié la plata por Súper giros y la llamé para confirmarle el giro.

—Solo quiero que sepas que no puedo ser madre soltera —dijo.

Desde ahí, hasta el día de hoy, no volví a saber de ella ni qué pasó con el bebé pues sigo con mi novia del colegio.

Mi primer amor a una perrita

Nunca, pero nunca, me habían gustado los perros como mascotas, y menos una perra. Todo cambió cuando, para poder reconciliarme con mi novia, en una llamada me dijo que le gustaría tener una perrita de raza pequeña.

Como la reconciliación estaba difícil, porque yo la había ca%&\$, decidí regalarle una perrita de raza pequeña. Fui a cotizar y la compré ese mismo fin de semana. Luego la llamé y le dije que si podía visitarla, con la excusa de que tenía que contarle algo muy importante, así que accedió.

Un sábado, muy a las dos de la tarde, llegué con una cajita. Dentro estaba una *Cocker Spaniel* blanca con beige.

—Ábrela, quiero demostrarte que estoy dispuesto a cambiar y aceptar tus gustos —le dije, entregándole la caja.

Cuando abrió la abrió, llena de emoción, me abrazó y me besó.

—Quiero que sea como nuestra hija, la vamos a consentir y a cuidar.

Ay, Dios mío... a mí también se me ahogaron los ojos. Sabía que ese gesto era un “sí” rotundo a nuestra reconciliación.

Desde entonces, íbamos juntos a pasear en el carro, en la moto, a la veterinaria... Fue un amor incondicional que nunca había sentido. Me encariñé profundamente. Nuestra relación se fortaleció muchísimo y, hasta el día de hoy, somos felices los tres.

LA GUAJIRA



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE RIOHACHA

Solenys Herrera Fernández
Directora del taller

300 MAICAEROS

Alexander Martínez Sánchez



El patio 2 era un infierno: puñaladas, disturbios y sangre.

Shakal era un *vale* del Municipio de Maicao, impuso respeto en ese patio. Entre 2015 y 2017, se paraba duro. Su firmeza dejó una marca imborrable. En esos años los presos de Maicao y Riohacha se daban con todo, peleando por el control de la cárcel, por imponer su mayoría.

Un día, en medio de la cancha del patio, Shakal dejó su huella: escribió “300 *Maicaeros*”, dejando claro que Maicao estaba presente. Incluso en la cárcel de Riohacha, los hombres de Maicao se paraban duro. Las riñas continuaron, a diario salían apuñalados, tanto de Maicao como de Riohacha.

Con el tiempo, la violencia disminuyó. Ya no había bulla, ni peleas. Pero no fue por un cambio en el corazón de Shakal, sino en su estrategia. Entendió que el caos no era rentable. No buscó la paz: impuso orden. Cambió las puñaladas por deudas, y el respeto ganado a golpes por un miedo silencioso y organizado.

Las peleas entre Maicao y Riohacha se acabaron porque ahora todos le respondían a él. El patio no encontró la paz: encontró un nuevo dueño. Los disturbios no quedaron en su memoria, se transformaron en control férreo. Un gesto suyo valía más que cualquier navaja. El infierno no desapareció: simplemente fue puesto bajo nueva administración.

LA VUELTA INCOMPLETA

Alexander Martínez Sánchez



Carlos me contó que estaba en su casa un miércoles cuando llegó un amigo y le propuso anotarse para una vuelta el sábado. Sin pensarlo mucho, dijo que sí.

Desde ese día, todo empezó a torcerse; la moto se le dañaba, discutía con su mujer y, sin saberlo, era Dios quien lo estaba cuidando. Cada vez que intentaba salir a cuadrar la vuelta, su esposa se la montaba con reclamos y terminaban peleando. Era como si algo lo frenara.

Pasaron los días y llegó el sábado. Su mujer le rogaba:

—No vayas, mi amor. Quédate conmigo.

—Voy y vengo rápido —respondía él.

Cuando ya iba a salir, la moto estaba pinchada.

—La arreglo rápido y me voy —dijo.

Pero su mujer insistió:

—Mira, amor, eso es una señal. Haz caso.

Carlos dudó, miró a su esposa, miró la moto... y se quedó. Pasaron unas horas y llegó la noticia: los que fueron a hacer la vuelta se enfrentaron a tiros con la policía y murieron.

Carlos no dijo nada, solo se sentó en el borde de la cama, mirando al suelo. Su esposa lo abrazó sin palabras. Esa noche no hubo sermones ni promesas, solo silencio. Pero en ese silencio, algo cambió. Desde entonces, Carlos nunca volvió a salir en vueltas. No por miedo, sino porque entendió que alguien allá arriba le había dado una segunda oportunidad.

UNA EXPERIENCIA QUE CAMBIÓ MI VIDA

Abiud García Hernández



Quiero compartir con mis queridos lectores una parte muy importante de mi vida. Soy venezolano, tengo 42 años, y como muchos, me vi obligado a tomar decisiones difíciles por la situación de mi país. Cansado de la necesidad, decidí migrar a Colombia. Fue aquí donde comenzó una etapa que marcaría mi destino.

En medio de la desesperación, escuché hablar de un viaje en lancha hacia República Dominicana. Me ofrecieron dinero por transportar mercancía ilícita. Sin pensar en las consecuencias, acepté. Ese viaje cambiaría mi vida por completo.

Nos movilizaron en carros hasta una playa desierta, una noche de julio de 2021. La lancha era pequeña, con un solo motor. Me pareció insegura, pero me dijeron:

—No te preocupes, con uno es suficiente.

Éramos cuatro personas en busca de un futuro, arriesgando todo, incluso nuestras vidas. Nos dieron un GPS de mano con la ruta. A medida que nos adentrábamos en el mar, el miedo me invadía. Sentía que algo malo podía pasar. Pero con las horas, el susto se fue disipando. El sol salió y todo parecía marchar bien.

Entonces vimos un avión sobrevolando la zona. A lo lejos, una lancha rápida se acercaba. Era la Armada Colombiana. En ese momento, mis esperanzas se derrumbaron. Pensé en mis hijos, mis padres, mis hermanos, mis amigos. Todo pasó por mi mente como una película.

—¿Y ahora qué hacemos con lo que llevamos? —dije mirando a mis compañeros.

—Nada podemos hacer. Estamos presos —respondió uno con tristeza.

La patrulla marítima ya estaba a pocos metros. Nos abordaron, nos leyeron nuestros derechos y, en minutos, estábamos en una fragata llamada 20 de Julio. Era enorme. Nunca en mi vida había estado detenido. Siempre fui un chico de bien.

Nos trasladaron a Riohacha, a la Fiscalía General de la Nación. Allí nos hicieron pruebas y salieron positivas para cocaína y marihuana. No fue sino hasta ese momento que vi la mercancía que estábamos transportando. Fui condenado a 128 meses por tráfico, fabricación y porte de estupefacientes.

Ya llevo cuatro años y dos meses privado de la libertad. Para muchos, esto es un castigo físico. Para mí, ha sido una experiencia valiosa. Hoy, desde el lugar donde cumplo mi condena, no me considero un hombre destruido, sino reconstruido. Aprendí que la libertad no siempre está en las calles, sino en el alma. Dios me permitió vivir esto para abrirme los ojos. Y, aunque el camino ha sido duro, ahora camino con propósito. No soy el mismo que se subió en aquella lancha. Soy alguien que aprendió a vivir con fe, con conciencia y con esperanza.

EL PROPÓSITO DETRÁS DEL DOLOR

Manuel Arrieta



Nací en Sincé Sucre, en un hogar humilde, lleno de paz y tranquilidad. Allí hice mi primaria y secundaria, rodeado de mis nueve hermanos. Soy el noveno de diez hijos. Desde los 14 años comencé a trabajar, mientras, poco a poco, mis hermanos se iban; unos se casaron, otros buscaron empleo en otras tierras. Yo me quedé cuidando a mis padres.

A los 37 años me casé. Tuvimos dos hijas hermosas. Sin embargo, la alegría se quebró cuando nació nuestro tercer hijo. A los cinco días de nacido, mi esposa falleció. Tenía un tumor cerebral. Fue el inicio de un sufrimiento profundo. La familia de ella me culpó de su muerte. Nunca me aceptaron, ni a mí ni a mis hijos. Yo esperaba que me ayudaran en la crianza, pero en lugar de apoyo, recibí rechazo.

En medio de ese dolor, solo confiaba en Dios. Le pedía que llenara mi corazón de amor, no de odio. Y así fue, Dios me fortaleció. Llevé a mis hijos con la familia de ella, y les dije con firmeza que los culpables no eran otros sino ellos mismos. Recordé cómo la maltrataban, cómo la golpeaban, cómo la arrastraban por el cabello. Les hablé con el corazón y, al final, me pidieron perdón. Desde entonces, todo lo que hago es por mis hijos.

Tiempo después, viajé a Riohacha en busca de empleo para sacarlos adelante. Todo iba bien hasta que cometí un error. Pero ese error me llevó a estar preso. Me condenaron a 13 años, sin ningún beneficio.

Hoy, desde este lugar, soy el PPL de confianza. No es fácil estar privado de la libertad, pero aquí he aprendido a valorar a mi familia, a perdonar, y a reconstruirme desde adentro. Cada día me levanto con la convicción

de que mi historia no termina aquí. Mis hijos siguen siendo mi motor y Dios, mi guía.

No soy el mismo hombre que llegó a esta celda. Soy alguien que aprendió que incluso en medio del dolor, hay espacio para la esperanza. Cuando salga no buscaré venganza, buscaré propósito. Porque la vida, aunque dura, siempre da una nueva oportunidad para empezar.

QUIERO SER FELIZ

Deivis Quevedo Ruiz



Me llamo Deivis Alberto Quevedo Ruiz. Soy el sexto y último hijo de mi madre. Nací el 7 de mayo de 1982 a las 5:30 de la mañana en Fundación, Magdalena, en un pequeño barrio bajo la sombra de un árbol de mango. Desde ese día, mi vida estuvo marcada por el sufrimiento.

Al ser el menor, fui rechazado por mis hermanos. Mi madre, de condición humilde, trabajaba jornadas dobles para sostenernos. Mientras ella salía, mis hermanos se encargaban de mí, pero el trato que recibía no era el mejor.

A los dos meses de nacido, mi madre se mudó a La Guajira, a una finca que administraba mi abuelo. Ella asumió el rol de padre, trabajando como contratista en el campo. Como no tenía con quién dejarme, me llevaba con ella. Buscaba un árbol frondoso, cavaba un hueco, lo forraba con sacos y toallas, me acostaba allí y encendía una grabadora para que no llorara. Tal vez por eso la música se volvió parte de mí.

Tiempo después, conoció a Juan Ríos, un jornalero de Valencia, Sucre. Se enamoraron y vivieron juntos por 30 años. Durante mi infancia, no tuve amigos. A los 10 años pisé por primera vez una escuela en Santa Cruz, frontera con Venezuela. Aunque solo faltaban dos meses para terminar el año, obtuve diploma de honor. Era la primera vez que un estudiante recibía mención en tan poco tiempo.

Al año siguiente, los compañeros me rechazaban. No tenía uniforme, llevaba un pantalón remendado, un cuaderno de mala calidad, guaireñas en vez de zapatos y una mochila hecha con la pata de un pantalón viejo. A pesar de todo, mi deseo de aprender me impulsaba cada día.

En 1993, mi padrastro consiguió trabajo en el corregimiento de Tomarazón. Allí me matricularon en la escuela del pueblo. Encontré amigos,

pero también quienes me hacían la vida imposible. Aun así, mi conducta y empeño me destacaban. Volví a ocupar el primer lugar y recibí diplomas de honor.

Ese diciembre, mi madre viajó a la ciudad para comprar regalos. Al regresar, repartió obsequios a mis hermanos y trabajadores. Nos mandó a bañar para vestirnos. Todos se pusieron sus ropas nuevas, menos yo. Me puse el pantalón de siempre. Cuando mi madre me vio, me regañó por no usar la ropa que me había traído. Le respondí que no me había dado nada. Se molestó y me golpeó. Luego, al buscar mi regalo, se dio cuenta de que lo había olvidado. Me pidió perdón entre lágrimas.

Al año siguiente, sembré media hectárea de maíz con la esperanza de comprar una bicicleta y un pantalón de moda. El día de mi cumpleaños me levantaron temprano para arrancar 35 bultos de yuca. Nadie me felicitó. Trabajé todo el día, sucio, bajo la lluvia, sin almorzar. A las 10 de la noche, mi madre se acercó llorando. Me abrazó y me pidió perdón: también había olvidado mi cumpleaños.

Yo quería comprarme una bicicleta, un *walkman* y un pantalón. Cuando llegó la cosecha, el ganado del vecino rompió la cerca y destruyó la mitad del cultivo. Solo recogí 10 sacos de maíz. Mi padastro recogió 100. Se llevó los míos para venderlos junto con los suyos para comprarme la bicicleta, el *walkman*, y el pantalón. Tres días después regresó sin dinero, sin comida, sin bicicleta, sin *walkman*, y sin pantalón. Lo había gastado todo en ron y cerveza. Así terminó el sueño de mi esfuerzo.

A pesar de todo, seguí destacándome en la escuela. Un día, en un evento escolar, di mis primeros pasos en la música. Por primera vez, me aplaudieron. Nadie se burló. Con el tiempo, compré una vieja guitarra. En casa decían que el perro aprendería a tocar antes que yo. Pero con constancia, el 5 de febrero, a las 4 de la mañana, le di a mi madre lo que nunca había recibido: una serenata. Le canté "*Aunque no sea mayor*". Ella lloró, me abrazó y me dijo que era el mejor regalo de su vida.

Desde ese día, mi madre fue mi amiga y confidente... hasta el día de su muerte.

Hoy tengo 15 cursos técnicos, soy tecnólogo, compositor, padre de dos hermosos hijos y, sobre todo, una gran persona. A pesar de todo lo que he sufrido —y sigo sufriendo— sigo de pie.

Porque más allá del dolor, de los olvidos y de las pérdidas, yo quiero ser feliz.

NOSTALGIA TRISTE DEL 2023

Frank González Romero



Era el 17 de agosto de 2023, a las 10:30 de la mañana, cuando me desperté con un presentimiento extraño en el corazón. Sentía que algo iba a suceder. Me senté en el jardín de mi casa junto a mis hermanos y les conté que había tenido un sueño muy malo la noche anterior. Mientras hablábamos, llegaron unos hombres preguntando:

—¿Quién es Fran González Romero?

Me levanté y les respondí:

—Ese soy yo.

Me dijeron que había una orden de captura en mi contra. Comenzaron a leerme mis derechos. Yo les dije que los estaba esperando porque hacía días los veía pasar frente a mi casa, observándome. En el fondo, sabía que vendrían por mí. Estuve involucrado en una vuelta que se cayó y los otros me echaron al agua.

No tuve más opción que decirles:

—Vamos.

Me llevaron a la estación más cercana, donde estuve todo el día. Luego me trasladaron a Riohacha. Desde entonces, llevo casi tres años detenido.

Aquí, en este lugar, he tenido tiempo para pensar. Todavía resuenan en mi mente los consejos de mi vieja que me decía todos los días:

—No me gusta en lo que estás metido.

Yo le respondía:

—Tranquila, viejita, a mí no me va a pasar nada.

Hoy, mientras escribo estas líneas desde mi celda en Riohacha, no puedo evitar pensar en todo lo que perdí por no escuchar a mi vieja. Sus

palabras eran advertencias disfrazadas de amor y yo las ignoré. Me arrepiento, sí, pero también entiendo que el arrepentimiento no borra el pasado solo lo ilumina.

Aquí, entre barrotes, aprendí a valorar lo que antes no veía: la libertad, la familia, el consejo sincero. No sé cuándo saldré, pero tengo fe en Dios. Y cuando lo haga, no será para volver atrás, sino para construir algo nuevo. Porque aunque el camino ha sido duro, aún tengo algo que nadie me puede quitar: el deseo profundo de cambiar... y de ser feliz.

ENFRENTAMIENTO

Ángel Barros de Armas



Esa noche iba con mi hija en brazos y tres pequeñas más. El pecho me latía acelerado. Machete en mano, cortaba el monte mientras caía la oscuridad. A lo lejos se escuchaban disparos.

—Nos van a matar, papi —me dijo una de mis niñas con voz temblorosa.

Les pedí que guardaran silencio. Me llené de valor y les dije:

—No floren, mis hijas.

Nos adentramos en lo profundo del monte. Allí, por fin, me detuve. Me arrodillé y lloré con ellas. Sus abrazos me daban fuerza, aunque el miedo nos envolvía.

Media hora después, mientras seguíamos caminando, escuchamos una explosión. El monte se estremeció.

Nadie volvió a hablar de eso en el pueblo, pero de aquel suceso quedaron tres policías muertos... y un recuerdo que jamás se borrará de mi memoria ni de la de mis hijas.

LIBERTAD

Manuel Arrieta



Libertad, palabra hermosa,
la comparo con el viento:
camino y no le encuentro forma,
vuelo y no le hallo un final.

EXTREMA VIGILANCIA

Abiud García Hernández



En la extrema vigilancia,
a la espera de una voz,
se cruzan las miradas,
confusas, inquietas,
al ver venir por el pasillo
al doctor, agobiado,
que con su paso firme
rompe el silencio...
y devuelve la vida
donde solo se esperaba la muerte.

CANDADO DEL SILENCIO

Alexander Martínez Sánchez



Mientras estoy en silencio,
miro el reloj sin prisa.
Recostado en el muro
cuento los segundos.

La sombra de los barrotes se alarga,
y el candado, como un juez mudo,
aún no decide revelar mi nombre.

LLUVIA TRAS LAS REJAS

Alcides Ureche Cuello



Mientras el tiempo pasa,
observo que estoy tras las rejas.

Las gotas de lluvia
me regalan una paz extraña,
como si el cielo me abrazara.

El lápiz se encuentra con la hoja,
y en el silencio profundo,
escribo mientras escucho
la lluvia caer sobre la tierra,
como si el agua tocara mi rostro
y me recordara que aún respiro.

NARIÑO



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD
DE TUMACO

Luz Janeth Estupiñán Quiñones
Directora del taller

¿QUIÉN SOY YO?

Luis Alberto Roa Tapias



Los primeros recuerdos que tengo de mi niñez son muy hermosos, tanto que aún anidan en mi mente. Vivíamos a la orilla de un río llamado Nechí, en el noreste antioqueño, mi pueblo natal; un lugar hermoso, rodeado de espesa selva tropical, elevadas montañas, hermosas quebradas, lindos valles y un clima primaveral.

Mi pueblo está en medio de dos quebradas, cercado por el imponente río Nechí. Corrían los años ochenta. Los veranos de mi pueblo eran muy esperados, pues todos los diciembres —época de verano— llegaban quienes se habían ido de viaje a trabajar a otras partes; por lo general, a la ciudad de Medellín.

También llegaba gente nueva y muchos turistas que decidían ir al pueblo por la hermosura de sus idílicas playas de arena blanca. En esa temporada, las playas se llenaban de mariposas de colores y de distintas especies de iguanas, que, al estar en época de reproducción, corrían despavoridas en todas direcciones.

Los veranos de mi pueblo siempre han sido, fueron y serán los veranos más hermosos de mis recuerdos. ¿Quién no añora los días de su infancia en su pueblo natal? Recuerdo a los niños, jóvenes, adolescentes y adultos correteando tras las hermosas mariposas de colores, de llamativos y diferentes tamaños. Los peces se atrapaban con la mano: corronchos, zapateros, sardinas, barbudos, mojarras y huatucos. Para cogerlos utilizábamos ollas o simplemente con las manos, pues nos metíamos en sus cuevas. No faltaba quien saliera espinado con los chuzos de los barbudos.

Todo fue hermoso hasta que llegó el infierno, ir a la escuela una pesadilla, una película que aún no termina. Mi madre me despertó de uno de mis mejores sueños, yo acurrucado en mi cama junto a mis otros hermanos

y me despertó para ir a la escuela. Por ser el mayor, me tocaba el primer día de clase. Cuál sería mi sorpresa, y también mi frustración, al descubrir que, de un día para otro, me encontraba en un aula rodeado de otros niños que, al igual que yo, lloraban por sus padres... pensándolo bien, no debería ser así, el mal proceder de dejarlo a uno rodeado de otros niños que sufren el mismo dolor que uno está sintiendo, el dolor de unos padres que se alejan y lo dejan a uno ahí, en ese salón de clase, sufriendo. Pero bueno, recuperado del dolor, seguí con mis estudios. Eran otros tiempos, y era muy normal ver a un hombre de 19 años con hijos apenas terminando la primaria, así como mujeres embarazadas o con hijos que aún cursaban cuarto o quinto grado en la escuela.

Como les digo, ahí empezó el infierno: el *bullying*, el matoneo, con toda técnica y táctica de opresión y exclusión. Eran válidos los coscorriones, las patadas y los golpes; eran pan de cada día, pues los de cuarto y quinto grado nos pegaban a los de primero y segundo. Tiempos aquellos, cuando era tan fácil quitarle el helado a un niño y, de premio, darle un coscorrón en la cabeza.

Otro caos, otro infierno, era cuando tocaban la campana después de la formación: todo el mundo corría para llegar al salón, y si uno llegaba al aula después de la campana, le tocaba un reglazo en las manos. Para coronar el castigo, debía pararse en el rincón del salón, de espaldas, mientras los profesores iniciaban las clases. Eso era de lo más indignante.

Fui creciendo en ese inhóspito y salvaje teatro, pues todos los días tenías que aprender a actuar, correr, llorar, maldecir y tirar piedras. Era muy frecuente escuchar cosas como: “mi acudiente está enfermo”, “mis padres no pudieron venir por estar en la mina” o “mi abuela también está enferma”; eran las actuaciones más comunes. De todas maneras, la escuela era un infierno así que lo mejor era devolverse para la casa. Solo los veranos traían paz, sosiego y calma a nuestras pobres almas cansadas después de salir de semejante infierno.

De repente, un bombazo resonó en todo el pueblo. Era el año de 1985 cuando un grupo armado tomó por asalto el cuartel de la policía del pueblo. Ahí sí empeoraron las cosas, se recrudeció la violencia en nuestra región, amenazas por todos lados, muertos, desapariciones, extorsiones por todas partes; el diario vivir del colombiano promedio.

Fue tanta la violencia en mi región, que hubo una época en que la gente de mi pueblo ya no comía pescado del río, eran tantos los muertos que bajaban todos los días que la gente empezó a sentirse hastiada. El río

constantemente olía a muerto. A la gente de la zona le daba miedo salir tarde en la noche a las cacerías, como hacían antes, y mucho menos mero-dear por barrios ajenos sin justificación. Ni Dios lo quisiera: que a uno lo agarraran visitando a la novia a las dos o tres de la mañana, en el barrio donde ella vivía —justo al otro extremo de la ciudad—, porque podía perder la vida por ir a ver a su amor.

Dios mío, qué terror. Huyendo de la violencia, como todo buen colombiano de bien y que se respete, decidí migrar para las regiones del Huila y del Tolima y dedicarme a hacer minería como mis familiares. Sin embargo, eso tampoco funcionó. Sería como decir que salí de Guatemala y me metí en Guatepeor. “Qué suerte tiene la loca”, dice un dicho en mi pueblo, pues mi tío nos explotaba a otros familiares y a mí, era quien se encargaba de todo el producto de la semana; todo el oro lo controlaba él, porque era el patrón. Me fui haciendo a la idea de que el mundo y la vida no son como los pintan.

La separación de mis padres a mi corta edad también ayudó mucho a mi formación. Me tocó criarme como dicen en mi pueblo, “bajo la ley de la calle”. Contaba con escasos 10 años de edad cuando la tragedia golpeó nuestro hogar, la separación de mis padres golpeó tan profundo mi ser, que destruyó mi mundo. Lo más fatal que le puede pasar a un niño. Me tocó la carga de velar por mis hermanos menores, ser su guardián y protector. Así arrancó otra etapa de mi vida, la responsabilidad de velar por mis hermanos.

Nos quedamos un buen tiempo con nuestro padre, ya que nuestra madre se fue para su tierra natal, el Chocó. Con ella se marchó nuestro barco de amor y dulzura; los cálidos besos y abrazos maternos se desvanecieron aquella tarde gris cuando partió del pueblo, con el corazón desgarrado por el dolor de la despedida. Fue muy duro vivir así, quedamos a la merced de mi Dios del cielo, de la naturaleza y de las calles; fue un choque de frente con la vida.

Después de tanto vagar y ver que mi situación no mejoraba, decidí irme para el Ejército Nacional a prestar servicio militar, con la esperanza de que nuestras vidas, tan arraigadas a la pobreza, cambiaran. Quería romper, desbaratar ese mito de ruina que nos perseguía. Ingresé al ejército muy emocionado, pensando en las mejoras para mi familia. Pero fue peor: mi único hermano, de los cuatro que éramos, también se fue para la guerrilla en la zona y me hizo un atentado, un atentado para matarme.

Se me jodió más la cosa porque mi hermana también quería matarme, solo porque me atreví a entrar al ejército teniendo, prácticamente, a gran parte de mi familia en la guerrilla.

Para colmo, me echaron del ejército en pleno proceso de mi transformación. Siempre la vida conspirando para truncarle a uno la carrera de la existencia. Pero aprendí que, a veces, la vida se pone muy dura. Tomé la decisión de seguir con mi misión: velar por mis otros hermanos y ayudar a mi madre con la carga del hogar. Recuperé la confianza y empecé a trabajar con un tío que compraba mercancía, base de cocaína, para unos señores de la zona.

Ya me estaba levantando un poco, ayudando a mi madre a organizar la casita, cuando mataron a mi tío. Y otra vez, al piso... “la vida golpeando al pobre, y mi hermana buscándome para matarme”. Al poco tiempo, mataron a mi hermana en un enfrentamiento. Por primera vez vi a mi madre derrumbarse. Una mujer de inquebrantable valor y un corazón lleno de amor por su familia, ahora estaba pálida, demacrada y muy flaca de tanto sufrimiento. Sus ojos ya no eran los mismos; el brillo se había apagado, su mirada estaba vacía, sin apego, sin luz, sin esa chispa que la hacía vivir. A su hija, a su única niña de cuatro hijos, se la habían arrebatado, como sucede con muchas niñas de este país. ¡Se apagó mi madre!

Me partía el corazón verla así, me dolía en el alma. Fue tanto mi odio y mi dolor que tomé la decisión de vengarme por todos los daños causados a mi familia. Ingresé a un grupo irregular de la región. Para mi sorpresa, el hermano que seguía después de mí también siguió mis pasos. En contra de mi voluntad, y a escondidas de mi madre y de mí, se metió al grupo armado, también con sed de venganza.

Un buen día llegó mi hermano al campamento donde yo estaba. Llegó con su tropa, andaba con su gente. El corazón se me desbordó de alegría, y en un abrazo fraterno nos fundimos los dos. Él era el hermano que yo más quería: un gran guerrero, nunca se quejaba por nada y amaba a la familia igual que yo. Soñábamos con darle una hermosa casa a nuestra madre y devolverle la alegría. Hablamos de todo un poco aquella tarde, nos quedamos hasta las 11 de la noche.

A la una de la mañana me dieron la noticia: el bando contrario lo había asesinado. Se metieron justo por donde él estaba durmiendo. Nos habíamos despedido a las once de la noche con un gran abrazo cariñoso... era mi hermano menor.

“Ahora sí matamos a mi madre”, pensé. Lo primero que quise hacer fue suicidarme, pero sería un doble golpe ella. Solo quedábamos dos hermanos: el menor de todos y yo, el mayor. Los otros dos, los del medio, partieron a encontrarse con los demás familiares que reposan en el cementerio.

Mi madre se sumergió en un río de llanto, dolor y sufrimiento. Se consumía día a día. La familia naufragó en la tristeza. Entonces tomé la firme decisión de irme del país, para evitar mi muerte segura y así ahorrarle más dolor y sufrimientos al cuerpo cansado de mi dulce madre.

Mi vida ha sido un remolino de sucesos que han moldeado mi existir y mi carácter; han forjado personalidad. Estuve tres veces muerto en oscuridad total, luché otras mil veces con la muerte, vi rodar la película de mi vida ante mis ojos cual destello fugaz. Son incontables la cantidad de amigos, conocidos y familiares que ya han partido de esta vida.

Buscando sosiego y descanso para mi alma, o un poco de alivio para mi madre, viajé al Ecuador, nuestro hermano país. Llegué con una maleta llena de sueños e ilusiones, pero con las manos vacías, otra vez empezar desde cero. Desempolvé mi viejo espíritu guerrero y me lancé de lleno, otra vez, a conquistar la vida. Un amigo una vez me dijo que la vida es el animal más difícil de domar para el hombre. Inicié con todo mi fervor y toda mi motivación, todo iba bien, nuevo país, nueva vida, nuevos aires, por fin encontré mi lugar en el mundo, pensé.

Poco a poco me fui llevando a toda mi familia; incluso mi madre me visitó varias veces. Era otra vida, sin temores de nada, en una tierra muy tranquila y sana para vivir. Las personas dormían con las puertas de sus casas abiertas, no había robos ni delincuencia. Era un pueblo pacífico, como suele ocurrir en gran parte de la Amazonia ecuatoriana.

Vi a mi madre sonreír por vez primera en mucho tiempo. Me contagié del brillo de sus ojos; mi madre volvió a brillar. Aquellos fueron algunos de los días más felices en mi vida: verla feliz, ver a mi esposa y a mis hijas también felices, por primera vez en tanto tiempo.

Seguimos adelante con nuestras vidas. Yo volví a trabajar la minería y mi esposa como cocinera. Dejábamos a los niños estudiando en casa de amigos o familiares mientras salíamos de las minas, por lo general durante ocho o quince días sin volver al pueblo. Todo era muy tranquilo, pues en esa zona no había violencia tan grave como en Colombia.

Pasaron muchos años sin que escucháramos la noticia de algún asesinato, siempre eran causas naturales, y eran realmente pocas en todo el año. Fueron tiempos felices, pero como todo pasa y la vida sigue, mi madre volvió a Colombia para visitar a mi hermano, quien se había quedado al cuidado de las cositas y de la casa de nuestra madre. Al volver a Colombia se enfermó y quedó hospitalizada en una cama de UCI, lo que fue fatal para mí. Decidí volver al país después de largos años, sabiendo que arriesgaba

mi vida, pues si mis antiguos compañeros me veían, me matarían, eran muchas las ganas que me llevaban.

Mi madre estaba hospitalizada en el hospital del pueblo. Mi llegada fue muy discreta pues no le hicimos saber a los demás familiares que yo me encontraba ahí. La visité en tres ocasiones en las noches cuando el hospital se quedaba algo solo. Al cuarto día, me llamó un amigo que no sé cómo hizo para enterarse que yo estaba ahí, me dijo que estuviera pílitas porque ya sabían que yo me encontraba visitando a mi madre por las noches y que me iban a ir a buscar.

Tardé solo cinco días visitando a mi madre, me tocó salir nuevamente huyendo de mi pueblo natal. Ella falleció a los días de haberme ido. El dolor de saber que me andaban buscando para matarme, nuevamente acabó con su vida, entró en un profundo coma y no despertó. Después, el remolino del odio asomaba a la ventana de mi corazón, volví a cruzar la frontera Colombo ecuatoriana con el alma destrozada, sabiendo que nunca más nos volveríamos a ver en la vida. Caí en una depresión terrible, tantas pérdidas a lo largo de toda mi vida habían dejado cicatrices que sangraban una vez más con las nuevas heridas.

De la noche a la mañana volví al remolino de problemas. Me separé de mi esposa después de más de 20 años de vivir juntos. Nuestras dos hermosas hijas ya eran mayores de edad, una de 20 años y la menor de 18 años. La separación terminó de quebrar mi roto corazón, el mundo se me hizo oscuro, el aire difícil de respirar y el alma destrozada por dentro, la vida había perdido su luz y su brillo. “El dolor y la soledad serían mis nuevos compañeros para toda la vida”, pensé.

Después de la separación con mi esposa, recibí una oferta para trabajar en Tumaco, “¡Bingo!”, pensé. Esta era la oportunidad de darle un nuevo giro a mi existencia, soltar todo lo viejo y buscar una nueva vida, alejado de todo el mundo conocido y abrazando una nueva esperanza; empezar desde cero nuevamente con un mundo nuevo por descubrir y nuevos amigos por conocer.

Mi amigo me esperó en el terminal de Tumaco, pues yo no conocía. Me llevó a su casa en el barrio la Ciudadela, todo era extraño, pero a la vez me era familiar, ya que se trataba de la misma cultura, la misma gente y las mismas costumbres de mi pueblo natal. Intenté reconstruir mi maltrecho herido y aporreado corazón, empecé a salir con una mujer que me presentó mi amigo. Todo iba bien hasta que un día me paró la policía para pedirme

los papeles, como todo buen ciudadano le pase mi cédula al agente de la policía, y cuál sería mi sorpresa, el uniformado me dijo:

—Amigo usted tiene una orden de captura vigente.

No lo podía creer.

Veinte años después me dicen que tenía una citación en Medellín a la cual nunca asistí, pues nunca me notificaron, ni me informaron. Los veinte años que viví en el Ecuador, mi segunda patria, mi segundo hogar para luego volver a mi país y terminar en una cárcel. Llevaba solo siete meses trabajando en Tumaco cuando me agarraron por deudas viejas con la hermana justicia, primero me llevaron a un sitio que llaman el hospital viejo, es un antiguo hospital adecuado para resguardar a los militares del ejército nacional y a los reos que capturan mientras los suben a la cárcel de Bucheli.

Las dos semanas que pasé ahí, en ese sitio, sentí por vez primera la verdadera libertad; andar descalzo y en pantaloneta era algo nuevo y muy gratificante, sentir el frío de la baldosa y sentir una libertad que nunca había sentido; qué ironías de la vida, libre pero preso enjaulado. Con doce amigos más, nos enfrentábamos a la incertidumbre de no saber qué esperar de ahí en adelante.

Después me sacaron junto con dos amigos más; nos montaron en una camioneta, rodeados de militares, y nos trasladaron a la penitenciaría de Bucheli. El terror de los terrores es Bucheli; más de uno de los capturados por la policía o el ejército llora para que no lo suban, por el temor que le tienen a la “recibida”.

La bienvenida estuvo genial con susto de infarto y paralizada del corazón, y les voy a contar por qué: todo consiste en jugarles una broma a los nuevos que ingresan. Los reciben unos desnudos, otros con las caras tapadas, otros con condones en las manos, otros con sus rostros muy serios y mal encarados; y todos gritan al mismo tiempo:

—¡Pásemelo a mí yo me lo como!

Sentí que la sangre se me helaba en las venas y que el corazón se me paralizaba en el pecho. Después de ese susto tan verraco, entendí algo que no sabía: “Lo que no te mata te vuelve más fuerte”. Ahí comprendí que todo en la vida tiene un propósito, que los planes de mi Dios son perfectos; entendí que Dios te arranca de un lugar y te siembra en otro.

Todo empezó a tener sentido. Comprendí que mi Dios me tenía para un propósito. Desperté de una ceguera temporal que pasamos algunos hasta que, finalmente, despertamos. Todo este tiempo me sirvió para conocer

a mi verdadera familia, a los verdaderos amigos y las personas que realmente te aman.

De la novia que conseguí en Tumaco ¿qué les puedo decir? Apenas caí preso me abandonó, “rey muerto...”, aprendí que la vida es una escuela de aprendizaje llena de errores, subidas y bajadas, éxitos y fracasos, victorias y derrotas, lágrimas y sufrimientos, pero también de risas y alegrías, de enseñanzas y aprendizajes.

Hoy veo la vida con otros ojos; los de enseñar todos los procesos que he vivido. Tal vez sea material para que otros no sigan por el mismo camino que yo he transitado. Hoy miro hacia atrás y me doy cuenta de que tengo mucho para contarle a las futuras generaciones que vienen detrás de mí: a mis hijas, a mis nietos y a toda mi familia, a mi verdadera familia. Ser como el árbol más viejo del bosque que, aunque no ha muerto, sus raíces nutren las raíces de los otros árboles. Ese es mi deber. Ahora que he vivido tantos procesos en mi vida, entiendo mi misión en ella: enseñar, guiar, esa es la misión. Solo los verdaderos guerreros, quienes han pasado por las llamas del infierno, son los que tienen el permiso para llevar la antorcha.

Hoy, muchos años después de mi llegada a este mundo, entiendo mi misión, pero mi pregunta sigue siendo la misma: ¿quién soy yo?

MI MADRE, EL MÁS GRANDE TESORO DE LA FAMILIA

Evin Daniel Ku Dávila



Ciudadano nicaragüense

Todo empezó una mañana, exactamente el 11 de marzo del año 2000, en un pequeño pueblo llamado Río Grande de Matagalpa. En aquel pueblito, ese día, una madre traía al mundo a un bebé. Los familiares de la joven madre y los familiares del padre del bebé celebraban la llegada de un nuevo integrante a la familia, y aquel bebé crecería muy feliz en ese entorno familiar.

Pasaron cinco años cuando aquel niño comenzó a reconocer el mundo. Vivía con sus padres en una pequeña finca muy cerca de aquel pueblo donde había nacido. Sus padres se habían independizado como familia, tenían su hogar, tenían sus animalitos y todo era bonito. El niño crecía con sus padres y hermanita menor; y desde pequeño entendió que debía ser la guía, la fuerza y el apoyo para su madre y hermana.

Todo iba muy bien hasta que aquel padre empezó a salir con sus amigos de fiesta, y con otras mujeres. Al principio se iba un día y regresaba al siguiente, mientras aquellos niños esperaban junto a su madre, joven y luchadora. Reconozco que, desde esos sucesos, mi madre tuvo que ser papá y mamá para mi hermanita y para mí.

Tanto la madre como los niños estaban tristes, asustados y desolados, porque el padre ya no era el mismo, y un día cualquiera desaparecería de casa. Los días pasaron, y tras una semana, la situación para la joven madre empeoró aún más. Con el tiempo, el niño tomó verdadera conciencia: había

crecido y comprendía todo el sufrimiento que pasó su madre al criarlos sola, él con apenas cinco años y su hermanita con cuatro, reconoce ahora que su madre ha sido su más grande tesoro.

La joven madre, con su mayor esfuerzo, se esmeró para que el alimento no les faltara. Se encargó de ellos con dedicación. El niño no sabía cómo, pero su madre logró educarlos. Él y su hermanita crecían bajo el cuidado y protección de esa mujer incansable; con ellos también vivía su abuela materna.

Pasado el tiempo, el niño se convirtió en un jovencito muy apuesto y educado. Había crecido en un entorno en donde se le inculcaron principios religiosos, pues familia era cristiana. Día a día tomaba conciencia de la lucha que emprendía su madre cada día por ayudarlo. Para entonces, ella había encontrado un pretendiente, con quien tuvo otro hijo. Sin embargo, la historia volvió a repetirse: un padre desobligado más. Aunque la madre hacía todo lo posible, sentía que ya no sabía qué más hacer. Era una simple lavandera, pues había cometido el error de enamorarse tan joven de personas que no supieron valorarla. No había tenido tiempo de terminar sus estudios, ocupada en criar sola a sus niños.

Mas tarde, Dios le brindó a esta mujer la oportunidad de terminar sus estudios y graduarse como docente. Fue entonces cuando, con enorme esfuerzo, logró sacar adelante a sus tres niños, a dos jovencitos y al pequeño. La madre sola crio a su bebé, vivía con sus hijos en un cuartito que habían hecho con tanto esfuerzo. Apenas se acomodaban, cuando la joven madre aceptó, una vez más, una relación con quien tuvo un niño. Bueno, éste sujeto salió trabajador y muy responsable, parecía todo marchar bien, por fin mi madre había encontrado un hombre de casa, como solían decir.

Pero, como dice el dicho: “no todo es color de rosa”. Aquel hombre empezó a tomar mucho. La joven madre ya era docente y debía ser un ejemplo a seguir en su comunidad. Pero aquel hombre se aferró al alcohol y abandonó a mi pobre madre, y quedó con cuatro hijos. Aquel joven, el mayor, triste por su madre, empezaba a tener sentimientos encontrados, por tanta cosa vivida.

A ver el sufrimiento de su madre y de sus hermanos, y toda la irresponsabilidad de los malos padres, toma la decisión de irse a trabajar fuera del pueblo. El joven, ya siendo bachiller, pero por falta de apoyo no pudo continuar con la universidad ya que sus otros hermanos también necesitaban todo. Siempre fue así, el trabajo de la madre no le daba para tanto.

En el año 2018 el joven emigra a otro país en busca de oportunidades, luchando y apoyando a su madre cada quincena, pues el sueño del joven era poder dar una casa a su familia. Un día, compañeros del joven lo convencen de que la única manera de poder hacerle la casa a su madre era transportando y así poder ganar plata para comprarle la casa a su mamá.

El joven con las ganas de superación pensó y pensó hasta que lograron convencerlo, pero pensando solo en el objetivo y no en las consecuencias. El joven se fue en el mentado viaje que le cambiaría la vida. De este modo, que aquel joven con deseos de superación, termina detenido en aguas internacionales y es aprendido, lejos de la familia, de su entorno. Fue el fin y el principio de un nuevo momento en la vida.

Estando encerrado, el joven aprendió a valorar hasta lo que no tenía, amigos, cosas materiales, un entorno, pero, sobre todo, estaba agradecido con Dios y de por vida con su madre quién es su más grande tesoro. Aunque se está perdiendo momentos que solo se viven una vez con la familia, el joven aguarda en una celda el momento de su libertad y poder tener ese añorado encuentro con su familia. Desde el 2018, que salió de su pueblito, han pasado siete largos años. Aguardando, como las flores, esperando los rayos del sol para abrir sus pétalos en el momento de su libertad.

LA VIDA DE GERO EN PRISIÓN

Carlos Alfredo Caicedo



Gero es un profesor físico matemático que nació en el año 1974 en La Tola, Nariño. Estudió en la Universidad Santiago de Cali y es magíster en Gestión de la Tecnología Educativa. Después de un tiempo, en un pueblo llamado Olaya Herrera, Satinga, empezó a dar clases en un colegio público como docente de física y matemáticas del grado 11. Se destacó por ser un profesor muy dedicado y querido por sus estudiantes. Sin embargo, un hecho cambió su vida por completo, llevándolo de las aulas de clase a las frías paredes de una prisión de Villanueva.

El 23 de noviembre del 2018, saliendo de dar clase en el colegio Inedín, a eso de la 1:00 p.m., fue capturado injustamente por un delito que no cometió: narcotráfico y enriquecimiento ilícito. Él siempre afirmó que era inocente de aquello que se le acusaba, pero las pruebas circunstanciales y un malentendido lo señalaron como culpable.

Lo tuvieron tres días en la estación del pueblo hasta que lo trasladaron a la ciudad de Cali para realizar la audiencia preliminar. Sus familiares contrataron un buen abogado, reconocido por haber ganado muchos casos; sin embargo, este no logró demostrar en la audiencia que las pruebas que incriminaban al profe Gero no eran suficientes para que saliera libre, por lo que fue condenado a seis años de prisión. Eso fue lo que el abogado pudo obtener, porque había audios contundentes que lo incriminaban. Gero fue trasladado inmediatamente a la cárcel de Villanueva de la ciudad de Cali, Valle del Cauca.

Durante los primeros días en la cárcel, Gero estaba desesperado, porque no sabía qué sería de su familia, que dependía de él, y más que era

padre de nueve hijos, que dependían de él en absolutamente todo —en ese momento tres de ellos estaban en la universidad. Con el tiempo, Gero logró organizarse en la cárcel. Con un amigo compraron una celda. Al pasar los días, el abogado le dijo que podía sacarlo antes de los seis años, y que por su buen comportamiento gestionaría todo para que pudieran ir sus familiares a visitarlo cada domingo a la cárcel.

El primer domingo fue el más duro tanto para Gero como para sus hijos y esposa. Nunca dejó que su mamá fuera a visitarlo, porque no era un lugar para ella.

A los tres meses de encontrarse recluso, tuvo la idea de dar clases en la prisión, ya que eso le ayudaría a una reducción de su condena. Compartió su conocimiento como profesor para enseñarles a otros reclusos a leer y escribir, puesto que, muchos de ellos, nunca habían tenido acceso a la educación. Creó pequeños grupos para alfabetizarlos y también talleres de literatura, logrando transformar el ambiente dentro de su patio. Los presos que antes vivían en la violencia y la desconfianza encontraron en sus clases un espacio de paz y reflexión.

Al pasar un año en prisión, Gero decidió despedir a su abogado, debido a la falta de avances en su caso. Había gastado mucho dinero porque le garantizó que solo pasaría tres años en prisión, y así fue. En el año 2021 en el mes de septiembre tuvo su libertad. Fue un día muy feliz para él y su familia. Aunque perdió una parte de su vida tras las rejas y sabía que afuera no iba a poder ejercer su profesión por sus antecedentes, se llevó consigo la gratitud de muchos internos a quienes ayudó a cambiar su camino.

La historia del profesor Gero muestra que, incluso en los momentos más oscuros, se puede encontrar un propósito. La cárcel, que al principio parecía un castigo injusto, se convirtió en un espacio donde pudo seguir cumpliendo su misión de enseñar.

Su experiencia deja una lección de vida, como la resiliencia y la importancia de la educación.

AFERRÁNDOME A LA VIDA

Carlos Alfredo Caicedo



Si tuviera que aferrarme a algo en este proceso que estoy pasando, donde me invade la mente, elijo aferrarme a la vida.

A todos esos atardeceres que aún me quedan.

A escuchar todas esas canciones que me erizan la piel.

A todo eso delicioso que alguna vez probé.

A esa decisión que tomé para cambiar mi vida, mi destino y mi forma de ser.

Me aferro al amor, a estar tranquilo, a mi paz, a la tranquilidad de mi madre.

Me aferro a esta calidez que ha sentido mi corazón, me aferro a los abrazos que alguna vez di, a las risas que aún me quedan por compartir.

Me aferro a la vida con todas mis fuerzas, porque, aunque a veces parezca dura, hay miles de cosas nuevas por aprender y vivir, ya que aún estoy joven para remediar mi vida.

Me aferro para nunca olvidar que es un honor poder estar tranquilo en el mundo. Por mi madre, mis hijas, mis hermanas y, sobre todo, por la persona a la que le voy a brindar mi amor por el resto de mi vida.

Por eso y más, me aferro con fuerza a la vida.

HISTORIA REAL, MI VIDA EN LA GUERRILLA

Darío German Taicus Guanga



Era un día domingo cuando decidí irme a la guerrilla. No me sentía bien donde estaba y tenía problemas con mi familia, a quienes ya no los soportaba más. Entonces me fui; ya lo tenía decidido. Quería saber qué era lo que enseñaban en la guerrilla. Tomé la decisión de irme a un lugar llamado la vereda Vallenato, donde estaban los *guerros*.

—¿A qué viene? —me preguntaron cuando llegué. Yo respondí que quería ingresar con ellos, que si me aceptaban. Mirándome a los ojos fijamente, me dijeron:

—Claro, no hay problema. Bienvenido a la organización.

Después de pasar unos días, me contaron que no me podían mandar a la escuela de entrenamiento porque por allá estaba complicado. Entonces le pedí al comandante encargado del grupo que, por lo menos, me enseñara a manejar el fusil, porque yo no sabía cómo hacerlo.

—Ahora te enseño, no te preocupes —respondió.

Al día siguiente, nos movieron a otro lugar porque ya no podíamos seguir en el mismo sitio. Allá me enseñaron a manejar las armas.

—Este fusil es tu vida, cuídalo como si fuera tu madre, porque si no lo cuidas, tus enemigos te quitarán la vida —me dijo el comandante el día que me entregó el arma.

El fusil era mi responsabilidad. Poco a poco me fui ganando el respeto de los camaradas, de los comandantes y también de los civiles. Después de estar varios días en el campamento, nos movieron a otro lugar donde estaban los enemigos, y nos tocaba enfrentarnos a ellos.

Allí vi caer a los compañeros en media hora de enfrentamiento, y también vi a los que estaban arrepentidos. Fue la peor decisión que ellos tomaron, solo porque les gustan las armas; por eso ingresan. De mi parte, y por la experiencia vivida, no le aconsejo a nadie que esté allá. En la práctica, la vida de guerrillero no es fácil; la vida allá es muy difícil.

EL HIJO DESOBEDIENTE

Julio Cesar Gallego Ramírez



El hijo desobediente era un muchacho muy hiperactivo, al que le gustaba mucho el fútbol, y por estar jugando descuidó los estudios, terminando a duras penas la primaria. Desde ese momento, su vida cambió por completo. Ya sin estudiar, sus padres lo ponían a trabajar en una finca para que así él mismo pudiera sostener sus propias necesidades.

Empezó a independizarse y a tener malas compañías, las cuales lo llevaron a conocer el vicio. A los 14 años probó la marihuana y la cocaína, lo que lo llevó a tomar malas decisiones como robar y hacerle mal a la gente. Aquel comportamiento tuvo como resultado que tuviera que salir del pueblo, viéndose obligado a irse a la ciudad de Pereira, donde un familiar. Allí sufriría mucho por cuatro largos años, durante los cuales cumplió la mayoría de edad.

Volvió al pueblo a los 18 años, cuando le tocó tomar una dura decisión: irse al ejército para que no lo mataran. Duró cinco años en el ejército, y esa fue una de las mejores experiencias que había tenido.

Salió del ejército y volvió al pueblo, donde el destino le jugó una mala pasada. En una fiesta, tomado de tragos, tuvo un problema: hirió de un disparo a un conocido, viéndose obligado nuevamente a irse al pueblo. Tomó la decisión de ir a vivir a Medellín, ciudad en la que conocería a su primera mujer y con la que tendría dos hijos varones. Pero, como siempre se metía en problemas, comenzó a trabajar con drogas y terminó en la cárcel de Bellavista, centro penitenciario en donde tuvo una de las peores experiencias de su vida.

Durante su estadía en la cárcel perdió primero a su padre en un accidente de moto. Fue algo muy duro para él. Nueve meses después de haber

muerto su padre, perdió a su madre a causa de un infarto, algo que lo marcaría para siempre.

Por eso, en la vida hay que tomar muy buenas decisiones y, lo primordial, hacerles caso a los padres. Para ser alguien en la vida es necesario estudiar, salir adelante y no desperdiciar los años maravillosos de la juventud y los años de estudio.

MI ABUELITA LA PARTERA Y EL CAMINO DE LOS AGUACATES

Ana Leicer Muñoz Guzmán



Había una vez una niña llamada Ana que vivía en un pequeño pueblo rodeado de muchas montañas y mucha vegetación. Su persona favorita era su abuelita, doña María, una mujer bondadosa y fuerte que ayudaba a las madres en el momento de traer a sus bebés al mundo.

Cada vez que golpeaban la puerta en medio del atardecer o al amanecer, Ana sabía que su abuelita debía ir a atender a una mujer embarazada. A ella le encantaba acompañarla; preparaba su mochila con mucha ilusión y salía corriendo detrás de su abuela.

Muchas veces el recorrido hacia la casa era largo, pero, sin duda, hermoso: a los lados del camino había árboles de aguacate y, cuando era cosecha y estaban muy llenos, Ana y su abuela tomaban algunos y los guardaban en la mochila. Mientras caminaban, la niña sentía que era un sueño. Cuando se cansaban de tanto andar, doña María siempre llevaba un tarrito de café; entonces se sentaban bajo la sombra de un árbol, compartían el café y partían un aguacate para acompañarlo.

Ese momento era especial para las dos, lleno de risas y cariño. Al llegar a la casa de la mujer embarazada, Ana esperaba con paciencia mientras su abuelita hacía su trabajo. Lo que más le gustaba era que, cuando el bebé nacía, la dejaban entrar a conocerlo, a verlo tan pequeño y delicado. Su corazón se llenaba de alegría y mucha ternura. Con el tiempo, esos paseos quedaron grabados en el corazón de Ana. Ella sonríe cada vez que mira un árbol de aguacate o siente el aroma del café, y recuerda con cariño a su abuelita y a esos días llenos de amor y aventura.

DE LA CLARIDAD A LAS TINIEBLAS

Jerson Bienvenido Preciado Landázuri



Mi nombre es Jerson Preciado Landázuri, nací en Tumaco, Nariño el 14 de septiembre de 1993. Estudié en la Institución Educativa Nueva Florida. Esta pequeña historia que les voy a contar, son hechos de mi vida real, hechos que me llevaron a estar en este mundo, en esto que hoy estoy viviendo.

Yo era un pelado muy tranquilo, vivía en el barrio Puertas del Sol, y solo iba del colegio a mi casa. Un día, le dije a mi hermana Carmen que necesitaba una moto para transportarme al colegio porque los buses me mareaban; mi hermana analizó la situación y decidió comprarme la moto, una *Eco Deluxe*.

Nadie se imaginaba que esa moto iba a ser mi pesadilla, porque cuando salía del colegio me iba a “*mototaxear*” para ayudarme en mis estudios y para mis gastos; pero eso fue el peor error que pude cometer.

Un viernes, a eso de las 3:00 p.m., en la entrada del barrio El Bajito, un muchacho me paró y me dijo:

—Hágame una carrera para el barrio Fátima, recogemos algo, arrimamos en la playa y luego me lleva al barrio Obrero.

Yo, alegre por dentro, me dije: “aquí ya cuadré la tarde”. Sin embargo, no me imaginaba que ese *man* pertenecía a Los Rastrojos y cuando lo dejé en el Obrero, no más me dijo:

—Todo bien, compa, yo soy de Los Rastrojos, me dicen Jason.

Desde ese día comenzó mi pesadilla. Me fui para mi casa, asustado y muy estresado, porque hasta la gasolina de la moto me tocó comprarle a ese *man*. Con el pasar el tiempo, las Farc llegaron a Tumaco, Nariño, por el barrio Puertas del Sol. El comandante que llegó en ese entonces, al parecer,

me distinguía, y borracho se había puesto a decir que le tocaba matar a un paisano porque andaba con un Rastrojo.

Yo le había comentado a un amigo lo que me estaba pasando, y justo mi amigo se encontraba en el lugar cuando el comandante estaba hablando de matar a un *man* que andaba con un Rastrojo:

—Compa, allá el comandante de la guerrilla dijo que tenía que matar a un *man* que andaba con un Rastrojo. Yo de una pensé en usted. ¿Por qué no habla con ese *man* a ver qué le dice, antes de que sea tarde?

Con miedo y todo, atendí el consejo de mi amigo y me arrimé al comandante de la guerrilla para comentarle sobre el problema que tenía.

Cuando le conté, él se me quedó viendo y dijo:

—¿A vos quién te dijo que te íbamos a matar?

—Nadie. Simplemente, como vivo aquí en el barrio y ese *man* Jason, de los Rastrojos, me tiene cogido de destrabe, me acerco a ustedes para que no vayan a pensar que yo soy uno de ellos—le respondí asustado.

—¿Y cómo sé que no sos uno de ellos? —me preguntó.

—Yo estudio, y cuando salgo del colegio me la rebusco con la moto. Ahí es que me encuentro con ese *man*. Si quiere, pregúntele a Tocayito, que yo ya se lo había comentado todo a él.

—Ándate, más rato te mando a hablar —respondió.

Como a las dos horas, llegó mi amigo Tocayito y me dijo:

—Me llamó el comandante a preguntarme si yo lo conocía. Yo le dije que sí, que somos buenos amigos.

El comandante le respondió que también me distinguía, y a mi familia. Le dijo que me iban a dejar sano, pero que no me querían ver más con ese *man* porque iban a hacer limpieza. Que era mejor no salir a trabajar por estos días, porque las cosas se iban a poner bien feas.

Con el tiempo, la guerrilla reclutó a varios en diferentes barrios de Tumaco y se puso tensa la situación. Por ese tiempo había muerte por todos lados. Esos hechos sucedieron entre el 2012 y el 2013.

Poco después, en el 2015, a eso de las 3:00 p.m., como las calles se veían más tranquilas, salí a darme un roce. Me encontré a un viejo amigo llamado Kenner. Ese *man* ya andaba *envuelto*, pero yo no sabía que estaba así. Iba pasando en la moto cuando ese pelado me llamó:

—Loco, llévame donde Henry.

Henry es un señor que vende bebidas; es decir, el señor tiene un mini supermercado y mi amigo siempre le pedía cosas, lo “vacunaba”, pero yo no sabía. Justo ese día él fue a pedirle trago a Henry, y ese señor hizo

como que le va a pasar el trago pero lo filmó con un teléfono y les mandó el video a las autoridades competentes. El señor nos denunció a Kenner y a mí. Afirmó que lo estábamos extorsionando, pero yo estoy sano de todo esto. En la denuncia, el señor Henry dice que Kenner lo tenía aburrido, que todos los fines de semana que tomaba llegaba a pedir cosas, que ya estaba aburrido y por eso lo demandaba, y de paso me demandó a mí, creyendo que yo era uno de ellos.

La policía y la Sijín capturaron a mi amigo Kenner por extorsión agravada. Yo seguía “*mototaxeando*” porque como yo no tenía que ver en nada, andaba sano. Un viernes a las 2:00 de la tarde del 2015, mi suegro me dice:

—Hágame el favor mijo y me va a comprar un bulto de cemento.

Yo, normal, fui comprar a el bulto de cemento, hice una parada en los Ángeles y en eso me abordaron dos camionetas de la Sijín y dos motorizados de la Policía Nacional. Me dijeron que los acompañara a la estación.

— Yo no quiero —dije.

Entonces uno de la Sijín léeme leyó la orden de captura por extorsión agravada. Yo estaba relajado porque en mi conciencia no había hecho nada, pero no contaba con que me tenían involucrado con mi amigo Kenner y me estaban involucrando como una persona de grupo. Por eso, la fiscalía y juez me dieron medida de aseguramiento por algo que yo no había hecho. En pocas palabras, me pasaron como un guerrillero más. Es más, en el periódico me colocaron chapa de “*Cachete*”, y ya todo el mundo comenzó a decirme así.

Al pasar el tiempo, el abogado me llevó un preacuerdo de 48 meses de prisión, es decir 4 años, yo no lo quise firmar.

Continuará...

VALLE DEL CAUCA



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD
DE BUENAVENTURA

Sileni Herrera Perlaza
Directora del taller

SUEÑO AMERICANO

Hernán Montaña



¡Moriré! No podía pensar en otra cosa. Sin alimentación, solo un pedazo de queso y un trozo de dulce de guayaba me acompañaban. El aroma que emanaba el café me era insoportable, pues estaba encerrado entre ellos, sumido en una oscuridad total. El miedo y la angustia se apoderaban de mis sentimientos, mi mente no dejaba de hablarme. Estaba solo, desesperado y angustiado. Mi mente me llevó a aquella mañana cuando desperté con una determinación inexplicable. Me acerqué a una de mis hermanas y le dije:

—Me voy de polizón.

Sin mediar más palabras, arranqué y ahora aquí voy, viajando en un barco de nombre Carelia con destino a Nueva York. Mi situación en medio de los sacos de café cada día era más difícil, sentía que moría en medio de ellos.

Tenía que tomar una decisión: entregarme, esperando que me lanzaran al mar, o morir en este agujero. Entré en un sentimiento profundo, brotaron lágrimas de mis ojos. Mi lógica me decía que no volvería a ver a mi familia. ¿Podrá mi familia encontrar mi cuerpo?, me pregunté. Después de pensarlo, opté por salir.

Tomé el mismo camino por donde entré y golpeé la puerta del escape con un pedazo de hierro que encontré en el camino. Casi de inmediato abrieron y me agarraron del cuello.

—*Maifrien*, más amigos ¡ah! allá, *maifriend* —les gritaba una y otra vez, esperando que esta afirmación me fuera de gran ayuda para no ser arrojado al mar.

En el camino forcejeé un poco al ver un grifo de agua:

—*Maifriend*, *water, water, maifriend* —grité hasta que, finalmente, accedieron a dejarme beber un poco. ¿Hace cuánto no la probaba? Mi destino

era ponerme frente al capitán del buque. Oraba, oraba para que el capitán no fuera filipino ni coreano. La fama que tenían era que tiraban a los polizones por la borda al agua.

Mi corazón descansó un poco al ver que el capitán era americano. Me requisaron, encontrándome el pedazo de queso y el trozo de dulce de guayaba que mi garganta ya no toleraba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el capitán.

—Robinson —respondí.

—Siéntate —replicó—. Traíganle comida.

No podía creer lo que estaba sucediendo, por la atención que me brindaban, pues creía que iba a ser maltratado. Me quedé sorprendido, fui incapaz de retener alimentos. Al probarlos, vomité casi de inmediato. Me sostuve solo con jugos. Después me recuperé, comí, bebí y trabajé con ellos, ya era uno más de la tripulación.

Al llegar el buque a su destino, el capitán me mandó a esposar, pues se disponían a subir las autoridades. Llegaron directamente a interrogarme; lo hizo uno de ellos, que hablaba bien el español. Para no extenderme más, mi detención se dio en el mismo barco, a la espera de mi deportación.

Una mañana, llegó un oficial de migración y me informó que nos íbamos. Me despedí de la tripulación, muy agradecido por el comportamiento que tuvieron conmigo. Enseguida llegamos al aeropuerto, con un pasaporte provisional que me habían diligenciado días antes. El funcionario del aeropuerto me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Robinson —respondí.

—¿No tienes otro nombre?

—No.

—Tu nombre no registra en la base de datos.

Transcurridos unos minutos, nos dejaron continuar.

Cuando llegamos a Colombia, en el aeropuerto de Bogotá, el oficial de migración me entregó en la oficina del DAS. Ahí me di cuenta de que venían dos deportados más que también fueron devueltos en la oficina del DAS. Casi de inmediato, preguntaron:

—¿Quién es Robinson Torres Angulo?

—Yo —respondí.

—¿Y tú?

—Sí, yo.

—Ese nombre no corresponde con el número de cédula. Dime tu nombre y tu número de cédula.

Guácala, pensé. Quedé sorprendido, al mismo tiempo que sabía que había suministrado datos falsos.

—Mi nombre es Hernán Montaña y tengo 20 años —dije, seguido del número de cédula.

Se dispusieron a hacer revisión y algunas llamadas. Transcurrieron unos minutos y me dejaron ir.

Años más tarde, aquí estoy en otro hueco formado por muros, puertas, barrotes y alambres de púa, custodiado por guardias. Este agujero, llamado INPEC, en Buenaventura, es desde donde estoy contando esta historia de mi vida. No se pudo concretar el sueño americano, pero gracias a Dios sigo con vida.

SUEÑOS DEL CARIBE

Walter Andrés López



Volviendo al pasado, recuerdo que, cuando aún era un pequeño, en abril del año 2000, empecé una relación amorosa. No fue con una chica, pero sin exagerar, para mí ha sido la relación perfecta.

Fui de vacaciones a la finca de mi papá, en un lugar remoto llamado Aurora, situado a 45 kilómetros de la ciudad de Bluefields, en la costa Caribe de Nicaragua. El objetivo de llevarme a dicha finca era compartir tiempo al lado de mi “roca”, es decir, mi papá. Sin embargo, él no se imaginó que en esa aventura yo despertaría en mí ser el sentimiento de amor, atracción y deseo. Pero, ¿amor por quién? ¿Deseo y atracción de qué?

Sí, señores. En ese entonces mi roca se puso a empatar un anzuelo y cortó unas ramas delgadas y alargadas para amarrar una cuerda y hacer una caña de pescar. Con apenas cinco años, era mi primera vez saliendo a pescar en el río junto a mi papá. Me coloqué mis botas de hule, un pantalón y una camisa de manga larga, y emprendimos el camino hacia el río que se encontraba a una hora de la casa.

Cuando llegamos al punto de pesca, la primera lección que mi viejo me enseñó fue cómo conseguir la carnada perfecta. Era sencillo: con un machete, debías romper la tierra, y allí estaban las lombrices que para la pesca eran un manjar. Luego de ensartarlas en el anzuelo, me dijo:

—Lanza esa cuerda lo más lejos que puedas. Si sientes que algo jala, tú también jalas, y fuerte.

Lo hice tal y como me explicó, pero yo no era un “indio montañero ahuevado”. En mi ADN, sin explicación alguna, había nacido con mi software actualizado.

Lo hice como si fuera un experto y pesqué un hermoso “*Guapote*”. Acá en Colombia no sé cómo lo llaman, pero, ¡Neta! La sensación que

experimenté en ese momento fue “*acachimba*”. Solo de ver el color de ese pez y cómo brillaba, me llenó de brillo los ojos. Yo quedé plenamente enamorado de la pesca y aquí, en esta prisión, sé que algún día me encontraré con ese viejo amor.

Pasaron muchos años después de esa pequeña aventura. En diciembre de 2012, mi hermana tenía un exnovio llamado Omar H.R., que en ese entonces era capitán de un barco de pesca industrial de langostinos llamado Promar 54. Le propuse que me diera la oportunidad de ir al mar, pero él, al verme, tuvo sus dudas, pues apenas tenía 15 años y recién iba a cumplir 16. Era de textura delgada.

—Neto, bro —le respondí sarcásticamente—, la prueba es gratis.

Él me miró sonriendo y dijo:

—Mañana al mediodía en el muelle; lleva ropa cómoda para trabajar.

Fue allí donde empezaron mis dudas y un sinfín de preguntas. ¿Aguantaré ese traje?, me decía. ¿Será que la vida en el mar es sabrosa?, un dicho común entre todas las personas que en su vida han navegado. Pero bueno, en ese entonces era un tonto iluso. No sabía en qué “*desmadre*” me había comprometido. Yo solía ver videos de pesca en un programa de televisión; todo se miraba muy bello, hermoso y “*acachimba*”, como diríamos nosotros los nicaragüenses.

Llegó el esperado día para zarpar. Yo iba psicológicamente preparado para pasar 21 días en alta mar. Mi cumpleaños era el 31 de diciembre. Recuerdo que, desde mi ciudad natal, Bluefields, debíamos navegar 120 millas náuticas para llegar al barco de pesca. Pero no había recorrido ni 30 millas cuando yo ya estaba mareado y con náuseas. Me hacía el fuerte, pero era imposible, se me revolvieron hasta las entrañas. Los marineros viejos solo se reían. Hasta para cagar (hacer del cuerpo) era un problema: Los baños se aseguraban con muchas sogas en la parte trasera del barco y allí se realizaban las necesidades.

Después de 24 horas navegando, llegamos al barco de pesca. Yo, todo débil y moribundo, me alisté y salí a la cubierta del barco. Un compañero, al que le decían *Chumbalea*, me dijo:

—Cuñado, quédese y observe cómo se hace.

Y así fue, pasó el día y yo estaba ahí, aprendiendo. Llegó la noche, a las 7:30 p.m. El barco se detuvo para que cenáramos. Yo no comí, tenía el estómago ¡vuelto mierda! Yo solo quería dormir. Llegaron las 22:00 de la noche y yo me decía: ¿A qué hora nos van a decir que ya vamos a descansar? ¡Qué tonto! Esa fue mi bienvenida al mar, donde la vida es “más sabrosa”.

Pasó una semana de trabajo. Me cargaba un *HP* sueño, parece, pero no daba mi brazo a torcer. Era joven, pero con un orgullo que me hacía decir frases como “nunca me rendiré”. Las manos me ardían; hasta para sacarme la “*pirinola*” para orinar me dolía, *brother*. La espalda me dolía de tanto estar semiagachado, cepillando las jaulas donde venían los langostinos. No veía la hora de que ese *HP* viaje terminara. Creo que si se hubiese dilatado un día más, me hubiera convertido en un zombi, un vivo muerto.

Para no hacer tan larga la historia, nada era como yo me lo esperaba, hasta que un día el capitán dijo:

—Vamos a anclar para pescar pescado y llevar a casa.

Brother, eso era lo que yo estaba esperando. Yo no fui a ese viaje a pescar langostino, yo quería tener un momento y probar mi habilidad en el mar como pescador. ¡Camaradas! Fue allí donde finalmente me di cuenta de la atracción y el deseo que yo tenía hacia la pesca.

Llegamos a tierra. Mi familia, muy enojada pero a la vez contenta, me recibió. Yo fui por capricho mío, porque necesidades, gracias a Dios, no tenía. Vengo de una familia acomodada, pero como dice el dicho: “cada quien es dueño de su propio destino”.

¿Saben?, yo quedé encantado. Pero mi mamá decidió enviarme a la capital de Nicaragua, Managua, a estudiar en la universidad. Ella quería que yo fuera un profesional y me alejara de la vida del mar. Ella decía que los marinos solo se la pasaban tomando cerveza y con mujeres cada que atracaban en un puerto. Y sí, mi vieja tenía toda la razón.

Me fui a la capital, pero seis meses después hice mis maletas y llamé a casa. Les dije que me regresaba, que eso no era lo mío, que yo quería era trabajar en el mar. Y así lo hice. Antes de irme a casa, ya había hablado con Omar y él me dijo que sí me volvería a llevar. Así empezó de lleno mi historia en el mar.

Empecé de marinero de cubierta, y una madrugada, llena de frío y de olas gigantes que reventaban en el barco y nos empapaban a los marinos, dije una frase:

—Me quito un huevo si yo muero en esta cubierta. Algún día voy a ser capitán de un barco.

Todos se burlaron de mí, pero como les mencioné antes, yo no me rindo.

Pasaron muchos años. Fui marinero, luego “*winchero*”, jefe de la cubierta, luego maquinista, luego cocinero, y no cualquier cocinero. Me hice tan reconocido, que muchos otros barcos me hacían propuestas para

que me fuera con ellos, pero, “negativo, papi”. Yo era fiel con la familia que me había llevado al mar por primera vez.

Al pasar los años, mi destreza y madurez eran mayores. Yo ya era un profesional del mar, manejaba muchos protocolos, había aprendido muy bien. Gracias a mi sensación, era una “chimba”. Una tarde, recuerdo bien, el capitán que tenía en ese momento, Elías, conocido como “el Animal”, me propuso enseñarme. Yo tenía 22 años, él me dijo que era momento de aprender. Yo, entusiasmado, acepté. Y ahí estaba mi oportunidad, a punto de cumplir el sueño de todo hombre. En ese viaje yo era cocinero aún, pero en el siguiente salí como tercer capitán del barco. Con 22 años, yo estaba rompiendo los esquemas de un joven marino.

Un año después, teniendo la experiencia como segundo capitán, un joven de 33 años, llamado Nelson, se me acercó y me preguntó:

—¿Quieres ser capitán de uno de mis barcos?

Yo me quedé indeciso. Era mi oportunidad de brillar, pero aún tenía un serio obstáculo: conseguir marinos que decidieran confiar en mí, ya que apenas tenía 23 años. Sin embargo, mi sorpresa fue cuando les propuse que trabajaran conmigo y dijeron que sí.

Así como lo escribo, con una pluma y papel, así lo viví. Fue un sueño hecho realidad, un sueño del Caribe que muchos quieren tener, pero pocos logran cumplir. Con 23 años, yo era capitán de un barco llamado “*Cap Harry*”. Yo era un joven, pero con visión, y la frase de “me quito un huevo si no llego a ser capitán”, se había hecho una realidad. Los que se burlaron, hoy en día continúan siendo marineros de cubierta. Yo, por mi parte, tomé malas decisiones y terminé aquí en Colombia, tras las rejas. Pero tengo la esperanza de que pronto saldré en libertad y buscaré ese mar que hoy solo puedo ver en videos, observándolo desde la agonía de volver a sentirlo y disfrutarlo como parte de mi vida.

*“Recuerden: las palabras tienen poder, y los sueños de tu vida,
que no sean sueños mientras duermes,
tienen el potencial para convertirse en realidad.
A buen entendedor, pocas palabras.”*

ESPERANZA PERDIDA

Brian Andrés Congo



Cuando tomé la decisión de emprender este camino, lo hice con el propósito de mejorar mi hogar económicamente, ya que se me presentaban muchos inconvenientes.

Un día le dije a mi esposa:

—He tomado la decisión de buscar otro trabajo que nos ayude a salir de la crisis económica.

Aunque ella no estaba de acuerdo, continué:

—Lo haré por ti y por mi hija.

Mi pequeña apenas tenía cinco meses de nacida y le hacían falta muchas cosas; pañales, leche, ropa, entre otras.

Cuando llegó el día de mi salida, me despedí de mi familia, de mi esposa y de mi hija. Al tomar la decisión, tuve un mal presentimiento; presentí que algo no estaba bien, pero me dije a mí mismo: “Yo puedo”. Me encomendé a Dios y me fui. Durante el viaje, el único pensamiento bueno y bello era la linda sonrisa de mi hija, no la saqué de mi mente ni un solo minuto.

Pensamiento de ella transcurrieron unos minutos y unas cuantas horas, hasta que fuimos interceptados por la Armada Nacional de Colombia. Nos persiguieron hasta que nos hicieron el llamado en alta mar:

—No se muevan o disparamos.

Yo, con voz de aliento, le dije a mis compañeros:

—Debemos rendirnos —y pensé en mí hija.

Transcurridas tres horas y seis minutos del día, nos trasladaron a la Base Naval de Buenaventura. Allí miré a muchos conocidos, solo bajé la mirada mientras esperábamos al CTI. Nos brindaron alimentos. No podía sacarme a mi pequeña de la cabeza, así que era muy difícil alimentarme bien.

Llegó el momento de la reseña con el CTI. Dimos nuestra identificación, estado civil y lugar de vivienda. Después de todo eso, nos regalaron a cada uno una llamada. Aproveché y pude hacer dos llamadas.

La primera fue para mi esposa. Ella me contestó muy asustada, porque ya se habían escuchado rumores de lo que estaba pasando.

—Mi amor, perdí mi libertad —le dije.

—¿Y ahora yo sola con la niña? ¿Qué voy a hacer, amor? —me respondió llorando.

—Tranquila, todo va a estar bien y no estarás sola —lo dije con firmeza, aunque por dentro me sentía muy frágil.

Después de esa llamada quedé muy triste, porque sentí que había perdido todo en un segundo.

En seguida llamé a mi madre. Ella me contestó, escuchó mi voz y de inmediato empezó a llorar.

—Hijo, no me digas que estás preso.

Con una lágrima en la mejilla, le respondí:

—Sí, madre, lo estoy.

—Yo me muero, hijo —me dijo muy afectada.

Yo, aún más triste, le respondí:

—Madre, no te vas a morir. Estoy en mi país, donde podrás visitarme, y volveremos a vernos pronto.

Estas palabras la alentaron; la hicieron sentir mucho mejor y le levantaron el ánimo.

En ese momento, uno de los guardias intervino:

—Se acabó el tiempo de la llamada. Ya se terminó el procedimiento, deben ingresar a la celda.

Aunque allí había conocidos, sentí temor al entrar.

—Bienvenidos al calvario —escuchamos al entrar.

Esas palabras resonaron en mi mente una y otra vez. Me preguntaba: “¿El calvario?”. Por supuesto, luego entendí por qué llamaban a ese lugar así.

Ahí pasamos un mes y medio lleno de sufrimiento, porque era una celda para veintiocho personas. Se vivían muchas cosas inesperadas; daba miedo todo lo sucedía allá. Cada ocho días nos permitían una llamada de cinco minutos. Solo lograba llamar a mi madre y a mi esposa. Me daba felicidad saber de mi hija y de mi esposa, pero, transcurrido el tiempo, empecé a sentir un cambio de actitud en ella. Sentía ganas de preguntarle qué le pasaba, pero al mismo tiempo me daba miedo la respuesta que me pudiera dar. Sin embargo, decidí que, cada vez que

me sintiera así, no preguntaría nada y seguiría creyendo que todo estaba igual entre nosotros.

Después de ese tiempo que pasamos allá, una mañana se acercó un guardia a la reja con una lista en mano y empezó a llamar a uno por uno de los que estábamos en ese momento. Nos informaron que nos trasladarían a Buenaventura. En esa lista estaba mi nombre. Cuando lo escuché, tuve sentimientos encontrados, ya que el estar en Buenaventura significaba poder ver a mi esposa, a mi hija y a mi madre, pero también era la confirmación de que yo estaba preso.

De tanto pensar en eso, cuando menos lo esperé, ya me habían trasladado. Ya vivía en la cárcel de la ciudad de Buenaventura, mi tierra natal. Al llegar allá, me sentí humillado. Sentía vergüenza de que la población de Buenaventura, mi gente, mi tierra, me vieran esposado. Llegamos por el muelle turístico e hicimos todo el recorrido hasta la cárcel del INPEC de Buenaventura. Cuando llegamos aquí, al establecimiento carcelario, observé que a muchos conocidos su familia les traían útiles: “Así estará mi familia, trayéndome las cosas que necesito para estar bien aquí”.

Luego de unos minutos de estar adentro del establecimiento, nos encerraron en un cuarto pequeño donde estábamos quince personas. Era algo muy incómodo, porque el calor nos agotaba. Después de ciertas horas, nos pasaron a otra celda. Era más grande, pero aun así hacía mucho calor. Sin embargo, llegaron amigos y nos brindaron fresco y comida.

Al día siguiente, se nos acercó uno de los que controlaba el patio y nos regaló a cada uno una llamada. Cuando me tocó el turno a mí, la única llamada que realicé fue a la mujer que yo pensaba que seguiría siendo mi esposa. Cuando ella me contestó yo solo le pregunté:

—¿Por qué has cambiado tanto?

—No he cambiado, solo que, así como eras conmigo antes de estar allá, ahora no te lo voy a soportar.

—Pero si me la he pasado luchando para que no te falte nada, ¿y tú me dices eso? —respondí.

Traté de hablar más tiempo con ella, pero ya se me había acabado el tiempo.

Pasaron ocho días y nos dividieron en diferentes pabellones. En mi pabellón estaban todos mis conocidos, pero aun así yo temía, porque no sabía cómo era el sistema de la cárcel. Me recibió el que manejaba el patio. Me llamaron y me preguntaron por el delito. Yo, con mucho temor, respondí:

—Caí por Ley 30.

La Ley 30 significa narcotráfico. Me explicaron las reglas de lo que tenía que pagar. Me sentí presionado, porque no tenía nada. Pensaron en hacerme daño. Llamé a mi familia y les expliqué. Entonces me pudieron conseguir la mitad de lo que me habían pedido y cancelamos la cuenta.

Cuando ya pasó todo eso, ingresé a la celda. Me tocó dormir quince días en el piso. Era el último en acostarme y el primero en levantarme. Allí me pisaban y me echaban agua. Llamé a mi hermana y le dije que estaba durmiendo mal. Ella me pidió que le diera un tiempo para conseguirme el dinero para ubicarme. Mientras ella me conseguía el dinero, también aprovechaba para hablar con la madre de mi hija, porque, con lo que ella ya me había dicho, cada día iba perdiendo la esperanza.

Un día mi hermana me llamó:

—Ya te conseguí el dinero que necesitabas.

—Gracias, y te lo agradezco —le dije con alegría.

Me dirigió al “cabeza mayor” y le dije:

—Tengo el dinero para ubicarme en una cama donde pueda dormir mejor.

—Claro, mijo, ya lo ubico. Y así fue. El dinero que me envió mi hermana era para la cama y el móvil, para tener mejor comunicación.

Pasaron unos meses y llegó el cumpleaños de la mamá de mi hija. Como era la mujer que yo tanto amaba, pensé en hacerle un regalo de cumpleaños para reconquistarla. Me tatué su nombre, pero no le dije nada porque era una sorpresa.

Llegó el día del cumpleaños. La llamé a las 5:00 de la mañana. La felicité, pero no la noté tan emocionada. Luego le dije:

—Mira que quiero hacerte un detalle.

Entonces mostró interés:

—Muy bien, sorpréndeme.

—Uy, ¿es en serio? —le dije—. Lo hice con mucho amor.

—Lo quiero ver —respondió.

Entonces le mostré la foto:

—Míralo, me tatué tu nombre. Este es tu regalo de cumple. Espero lo valores.

Ella fingió estar contenta con el detalle, pero yo noté que no, porque no lo presumió.

Así pasaron los días.

—Arreglemos las cosas, criemos a nuestro bebé juntos —le dije.

Pero a la semana siguiente me dio su respuesta:

—Lo siento mucho, nuestra relación no puede continuar.

—No me dejes, sabes que te necesito. Además, me tatué tu nombre —le supliqué.

—Yo no te dije que te lo hicieras. Tú lo hiciste a tu gusto. Yo no te lo pedí —respondió.

Ahí empezó mi sufrimiento. Nunca lloré, pero sufrí mucho. Ya no comía, bajé de peso, no hablaba con nadie. Mis amigos me daban consejos, pero yo no les hacía caso porque estaba muy enamorado de ella. Así pasaron tres meses hasta que un día me dije a mí mismo que iba a dejar de sufrir y de guardarle amor. Entendí que no la iba a recuperar. Tuve que aceptar que la había perdido. Así fue como pude ir superando todo. Hasta le compuse una canción que titulé “*No te buscaré*”.

Luego de todo el caos, empecé a hablar con otra chica. Allí empecé a reír de nuevo, ya hablaba con mis amigos. Esa mujer me volvió a despertar y a demostrar que el amor todavía existe. Ella se convirtió en mi esposa. Se la presenté a mi familia y a mis amigos.

—¿Sí ves que podías superar a esa mujer? Ella ya no te quería —me dijeron una vez mis amigos.

—Sí, gracias a Dios y a esa mujer, hoy puedo volver a reír y a sentirme feliz. Ahora mi esposa es ella —les conteste contento.

Ella empezó a visitarme. Todo lo que yo necesitaba, me lo compraba con la ayuda de mi mamá y mi hermana. Ellas siempre estaban al tanto de mis cosas.

Pasó un año y la hice madre por primera vez. En ese tiempo no esperábamos el bebé, pero lo aceptamos como una bendición que nos dio Dios. En el transcurso del embarazo, mi esposa me cogió rabia y estuvo algunos días enojada conmigo, pero yo estaba muy contento porque mi segundo hijo lo iba a tener con ella. Mi esposa se preocupaba porque no sabía cómo íbamos a hacer, ella estaba sin trabajo y yo acá encerrado.

—Tranquila, tengo el apoyo de mi familia —la calmé.

Ella se llenó de ánimo y no hacía otra cosa más que darle amor propio a nuestro hijo.

Realmente fuimos muy felices en su embarazo. Yo la consentía mucho, ella se dejaba amar. Así pasó todo el embarazo, hasta que dio a luz. Cuando llegó el día del parto, recibí una llamada de ella:

—Amor, me duele mucho el vientre.

—Llama a tu hermana, amor.

Cuando desperté, miré una fotografía del móvil de la hermana de mi esposa y, antes de abrir la foto, me di cuenta de que había nacido nuestro bebé. Lloré de felicidad, sin embargo, al día siguiente, mi esposa me contó que el bebé había nacido con un problema de salud y que lo iban a dejar en observación.

Me preocupé mucho. No quería ni imaginarme a mi hijo metido allá, pero por su salud tenía que dejarlo allí por varios días. Yo estuve intranquilo, no comía bien. Mi esposa solo lo iba a ver por una o dos horas. Ella también sufría al ver a nuestro hijo allí.

Pasaron tres días y recibí la llamada de mi esposa, me contó que ya estaba con nuestro bebé en la casa. Cuatro meses de nacido, estoy muy orgulloso de ser padre de las dos bendiciones que Dios me dio. Son mis motores y mi fuerza, por lo que cada día soy más fuerte y por ellos lucharé hasta que muera.

LAS PROFECÍAS DEL PRIMO CACHETE

Rodrigo Riveras Ayala



Un día de mala suerte, un viernes 13, mi mujer me había echado de la casa porque me fui de parranda y llegué al día siguiente. Y, para empeorar las cosas, estaba sin trabajo. Me fui a casa de mi mamá y me senté en el sillón. En ese momento, recibí una llamada de un amigo.

—Cachetes, te tengo un trabajo para ir a Colombia.

—¡Hágale, miijo, pa' las que sea! —le dije con alegría, la llamada me había alegrado el día, era una oportunidad para ganar dinero.

Para no cansarte con la historia, no lo pensé dos veces y acepté el trabajo. Pero una semana antes de viajar, Dios me habló en sueños. Soñé dos veces por noche que iba a caer preso. Los sueños eran horribles en todo el sentido de la palabra. En ese sueño, me veía encerrado, caminando de un lado a otro en la misma celda con ropa de color naranja y gritando: “¡Sáquenme de aquí!”.

La segunda vez que me desperté del sueño, me levanté llorando porque nunca había estado preso. El sueño se sentía casi real, como de película. Esa mañana que me desperté llorando, prendí la televisión y solo eso me faltaba: la película que estaban presentando se trataba de personas privadas de su libertad por delitos. La película era *Golpe bajo*, de Adam Sandler. Pero ni así, el primo Cachetes hizo caso y se montó en la lancha. Por eso, en estos momentos se encuentra privado de su libertad en el país de Colombia.

Ahora entienden que el primo Cachetes, por no haber escuchado cada momento que Dios le habló, hoy está viviendo su propia realidad.

Con esta experiencia que hoy les narro, quiero que recuerden que todo llega cuando Dios quiere y no cuando nosotros queramos.

Muchas gracias ... Y que Dios te bendiga 70 veces 7.

PRISIÓN MENTAL

Cristian Andrés Vanegas Cortés



Sábado, 25 de julio de 2020, segundo turno de 14 a 22 horas. Un lapso de tiempo en el que todo cambió. Un presente complicado con problemas socioeconómicos, deudas bancarias, una necesidad, el reciente crecimiento de una familia, la llegada de una llamada telefónica y la lógica errónea de los seres humanos de pensar que el dinero fácil lo soluciona todo con mayor rapidez.

Siendo hijo de padres docentes, después de algunos altos y bajos, me hice una profesión universitaria: tecnólogo y técnico especializado en una importante materia. Llegué a ser empleado en una reconocida empresa a nivel nacional, y fui premiado y ascendido en múltiples ocasiones. Esto me permitió el acceso a zonas, información y lugares que me dieron herramientas para un ilícito.

Personas movidas por la avaricia del dinero fácil, buscaban gente bien posicionada para llevar a cabo la razón de su red criminal. Una buena oferta, un buen adelanto —un jugoso adelanto monetario— y una promesa de mucho más al terminar el trabajo, hacen que muchas personas tomen la fatídica decisión de cometer algo que no se debe: en mi caso, el tráfico de estupefacientes.

Aquel 25 de julio de 2020 fue el día en que mi vida tuvo un freno, una pausa y un quiebre. Fui detenido por tráfico de estupefacientes, así empezó todo. En ese momento, solo podía pensar que no vería crecer a mi hija en sus primeros años, que perdería fechas especiales y que posiblemente no volvería a ver a algunos familiares y amigos. De hecho, perdí a mi abuela y a varios conocidos. También pensé que había perdido mi carrera y mi profesión, en fin, que ya no habría nada para mí en la sociedad.

Pasé los peores primeros días en un calabozo oscuro, húmedo y mugroso, repleto de asesinos, violadores, ladrones, estafadores, etcétera.

Un círculo en el cual se generan cambios en cualquier ser humano y creamos una prisión en nuestra mente. ¡Así me pasó! Por causa de los horrores que logré ver y vivir en esos primeros meses, sentí que mi vida no iba a ser la misma. Fui víctima de extorsión y agresión física, siempre pensando que hasta ahí llegaría mi vida. También fui testigo de torturas y presiones a otras personas y a otros recién llegados, como yo en ese tiempo. Presencí varias riñas entre grupos delincuenciales con injerencia en la ciudad. Pensaba en lo peor, que moriría en cualquiera de esos episodios violentos en los que herían a la gente a cada rato a causa de las peleas.

Así pasaron varios meses; yo no puedo recordar las fechas, he deseado borrarlas de mi mente. Fueron muchas las malas noches que pasé en ese centro de detención, hasta que pude adaptarme. Sobreviví a todo y al final me volví fuerte. El tener los pensamientos de un criminal me hizo un espacio como representante de una celda. Me beneficié de ese puesto; me lo creé gracias a ese control que tenía. Luego de unos años, fui trasladado a la cárcel penitenciaria de mediana seguridad de Buenaventura, el 5 de julio de 2023.

Ese día volvió el tormento de ser el nuevo interno en un lugar plagado de personas inestables o mucho peor. Volver a comenzar en un calabozo sin ventilador y sin ventilación natural, tampoco había agua potable, y eso junto a 12 personas más en un espacio de unos 8 m² aproximadamente. Después de siete días de vivir como sardinas en lata, apeñuscadas, llegué a un patio complicado, donde un grupo delincencial era dueño y señor e imponía sus propias reglas.

Pensé: “Esto es una mierda, así me tocará vivir ahora”, “debo hacerme el pendejo y convivir con ese montón de *chirretes*”.

Salí de una zona de confort para padecer la necesidad de un simple espacio. Tuve que pagar para tener dónde dormir en una prisión. ¡Qué irónico! Someterme a las reglas de los internos y a las de la guardia del penal no fue difícil, pero tampoco fácil. No es algo que se pueda desear, sin embargo, me acostumbré a no estar de acuerdo con todo y también a no demostrarlo.

Así sigo. Hasta aprendí frases “*gaminas*” que se usan mucho en estos lugares, tales como: “X cosa es un basurero” (frases que se usan para referirse a un tipo de menosprecio por algo). Me hice de una “*dancha*” (piso de un camarote), su “segundo” (segundo piso de un camarote de concreto de tres partes) y me tocó hacer “misivas” (mandados o avisar razones por medio de un agujero en la pared) y trasnocharme por los alegatos, producto de algunos misiles. Era una completa tortura.

Creé una celda en mi interior. Acompañada de una lluvia de rencores, odios, fastidios, molestias, pesares, ira y pensamientos negativos que manifestaba hacia otras personas, compañeros de patio y/o de celda. Sentía que estaba pagando dos “*canazos*” (dos condenas más), ya que me sentía más preso en mi mente que en mi exterior.

Es muy fácil terminar odiando a quienes nos hacen daño, y aún, al día de este escrito, sigo guardando ese rencor por algunas personas y ese desinterés por lo que pase o pueda pasar a otros. “La cárcel cambia a las personas”, lo escuché en otras ocasiones cuando aún no conocía esta cruel realidad. Son pocas las personas que cambian para bien. En mi caso, me he vuelto más fuerte y a la vez más frío.

Tengo una guerra con mis emociones al punto de sentir que tengo otra personalidad. Aun deseo seguir aprendiendo y agradezco a los programas de resocialización que brindan en la cárcel. Fui monitor educativo y dicté programas de resocialización a otros, tarea que desempeñé con orgullo en honor a mis padres, los cuales son educadores. Me ayudaron mucho y me apoyan bastante.

Luego me hice ayudante de archivos, otra tarea que realizo día a día con mayor gusto, aprendo todos los días. Antes de eso pude efectuar varios cursos: panadería, estuco y pintura, inglés, pedagogía y un diplomado en cultura, arte y paz.

Todo lo que he podido realizar en pro de mi crecimiento personal, lo he hecho. Es lo que me pone en una encrucijada de sentimientos y sensaciones encontradas o contrarias, por las rejas que creé en mi interior y que se asoman. Mi mente solo se abre cuando siento que estoy haciendo algo productivo, me olvido del dolor y la angustia, pero todo acaba cuando vuelvo al patio y veo de frente nuevamente mi realidad. Solo pido que pasen las horas para volver a salir del patio o que me encierre en mi celda y así poder salir de mis propias rejas.

Estar en prisión no solo te encierra en unas rejas y muros, te encierra emocional y mentalmente, te aísla de tus seres queridos, aviva el deseo de volver a la sociedad, te hace ver que la libertad es un soplo de vida que pocas veces disfrutamos y agradecemos.

Es aquí donde se debe decidir qué camino seguir cuando llegue el tan anhelado día.

Le pido a la vida poder salir de esta prisión. No hablo de la prisión física, de los muros de concreto, ya que de esta siempre se podrá salir, cuando cumpla mi condena, siempre que se tenga vida y salud. Me refiero a esta

prisión mental que apenas me permite respirar. Espero que Dios y la vida me ayuden a salir y poder dar ese testimonio positivo de que sí es posible dejar los odios y lo malo que se haya generado y formado en el ser humano y comenzar con un corazón limpio, lleno de esperanzas, bondad y amor...

UN CLAMOR IMPERCEPTIBLE

Ernesto Caicedo



Vida, devuélveme la vida, tú que eres la vida.
Mira que la angustia y el pensar invaden mis entrañas,
mis sueños y el deseo de alegría se han ido, han huido de mí;
desaparecieron como una gota de agua en la arena del desierto
por la zozobra y el no saber ni entender el mañana.
Mi cuerpo no responde ni procesa el aire para respirar.
Vivo y también muero.
Calma el alma mía en agonía,
a la espera de una respuesta que, hasta hoy,
no es más que un eterno silencio.
Silencio que grita a fuerte voz;
ríndete, ríndete, ya no puedes. Sí, ya no puedes.
Yo soy Justino Paredes,
un hombre en cadenas por los siniestros de la vida.
Nunca pensé que ella se burlaría de mí
en el final de mis días,
en los años de mi mayor debilidad.
Por ello clamo, aunque a voz imperceptible,
en el secreto de mi alma en soledad,
por un libertador que me salve de esta pena
y este gran sufrir.

“CH”, UNA AMISTAD HASTA EL FINAL DEL CAMINO

Seudónimo: The 10



A mediados del año 2010, recién salido de haber prestado el servicio militar, me tropecé con un viejo amigo del colegio. Nos saludamos, diciéndonos:

—¡Epa, hermano! ¿Cómo pasa el tiempo, ¿verdad?

—Sí —me respondió mi amigo, dándome un fuerte abrazo—, ya son cuatro años que han pasado.

Luego empezamos a compartir alegremente y a contarnos nuestras historias y experiencias. En ese tiempo, él se acercó con la intención de ayudarme. Mi primera reacción fue negarme por temor, pero él insistió, explicándome el trabajo que hacía en un laboratorio ilegal.

El año siguiente, trabajé como despachador en una cacharrería en Pueblo Nuevo, donde duré un año. Mientras tanto, a mi amigo le estaba yendo muy bien con el trabajo que me había contado.

En el año 2013, recibí la visita de mi amigo en la casa de mi madre. Fue algo sorprendente por su forma de vestir y el vehículo en el que andaba. La alegría y la “*recocha*” que nunca faltaban se hicieron presentes; tratamos de compartir haciendo un buen ambiente con musiquita y bebidas.

Entre conversación y conversación, me preguntó:

—¿De casualidad no hay casas en venta en este barrio? Me gusta.

Yo le respondí inmediatamente que no había mirado casas en venta, pero sí de arriendo.

—Vamos a ver —respondió mi amigo.

—Ok, ok.

La demora fue ver la casa en arriendo. Automáticamente, él tomó contacto con el encargado y firmó el contrato por seis meses. Era chévere ver a mi amigo cambiarse de casa con su esposa y sus hijos. Él fue tan insistente que tardó un año en conseguir su casa propia en el mismo barrio y, para completar mi alegría, yo, que he sido “obra blanca” desde que salí del colegio, tuve la fortuna de remodelar su casa con descolgados, arcos, luces en panel, yeso, entre otras bellezas de este arte.

Él y yo nos acoplamos muy bien. Desde ese entonces, mi vida empezó a cambiar por el hecho de tener a mi amigo en el mismo barrio. Entre comillas, todo ha sido un “sabor”. Todas las mañanas yo iba a saludar a mi amigo, y si yo no iba, él me buscaba en mi casa. No faltaban las “frías”, y automáticamente nos volvimos compañeros de “tomata”. Andábamos siempre juntos para arriba y para abajo, olvidándome de compartir con mis amigos del barrio.

Aparte de esto, fui conociendo amistades y me fui relacionando con personas que hablaban de temas comprometedores. Donde estaba mi amigo, estaba yo. Poco a poco, fui mirando en él la confianza que me tenía. Veía en mí a una persona en la que podía confiar para los trabajos o negocios que él realizaba, y nos volvimos como hermanos por el respeto de ambos. La mamá de él me veía como si yo fuera su hijo, y mi madre lo trataba como un hijo más. Finalmente, me gané el cariño de todos sus familiares, sin faltar la palabra de bendición para cada miembro de la familia.

Después de conocer las rumbas, mujeres, tragos y lugares donde nunca había estado, en el 2018 tomé la decisión de ir a trabajar por primera vez a un río y, de paso, aprender de los demás. Obviamente, ya había recibido indicaciones de mi amigo respecto al trabajo.

Al llegar al lugar, fue sorprendente ver una de las mejores estructuras de trabajadores, con diferentes funciones en el “despacho”. Solo necesitamos de tres días para que todo nos saliera a las mil maravillas en mi primer trabajo, estaba muy contento. Estábamos todos del “putas”. Mientras estuvimos en la ciudad, después de realizar la misión en el río, a los tres días recibí la suma de dos millones de pesos por solo hacer presencia. Así que no faltaron las celebraciones.

Fue un año de alegría y de tristeza, falleció el hermano menor de mi amigo que hacía parte de la estructura. Fue producto de un accidente al conducir una lancha tipo “*pechicoco*” con un motor de 75, colisionando de frente contra un barranco de peña en el río, a causa de un micro sueño en estado de embriaguez.

Fueron momentos difíciles para que la familia pudiera asimilar ese dolor. Gracias a Dios, y al tiempo, se fue superando esa tragedia poco a poco.

Al pasar los años, seguimos trabajando cada tres meses sin descuidar el compromiso. No siempre contamos con la misma suerte, tuvimos altibajos. Algunas veces ganamos y en ocasiones perdimos. Esto llevó a mi amigo a comprar motores para la minería con el propósito de que su trabajo tuviera algo que hacer en los momentos libres, ya que muchos dependíamos de él. Fue una idea formidable por parte de mi amigo. Era consciente de que los trabajos más importantes se realizaban cada tres meses.

En diciembre del año 2022, nos incautaron una mercancía injustamente, involucrándola junto con otra que no estaba autorizada. A pesar de que la otra mercancía no tenía permiso, fue la excusa perfecta para quitarnos la nuestra.

Al enterarnos de quién había sido, solicitamos una reunión con los dueños de su río y así solucionar el problema. Fue una reunión donde nunca se llegó a un acuerdo, lo que causó una gran pérdida. Cada quien se lamentaba por lo sucedido. Nos llenamos de impotencia al ver la forma cómo nos arrebataban nuestros ahorros. Era algo planeado para poder tener un buen fin de año, dándonos nuestros “aguinaldos” a cada quien, sobre todo a nuestra familia.

A pesar de los problemas, continuamos trabajando. En el siguiente año, poco a poco, fuimos levantando cabeza. Prácticamente, nos tocó empezar de cero. Fue un año de mucha lucha.

A principios del año 2024, a mi amigo se le ocurrió la idea de comprar una máquina retroexcavadora, pero los ahorros que tenía no le daban para comprarla y me hizo una pregunta:

—*Brother*, ¿usted sería capaz de hacer un tiro?

Yo le respondí con otra pregunta:

—¿Y eso?

Él volvió a insistir:

—¿Sí o no?

—Sí, soy capaz. ¿Quién dijo miedo? —respondí con valentía.

Él, calmado, me explicó el porqué del viaje:

—Es que necesito completar para comprar la retro, y también quiero que empieces a sumar de verdad.

Al transcurrir el tiempo, cada vez que se armaba el viaje, resultaba un segundo viaje. Ya no era un “tiro”, sino dos. Finalmente, llegó el momento de mi primer viaje.

Martes, 6 de marzo de 2024. Ya siendo las 6:00 p.m., nos dan luz verde para una de las mejores experiencias de mi vida. No faltaron los nervios en medio de la emoción. Mientras nos equipábamos, me encomendé a Dios. Fue muy chévere. En un abrir y cerrar de ojos, vi cómo los delfines nos acompañaban en el amanecer, mostrando sus lomos. Todo salió tan perfecto que de noche la luna nos alumbraba y de día el sol se reía.

Gracias a Dios, se logró cumplir la misión y regresé con bien a nuestro hogar. No se imaginan la alegría de mi amigo al verme llegar a la ciudad. La felicidad de él era muy contagiosa, tanto que lo reflejaba por medio del trago y su de risa.

La semana siguiente, ya se hablaba del segundo viaje. Y en esa “vuelta”, me tocó el tema de la retro. Sin haber terminado de cuadrar el pago de mi trabajo, mi amigo me dice:

—Necesito que me acompañes al río para hablar, más que todo, con el jefe, con los dueños de su río. Cuando regresemos, te termino de pagar.

—Hágale, *brother*, no hay problema, cuente conmigo —le contesté.

Miércoles, 3 de abril de 2024. Emprendimos el viaje en la lancha hacia el río con ocho familiares más, primos que hacían parte de la misma estructura de trabajo. Al ver que llegamos tarde ese día, le informamos al cuñado que dejáramos la reunión para el otro día. Al cuñado lo llamamos así por ser el novio de la hermana de mi amigo, que hizo parte de esa organización y era la fachada clave para poder contactar al señor jefe.

Pasó el día jueves y el sábado, y el señor no respondió su teléfono. Era tanta la importancia de la reunión que en la mañana del día domingo fuimos, pero él no estaba en el lugar. Así que nos tocó regresar para la “casa grande”, como la llamamos: una casa que fue construida en el 2018 por nuestras propias manos en la orilla del río, con el fin de tener un techo donde llegar para todos los “tíos” que hiciéramos lejos del pueblo, ya que el señor no sale al celular. Nos montamos todos a la lancha, dejando a nuestros cocineros en el lugar.

En la tarde del domingo, nos fuimos de rumba hasta el amanecer, siendo el lunes 8 de abril de 2024 a las 6:30 a.m. Aprovechando que estábamos en el pueblo, pudimos franquear la lancha para el viaje a la ciudad. “Chaney” era el nombre que tenía la lancha tipo 29.200. Luego, nos embarcamos todos para ir a recoger la maleta a la casa grande.

Cuando íbamos subiendo por el río, desde una casa se asomó el cuñado de un balcón al escuchar el estruendo de los motores 200. Desde una distancia bien lejana, se acercó la mano al oído, como si fuera un teléfono, gritando:

—¡Ya el señor salió al muelle!

—Sí, bueno, ¿qué hacemos? ¿Vamos o qué? —le respondió mi amigo.

—Sí, vamos —respondió el cuñado.

En ese instante, el viaje era muy importante por los trabajos pendientes que se venían; era mi segundo viaje. Y, de paso, teníamos que inventarnos algo para los cumpleaños de mi amigo, que sería el 10 de abril, apenas dos días después. Para él también era muy importante hablar con el señor, ya que necesitaba el permiso o el aval para que dejara ingresar la retro al río.

Ya estando en la casa grande para recoger la ropa, dice el cuñado:

—Quédense, que solo vamos tres personas.

De la borrachera y lo amanecidos que estábamos, nos montamos todos para ir a la reunión.

—Hombre, quédense y alisten toda la ropa para que, cuando yo vuelva, nos vayamos enseguida —dijo mi amigo, sin saber que esa fue la frase que me salvó la vida... y la última vez que lo vi sonreír,

Al marcharse mi amigo, el cuñado y un primo de mi amigo, que era el que manejaba la lancha, rumbo a la reunión, nunca nos percatamos de algo extraño, de la cruel pesadilla que se aproximaba. Pasaban las horas y todo parecía extraño. Eran las 10:00 p.m., las 11:00 p.m., las 12:00 a.m. y la angustia se fue regando al ver que no llegaban los muchachos de la reunión. Una corazonada nos alertaba.

A la 1:00 p.m., recibimos una llamada de otro primo de mi amigo que se encontraba en la ciudad:

—¿Qué pasó allá en el río, que vieron que a estos muchachos se los llevaban en otras lanchas?

Inmediatamente nos alertamos y empezamos a armarnos. Mientras tanto, dos de los nuestros salieron en una lancha pequeña para ver qué estaba pasando. Tres horas después regresaron, pero no nos dieron una noticia concreta. Solo repetían que no sabían nada de ellos, que por allá no habían subido.

Mirábamos río arriba, por el mismo rumbo que había tomado mi amigo, nadie quería darnos información. El miedo se sentía en el aire y ya se hablaba de un posible secuestro.

Cayó la noche y la angustia era más impresionante. Fue la noche más larga de mi vida. Estaba tan tenso el ambiente que tuvimos que organizarnos para la guardia de esa noche. Maldito calvario. No se imaginan la forma como sonaban nuestros celulares por la preocupación de toda la familia. Todos queriendo saber qué era lo que pasaba, y nosotros sin tener ninguna respuesta. Nadie pudo dormir aquella noche.

A medida que iba amaneciendo, seguíamos con la esperanza de que aparecieran en cualquier momento o apareciera una nota pidiendo su rescate. Insistimos todo el día; enviamos muchachos a que siguieran preguntando por ellos, pero nadie nos daba razón.

Era tanta la preocupación, que solicitamos la presencia del consejo comunitario para que nos hiciera acompañamiento, pero ellos no hicieron presencia. Pasaban los días y la incertidumbre era más tensa. El día miércoles 10 de abril, en sus cumpleaños, yo me decía: “¡Hermano, ¡dónde estás por Dios!”. Estaba desesperado les hablaba a las paredes de la habitación. La tristeza me estaba consumiendo.

Estando todos en la casa grande, vimos que subió una lancha vacía con dos motores de 200, solo iba una persona conduciendo. Esa misma tarde, bajó la misma lancha con un plástico cubriendo los asientos de adelante. No le prestamos atención.

Al día siguiente, insistimos otra vez en solicitar al consejo que hiciera acto de presencia. Esta vez hicieron caso. Inmediatamente fuimos a hacer una búsqueda al campamento de esta gente con el acompañamiento del consejo comunitario. El desespero nos daba valor para interrogar a cada uno de ese grupo, pero nadie nos daba respuesta.

—Ellos para acá no han venido —decían.

Nuestros seres queridos estaban desaparecidos. Disculpen que moje estas palabras con mis lágrimas, porque en ellas ya se reflejaba lo malo que tenía mi imaginación.

Regresarnos a la casa sin alguna razón, la angustia nos embargaba más y más. Los días y las noches se nos hacían muy largos. Mis ojos estaban rojos e hinchados por no poder dormir. Tuvimos que pasar una semana completa en la casa grande, siempre con la esperanza de que mi amigo apareciera con vida.

Fue una situación muy difícil: temor, angustia, susto, zozobra, incertidumbre, tristeza, rabia... No hay que descartar la valentía que tuvimos al quedarnos en esa casa sin saber qué podría pasar. A todos nos mantenían en alerta y nos decían que si le habían hecho algo a esos muchachos, también eran capaces de ir por nosotros. Todos estábamos dispuestos a perder la vida por mi amigo.

El día lunes 15 de abril a las 6:30 a.m., recibimos una llamada de la ciudad del otro hermano de mi amigo, nos confirmó lo que nunca queríamos escuchar:

—Vénganse ya mismo, “El Rey” está muerto.

Una brisa tan escalofriante acarició mi piel, dejándome mudo por unos cuantos segundos hasta que los otros muchachos me abrazaron. Con las lágrimas en nuestros rostros, hicimos caso. Recogimos y nos embarcamos rumbo a la ciudad, haciéndome cargo de las pertenencias de mi mejor amigo.

Al llegar al barrio, lo primero que hice fue abrazar a mi mujer. Nos abrazamos todos por la tristeza que nos destrozaba y a mi alma partida en mil pedazos. Tuve la responsabilidad de entregarle las pertenencias de mi amigo a su esposa en sus propias manos.

—No pude traerlo de nuevo con vida, comadre, perdóneme.

Ella, entre lágrimas, se golpeaba fuertemente el pecho sin poder controlar un dolor que la destrozaba por dentro y por fuera.

En medio del dolor, recibimos la llamada de la morgue para hacer el reconocimiento del cuerpo. Nos acercamos y sí, era él, mi amigo del alma, mi compañero de “junta”. Al verlo, estaba amordazado y con una herida en la pierna, producto de una cortada.

Fueron los de la Armada quienes encontraron su cuerpo flotando en el mar, esto indica que lo arrojaron en una de las bocanas de ese río.

Todos nos preparamos para el funeral el 13 de abril de 2024, un miércoles, la gente no sabía qué hacer porque, en medio de la tormenta, aún no había aparecido el primo.

Gracias a Dios, el funeral salió bien. Al otro día, jueves 18 de abril, recibimos una noticia sobre el primo de mi amigo: lo habían hallado muerto, amordazado de pies y manos con un cable de antena de televisión. Mientras tanto, el primo de mi cuñado disfrutaba de la vida tranquilamente como si nada hubiera pasado. Todo apuntaba a una traición, aprovechándose de la confianza que se le había dado. Él fue quien llevó a mi amigo y a su cuñado a la muerte.

En ese preciso momento, no comprendíamos el porqué de ese daño que nos causaron. Mi amigo era la columna de la familia en masa. Los que lo conocieron sabían que él era de un corazón bondadoso, era una buena persona. Esa sencillez que él representaba al caminar por las calles donde llegaba lo hacía muy bienvenido. Su único vicio fue la bebida. Fue un ángel para muchas personas. Soy testigo de todas las bondades que compartió con sus amistades y con su propia familia. Siempre quiso ver a los suyos bien, aunque hubo momentos en los que algunas personas pasaron por encima de él.

“Vago”, era la palabra que yo le decía cuando me molestaba. Me pidió que yo fuera el padrino de su hija; iba a ser mi compadre. De tanto andar juntos, me volví su mano derecha. Me decía:

—El día que yo muera, moriré con vos. Eres por la “junta”.

Ahora mismo me encuentro tras las rejas, cumpliendo una condena de cinco años y medio de vida por terminar el compromiso que tenía pendiente del segundo “tiro”, que se realizó dos meses después del funeral de mi amigo, el 17 de junio, cuando me capturaron “*in fraganti*” en el mar, a 39 millas de la costa.

Estoy pagando en una cárcel por mis malas decisiones. Pido perdón a mis seres queridos por dejarlos solos, sobre todo a mi madre, a mis hijos, a mi hermano, a mi sobrino, a mi ahijada y a mi mujer. Este es un lugar que no le deseo a nadie. La libertad es tan sagrada que no debemos ponerla en juego. Mientras tanto, mi madre lucha por sostenerse y a mí solo me queda tener resiliencia.

Aceptar el dolor, aprender de él y seguir adelante con virtud. No dejarme vencer, no rendirme, solo fortalecerme en este lugar. Dios los bendiga a todos.

VALLE DEL CAUCA



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE TULUÁ

Jenny Valencia Alzate
Directora del taller

ESPERO UNA OPORTUNIDAD

Maicol Castillo Micolta



Soy Maicol Castillo Micolta. Hoy cuento mi vida desde que tenía 13 años. Soy venezolano.

Cuando era pequeño vivía en un barrio que se llamaba Bellavista. Robaba camionetas y buses con mi mejor amigo para poder vestir bien y tener mujeres, cada día una diferente. Un día me metieron en una banda que se llamaba La Cancha, ahí empezó mi historia de verdad; quitándole la vida a las personas por dinero y por fama.

Mis padres no sabían nada. Cuando se dieron cuenta, mi mamá casi se muere del susto. Ella pensaba que yo iba a estudiar... pero no. Yo lo que hacía era salir todos los días a trabajar matando gente, solo para que me nombraran el jefe.

Así viví hasta que mataron a mi mejor amigo. Ese día sentí que todo se me acababa. Empecé a tomar trago, no quería trabajar ni hacerle caso a nadie, ni siquiera a mi papá. Aguanté así hasta que cumplí 18 años.

Entonces me mandaron a hacer una vuelta. Todo salió bien... hasta que me capturaron. Me metieron preso por un homicidio: por matar a un policía y también a un niño de 6 años. Me dieron una condena de 84 meses. Me quedaban 4 años. Todos los días pensaba que la vida se me iba.

Ahí entendí que hacer las cosas sin pensar era fácil... hasta que uno cae preso. En la cárcel conocí a una mujer muy linda. Un día, me dio la noticia que me cambió: iba a ser papá. Esa noche tomé trago con un amigo que también estaba preso conmigo en un penal de Venezuela. Pensé que, con un hijo, mi vida iba a cambiar... pero no fue así.

Cada día pensaba qué ejemplo le iba a dar al niño cuando naciera.
¿Qué le iba a decir?

Mi mamá me regañaba todos los días:

—¿Qué espejo le vas a dar a tu hijo? Mira cómo estás en todo el barrio
¡Te buscan por la fama que tienes como asesino!

Mis padres decidieron sacarme de esa vida:

—Vámonos para Colombia —me dijeron—, para donde un amigo,
para que cambies.

Hace 4 años estoy aquí, en Colombia. Al principio empecé a trabajar
bien. Durante dos años viví tranquilo... hasta que un amigo me preguntó:

—¿Cuánto estás ganando ahí?

—Setenta diarios —le respondí.

—¿No quieres ganar 150 diarios?

—¿En qué? —le pregunté.

—Vendiendo droga... y lo que salga.

Así empezó otra vez mi vida de delincuente.

Mi mamá me preguntaba qué hacía y yo Le mentía, le decía que estaba
trabajando bien, pero me dedicaba a vender droga y a matar. Donde traba-
jaba, si uno quería estar bien con los pesados, tenía que ensuciarse.

De repente Dios dijo: “Hasta aquí, Michael Micolta” Y me dieron un
tiro... todo se vino abajo. Ahí se cayó la fachada que yo tenía. Mi mamá
pensaba que yo estaba haciendo el bien, pero era pura mentira. Por eso
estoy aquí preso: por no hacerle caso a mi mamá.

Ahora vivo en la celda 13.

Todos los días le pido a Dios que cuide a mi familia y a mis amigos
que viven conmigo. ¿Es duro estar encerrado? Sí. Aquí la vida cambia para
todo el mundo. Sabe uno que cualquier cosa puede pasar cada día. Hay
mucho chinche que no deja dormir a nadie, y el líder no hace nada. Por
eso nos tiene aburridos.

Lo más duro es cómo es la gente, porque uno no sabe cómo son
los demás. Y uno, por ser venezolano... es duro por todo. Donde uno se
quede dormido, lo pueden matar o apuñalar. Aquí hay que dormir con un
ojo abierto y el otro cerrado. Pero así es la vida de un preso: trágica, dura.

Para peluquearnos tenemos que hacer muchas cosas: llamar a la casa
y pedir plata. A veces no quieren darle a uno porque piensan que es para
el vicio o para la moza. Aquí nos cuentan como perros y nos bajan como
cochinos. La gente se pelea por un pisado, por un cigarro, por la fruta, por

el pan o por el pinche. Todos los días hay que lavar la ropa, porque si no, le dicen a uno que huele maluco.

Son trece aquí en la celda. Todo bien; cada uno tiene su manera, pero todos son bien, gracias a Dios. Llegué a un lugar ocioso: me tocaba pelear todo el día, por todo. Por la comida y para que no le roben a uno las cosas. Cosas que hace la familia, con sacrificio, para mandárselas a uno... y que otro no se las robe. A uno le llega gratis, pero igual toca pelear.

Sueño que mi papá me dice:

—Hijo, entienda que esto le pasó por no hacer las cosas bien. Mire dónde está, hijo. De esta sale, hijo. Pídale mucho a Dios para que le ayude y le pida perdón a su mamá y a su hermana.

Todos los días mi hijo y mi sobrino preguntan:

—¿Dónde está mi tío?

Cuando llamo a mi mamá, eso me pone triste, pero me hace ver dónde estoy. Y siento que mi papá está conmigo. Oro todos los días, le pido a Dios que me dé una oportunidad de salir de aquí, para pedirle perdón a mi mamá y a mi hermana. Solo Dios sabe cómo hace sus cosas.

Esto no se lo deseo a nadie, ni a mi peor enemigo. Es tan duro cada día... Así me pasó a mí. Yo esperaba, y cuando me llamaron, fue para decirme que mi papá se murió. Desde ahí, cada día ha sido más duro, en serio.

Le pido a mi Dios mi libertad, para recuperar cada día que estoy perdiendo aquí por mala cabeza. Quiero ver a mi hijo, verlo crecer. Y a mi sobrino, que pienso en él todos los días. Mi familia...

Bueno, mi Dios, Tú sabes para qué me tienes aquí. Pero ya no aguanto más este encierro. Dame una segunda oportunidad para hacer las cosas bien, para ayudar a mi familia y a mis amigos.

INVENTARIO

Mario Giraldo



Hola, buenos días, mi nombre es Mario Giraldo. Vivo en la celda 11 del patio 3, en compañía de nueve personas. Más allá hay cuatro camarotes donde se acomodan ocho personas. Yo, por suerte, soy uno de ellos, y los otros dos duermen en el suelo.

Allá duermo en el camarote número uno, en la parte de arriba. Abajo está un caleño, Alexis, que todos los días se levanta a las 6:00 de la mañana y empieza a cantar en el baño; ya es típico de él. En el camarote de hierro número dos duerme un señor gordito. Y todos los días, por la mañana, cuando prenden la luz, dice:

— Dios dijo: hágase la luz... y se hizo la luz —lo repite todos los días.

Arriba de él está otro caleño que, todos los días a las 7:30 p. m., dice:

— Amanezca nomás pa' desayunar mañana.

Al lado está el camarote tres, donde duerme un hombre de Buena-ventura, un niche. Cada día repite:

— Párate, rey, que vas a morir de frente.

Encima de él duerme un pelao flaco que nos hace reír todo el tiempo.

En el camarote cuatro hay un venezolano que se cree el dueño de la celda y del baño; todos los días alega por la mañana. Debajo de él hay otro pelado de unos 20 años, que todo el tiempo se la pasa fumando cigarrillo. En el suelo están los otros, los recién llegados.

Cada ocho días, los domingos, se hace el aseo de la celda y del baño en general. No cocinamos porque no nos dejan, y poco dialogamos, porque uno allá adentro es muy distinto: cada cual está en lo suyo, y la convivencia es mala. Solo le pido a Dios que me dé paciencia, que ya casi...

A la hora del baño, gracias a Dios, nos vamos; es algo estresante, te acosan, te dicen cosas de mal gusto. Es duro, todos los días la misma cosa.

Y cuando me hago motilar hay que pagar 10.000 pesos, o un bareto, o una torta de perico.

Los partidos son cada ocho días, los domingos, sábados y festivos. Hacen torneos relámpago y apuestan droga, marihuana o perico. A veces se calientan los partidos, pero no pasa de ahí. Nunca me ha gustado jugar porque los he visto cómo se lesionan y se van de cirugía.

YO NO OLVIDO

Yeferson Morales, alias La Diabla



Camas, zapatos, ropa, el colchón, el clima y el olor de alcantarilla llenan mi celda. Somos nueve: de esos, cuatro son muy groseros y los cinco restantes son unas excelentes personas. Desde aquí se escucha la alegría que viene de las otras celdas: mucha recocha y gritos de felicidad todos los días. Yo juego parkés y dominó con dos amigos, mientras los demás se quedan conversando.

Por las mañanas me levanto y corro a coger el lavadero. Poco a poco van llegando los compañeros con su ropa para lavar, y yo cobro ocho prendas por 5.000 pesos; ellos me dan el jabón.

A veces, mientras lavo, pienso en lo mucho que extraño los frijoles de mi mamá, porque ella los hace con mucho amor; son únicos. Les echa salchicha ranchera, tomate, cebolla, color, costilla, Fruko y ese toque mágico que solo ella tiene, el amor. Por eso me aterra la comida de acá; todo parece crudo, nada está bien hecho ni preparado con cariño. Extraño a mi mamá; me hace falta dormir con ella y con mi hermana, molestarlas, salir con mi mamá a tomar cerveza y reírnos.

Mi madre es bajita, pelirroja, culona, muy alegre; la alegría de la casa. Mi hermana es flaca, súper hermosa, de pelo largo y muy llorona, pero igual de hermosa. Tiene un genio que, ¡Dios mío!, ja, ja, ja, a veces nos hace reír. Ella es la bebé de la casa, mi madre es la reina; y yo, la oveja negra de la familia.

Cuando caí en esta cárcel sentí que lo había perdido todo, pero mi mamá nunca me ha abandonado. Por eso sigo en la lucha y seguiré luchando para salir, para volver a estar con ella y hacerla feliz como antes. Éramos tres hermanos, pero ahora quedamos dos: mi hermano mayor está en el cielo, cuidando de mi hermana, de mi mamá y de mí. Todos los días lo siento

cerca, protegiéndome. Quiero salir y, junto a mi mamá y mi hermana, ir al cementerio para reunirnos de nuevo frente a su tumba.

Esa fama de oveja negra no vino sola. Desde los 12 años trabajé con droga. Yo vendía perico, bareta y bazuco, pero empecé vendiendo baretos, pegando, y fui subiendo de rango. A los 17 años ya mandaba el primer barrio, que se llamaba Bellavista, y esos sapos hijueputas vecinos me la montaron y a cada rato me echaban a los *tombos*.

Cuando cumplí 20 años ya manejaba cinco barrios y ahí fue cuando me calenté con otra banda y un sapo a quien yo le daba comida me traicionó. Me dio dedo para que me mataran, pero yo fui más avisado y me cambié de casa. A los 26 años me capturaron, y a los tres días lo capturaron a él. Me pidió disculpas, pero yo no disculpo al que me iba a matar. Entonces le dije:

—Suerte, *catrehijueputa*, y cuando nos veamos, nos damos plomo.

Aunque todo eso pasó, yo no olvido de dónde vengo ni cómo empecé todo. Recuerdo que, cuando tenía 11 años, un 24 de diciembre, con unos amigos del barrio y yo fuimos a una casa, y uno de ellos era sobrino de Luis Alberto Posada. Él nos dijo que pusieramos música de su tío, y desde ahí me comenzó a gustar el trago y la música popular.

Cuando empecé a trabajar y a ganar dinero, los mismos amigos nos invitaron a una discoteca que se llamaba *Janguero*. Allí conocí la guaracha y fue cuando comencé a soplarle tusi y perico. Cada ocho días salía para *Janguero* y terminaba en la casa de unos amigos, soplando y escuchando mi disco “*Déjalos*”, de Luis Alberto y “*La Guaracha*”, de Miguel Gómez.

REFLEXIÓN

Jesús María Corrales Betancur



La vida se va poco a poco, segundo a segundo. El prisionero vive de recuerdos y sueños fallidos, y las prisiones se multiplican sin tener verdadera relevancia para su existencia. Estamos aquí por una causa y, al fin y al cabo, todos somos inocentes. Compartimos vivencias en una celda de tres por siete metros, donde por la noche todo parece en reposo. Sin embargo, algunos despiertan y maldicen en su palabrería, renegando, llenos de comida y de gases que rompen el silencio. Unos se quejan, otros hablan, y hay quien se alborota en la mañana, provocando pleitos que muchas veces terminan en cambios de celda o de patio. El que se cree fuerte siempre encuentra a su igual.

Aquí se aprende por transformación: es una oportunidad que nos da la vida. Te transformas para bien o para mal, pero siempre te transformas por una razón. La convivencia, al principio, es dura, recelosa, nerviosa, prevenida. Con el tiempo, nos vamos acostumbrando, comprendiendo que la vida es una sola y que hay que vivirla con pelos y señales, tal como venga, con sus pesadeces y aflicciones.

En el patio en el que estoy, uno escogido por respeto, se siente cierta calma. Sin embargo, hay prisioneros que aprovechan cualquier ocasión para dar palo y disimular su impotencia: son tontos sin entendimiento, porque nunca han sido líderes. Aquí la gente juega como leopardos; algunos se dan chuzo, otros trompadas, y, a veces, se piensa que todo esto es una locura.

MI VIDA DESDE LA CELDA

Jhon Jairo Torres Acosta



Desde esta celda donde paso mis días, pienso mucho en mi vida, en lo que he vivido y en cómo una sola decisión puede cambiarlo todo.

A mis nueve años comencé a trabajar vendiendo helados porque una vecina vio que a mí me gustaba la plata. Yo me ganaba algo haciendo mandados y ella vendía al lado de la fábrica. Me propuso vender en el aeropuerto, ya que ellos los compraban a 45 pesos, ella me compraba la caja y yo le pagaría los helados a 70 pesos. La propuesta me gustó. Salí el primer fin de semana y me fue muy bien.

Así trabajé dos meses y vi que podía trabajar por mi cuenta. Compré una caja Cooper más grande y le dije a la vecina que iba a trabajar independiente. Así trabajé aproximadamente un año ya que, como vivía al lado del aeropuerto, en el barrio Nacaderos, me resultaba mucho más fácil surtir mi caja.

Con el tiempo, un compañero me propuso que le armara una carreta para vender frutas. Fue mi primer trabajo en madera y, para ser el primero, me quedó muy bien. Para ensayar la carreta, la cargamos con las cajas llenas de bolsas de agua fría para vender en el estadio. Así trabajamos unos tres años, hasta que la policía comenzó a molestarnos. No dejaban trabajar y me aburrí, así que me fui a una finca en el Cauca.

Estando allí, una vez el patrón me dijo que si yo era capaz de hacer una cochera para un padrón, y la hice. Quedó bien. Debido a eso, a los dos meses el patrón me pidió que me quedara el fin de semana para hacer una cochera para 12 marranas de cría. Le dije que sí. Llegó el fin de semana y trabajamos, pero los oficiales que llevó no hicieron nada. Pasados dos días, con diez obreros sin avanzar, le pregunté al patrón cómo quería hacer las cocheras. Me mostró los planos y yo le dije que me sentía capaz de hacerlo. Me dio la confianza y me pidió que me encargara. A los dos días, vio un

buen avance en la obra y, con apenas 14 años de edad, me puso a cargo de todo. La verdad, fue un reto para mi vida. Al terminar el trabajo tal como estaba en los planos, supe que mi profesión era ser constructor.

Me gusta el vallenato porque, de niño, lo escuchaba gracias a mis hermanos. El primer disco que me fascinó fue *“Los caminos de la vida”*, porque siempre he sido muy apegado a mi madre y no me gustaría perderla.

La música popular me empezó a gustar cuando comencé a tener problemas con mi esposa y vi el comportamiento de ella: “Nunca me quisiste, aquí sobro, yo me salgo, maestra”.

Los corridos me empezaron a gustar cuando empecé a trabajar transportando carga. Entre ellos, recuerdo *“La pista secreta”*, *“El avión de la muerte”*, *“Las monjitas”* y *“La lengua plateada”*.

Para mí es un recuerdo muy especial el día que recibí a mi esposa con mis dos hijas en el aeropuerto de São Paulo, Brasil, ya que llevaba tres meses sin verlas. Cuando salieron hacia la sala de espera, fue algo muy especial. No sé cómo describir lo que sentí en ese momento.

Abracé a mi esposa muy fuerte y a mis hijas, y luego salimos del aeropuerto rumbo a Santos, Brasil, porque les tenía una sorpresa: ninguna conocía el mar. Llegamos a un apartamento de un amigo. A la madrugada, mi esposa se despertó y miró por la ventana, cuando vio el mar, se asombró y lo que hizo fue abrazarme y llorar de alegría. Después se levantaron las niñas y lo primero que hizo mi esposa fue mostrarles el mar por la ventana. Con mucha alegría se organizaron y no quisieron desayunar, solo querían ir a la playa.

Estando en la playa, disfrutamos del mar. Yo me tomé unas cervezas a las 10:00 de la mañana. Pasaron vendiendo bandejas de camarones apañados y les compré. La verdad, lo disfrutaron al máximo.

Mis recuerdos en prisión también me marcan. Un día, en el patio, me comentaron si quería cambiar de celda, preguntándome cómo me sentía donde estaba. Yo dije que bien, pero un hombre mayor me explicó que necesitaba que me pasara a su celda para que le colaborara con la comida. Yo le dije que sí, sin imaginar que la convivencia iba a mejorar tanto para mi beneficio.

La alimentación es muy poca y, desde que llegué a la celda del viejo, todo cambió. Gracias a Dios, en este momento la comida sobra y no volví a acostarme con hambre. La comida que nos da el INPEC es como para un niño y, fuera de eso, nos dan los alimentos muy temprano, tipo 7 u 8 de

la noche. Si uno no tiene cómo comprar en el expendio o en los combos, toca aguantar hambre hasta el día siguiente.

Ahora, los compañeros de celda se alimentan con atún, sardinas, galletas, café y panadería. Entonces sobra la comida en la celda, por lo cual nos podemos alimentar mucho mejor.

En el tiempo que llevo preso, he analizado que hay que disfrutar de los momentos más especiales con la familia, porque uno nunca sabe cuándo va a quedar solo por una mala decisión que creemos correcta, pero que termina cambiando la vida para siempre.

CADÁVER EXQUISITO DE FRASES DICHAS AL AIRE

(Bonus track)

Creación colectiva



Disculpen lo malo de estas letras.

Le contara yo en la vida lo que he hecho,
he sido zapatero, fileteado, el carretillero en Corabastos,
contrabandista en Venezuela y mulero desde que conseguí mujer,
porque el que se casa, casa quiere,
manejando mula, trabajando juicioso.
Usted se saca por ahí unos cuatro o cinco millones,
más de lo que uno se roba.
¿Va contento con el viaje?

Salí feliz del patio cuando me dijeron libertad bajo palabra,
creí que debía jurar portarme bien
y me mandaban a la casa.

El sentido de la prisión son los recuerdos,
el de la libertad, el goce.

Estamos presos,
pero no estamos muertos.

Escribo cartas a mis amigos
para decirles que somos migajas.

A mí me dicen que estoy amañado aquí,
pero no es eso.
Uno se tiene que hacer el ambiente.
Por eso gozo.

El teléfono es algo que no tenemos acá,
algo para poder llamar a mi mamá para animarse.
El teléfono son problemas, es comunicación.

La visita es la alegría, la felicidad,
el reconfortar, el reconfortarse, la esperanza, la espera.
Para unos no tenemos visita,
para otros es el encuentro.

Aquí la comida es como para un niño.
El bongo es la comida que llega tan maluca:
mmm, pollo crudo,
algo para sobrevivir, muy rico a veces,
comida tradicional de la cárcel, también bendición.

El pan es el alimento,
el pinche es agradable,
algo con que calmar el hambre para comer con agua
panela y repletar.

El pepo, el pepo, son muchas cosas.
Aquí el limón es un bareto,
es droga real,
es un perico, casque, es el trueque.

Sandra, La Mona o La Entaconada
es la bazuca amarilla.

El pepo es fumar la Pantera Roja o colores Tusi.

No me gusta la moneda de la cárcel,
es vicio.

El richie jja! es una pérdida,
es el revolcón,
es una maluquera,
desorden, descontrol, protocolo.
La ropita bien dobladita
y resulta por allá tirada.

Los zapatos son calzado,
comodidad, remiendo.
Para salir a descontar, en chancas,
nada, protección.

La guarda es terapia de seguridad,
es informe, respeto, es orden,
es cuidar antes, son cuídate, son vigilantes.

El cielo es el paraíso donde viven los muertos,
el lugar a donde todos queremos llegar.
Ese espíritu de mi mente.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia utilizando tintas formuladas con base en aceite de soya, consideradas más respetuosas con el medio ambiente. Los papeles utilizados están fabricados a partir de fibras alternativas (no maderables), como el bagazo de caña de azúcar, los cuales son biodegradables, reciclables, inodoros e inocuos. Además, se emplearon planchas para la impresión offset destacadas por su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso. Estas decisiones reflejan el firme compromiso de la Imprenta Nacional con la adopción de prácticas responsables y ecológicas en la industria de la impresión en Colombia, contribuyendo activamente a la preservación del medio ambiente.



www.imprenta.gov.co

PBX (0571) 457 80 00

Carrera 66 No. 24-09

Bogotá, D. C., Colombia

Demos la bienvenida a estas nuevas *Fugas de tinta*, a esta ventana oculta de Colombia. Encontrarán de todo en este recorrido: el relato triste de un hombre que hizo un pacto con el diablo y tuvo que pagar el precio más alto; poemas escritos con el alma y para el alma; porros sabaneros que cantan las proezas de los hombres; relatos de la dureza de las cárceles; cuentos de navegantes duros que también apostaron su corazón al azar, y también se los ganó la violencia; el mea culpa de un asesino, que quiere una segunda oportunidad sobre la tierra; la celebración de esta geografía hermosa de serranías, ríos y manglares.

No es un libro triste. Es un libro honesto, pleno de esperanza en el futuro, quizá con unas pizcas de incertidumbre y melancolía. Un libro que nos habla al oído de nuestra propia condición humana, tan frágil, tan lúgubre, tan fértil, tan lúbrica y tan móvil: la misma Canción de la vida profunda que se repite en el tiempo.

CRISTIAN VALENCIA HURTADO

EDITOR



ISBN: 978-958-753-774-1

